

UNA PUERTA EN EL MAR

Un hallazgo accidental en una solitaria playa
una fría y oscura tarde de tormenta
cambiará para siempre
el concepto de la humanidad.

BEATRIZ ARTAZA LARÍA

Una puerta en el mar

UNA PUERTA EN EL MAR

Un hallazgo accidental en una solitaria playa
una fría y oscura tarde de tormenta cambiará
para siempre el concepto de la humanidad.

Beatriz Artaza

© 2018, Beatriz Artaza Laría

Facebook: [Beatriz Artaza Autora](#)

Instagram: [@beatrizartazaautora](#)

Fotografías de portada: Beatriz Artaza Laría

Diseño de portada y maquetación: Nerea Pérez Exposito
de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para B. A.
Sin ti esta novela nunca habría existido.
Ni tantas otras cosas.
Gracias por haber estado siempre a mi lado.*

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Agradecimientos

Quiero citar tanto a Idoia Amo como a Jaime García Simón, por los valiosos consejos que me han dado, ya que cuando alguien se adentra en un mundo nuevo siempre viene bien una mano amiga que nos guíe un poco.

Y también a la Asociación Sancho de Beurko, sobre todo a Guillermo Tabernilla por toda la información facilitada sobre el Cinturón de Hierro y otros datos de utilidad que desconocía hasta que comenzó mi andadura con “Una puerta en el mar”.

Gracias a Fortunato Martínez por sus conocimientos técnicos sobre algunas materias.

A todos vosotros, os agradezco de corazón vuestro interés y paciencia.

¡Corre, corre, no dejes de correr, cooorreee!

El ensordecedor estruendo a su alrededor era tal que no conseguía oír nada más que la pesadilla en la que se encontraba inmersa. La succión que producía el tornado apenas le dejaba caminar, mucho menos correr. Pero todo su ser le obligaba a avanzar lo más rápido que sus piernas le permitían, correr y no mirar atrás. No sentía nada más que pánico. La meta, el solitario coche en el aparcamiento. Hasta él llegaba la fuerza del torbellino tambaleándolo, aunque prácticamente no veía nada entre la maraña de pelo en la cara, las hojas de los árboles volando por todas partes, palos, basura y, sobre todo, arena, mucha arena.

Bas la miraba asustada entre sus brazos, más debilitados a cada paso por su peso, pero no la soltaría por nada del mundo. Un ruido a su espalda la obligó a agacharse, cerrar los ojos y temer lo peor. Un contenedor de basura se levantó por los aires y chocó contra el suelo, después fue engullido por el implacable tornado. «No lo voy a conseguir», se repetía una y otra vez en su cabeza, pero una poderosa fuerza interna no le permitía pensar en otra cosa que correr.

Cada segundo era como una hora y, lo mismo que en las pesadillas, por mucho que intentaba ir lo más rápido posible, no avanzaba. El coche parecía estar a kilómetros, por más que corría, tenía la sensación de que no iba a llegar jamás hasta él, pero al fin lo consiguió. Abrió la puerta, se metieron dentro y, sin tan siquiera cerrarla, arrancó y aceleró tan fuerte como pudo. El sonido del coche era imperceptible, pero no la marca de rodadas dejadas en el asfalto; el corazón estaba a punto de estallarle. Giró a la derecha derrapando por primera vez en su vida. Siempre había sido muy prudente conduciendo, más aún si Bas iba en el interior. Por el retrovisor se veía la imagen de una película catastrofista, pero esta vez era todo real. No había ni rastro de Jon, y no se quedó esperándole, pues se temía lo peor, lo inevitable. Miró hacia delante, pisó el acelerador todo lo que daba de sí y por fin empezaron a alejarse de aquello.

Capítulo 1

Como casi cada tarde, Alicia y Bas fueron a dar su paseo diario a la playa de La Arena, situada entre Muskiz y Zierbena, en la costa vizcaína, a orillas del Cantábrico. Había estado lloviendo durante una interminable semana y, al fin, ese día la lluvia había cesado. Estaba a poco más de diez minutos de su casa en coche y era el lugar favorito de ambas para dar ese paseo. Normalmente no había nadie a esas horas en otoño. La gente elegía otros sitios menos fríos para ir con sus perros, pero la soledad de la playa le transmitía calma, paz, y la relajaba. Solo ellas, el sonido de las olas acariciando la arena y la fría brisa del mar. Le gustaba sentir el frío en la cara, mirar el horizonte, salpicado ocasionalmente por algún petrolero que se antojaba diminuto, ver las olas formándose y rompiendo junto a ellas. Sus días favoritos eran aquellos en los que la marea estaba baja, cuando el mar se alejaba de la costa dejando su rastro en la arena mojada. Aprovechaban ese pequeño espacio que les prestaba el mar momentáneamente para caminar por ahí. Era Bas quien elegía la ruta, Alicia se limitaba a ir tras ella.

Era el ratito de pensar en sus cosas, de buscarle solución a los problemas, las dos solas, como si el tiempo se hubiera parado. Sentía que en aquella playa nada malo podía pasar, la sentía como suya. A pesar de ser una chica muy sociable, apreciaba un momento de soledad, siempre con su querida teckel, su fiel amiga, aunque para ella era mucho más que eso.

Aparcó en el *parking* que había para los amantes de la playa. Estaba desierto, no como en verano, que era imposible encontrar un hueco. Bajaron del coche y se encaminaron hacia el paseo que llevaba a la entrada de la playa. El paso del otoño había dejado su huella en los desnudos árboles que escoltaban la ancha acera. A los lados había unas campas con mesas y bancos de madera que hacían de merendero, acompañadas de las viejas pero aún servibles mesas de ping pong. En la época estival no había una sola vacía. Las familias y grupos de amigos las ocupaban y disfrutaban de un día al aire libre. A la izquierda de estas estaban las marismas de Pobeña. De vez en cuando, se

dejaban caer por allí, cuando el viento se tornaba casi gélido. Estaban alejadas de la orilla y daba la sensación de que el frío no se metía tanto en los huesos. Había dunas, algún arbusto y unas plantas con pinchos que asomaban tímidamente por la arena; a Bas le gustaba corretear por esos parajes. El cielo gris con algunas nubes amenazaba tormenta de nuevo, mas no inminentemente. La temperatura era bastante fría, pero en cuanto se pusieran a caminar, entrarían en calor. La luz era perfecta para hacer fotografías, una de las pasiones de Alicia. Algunos días cambiaba de escenario y abandonaba la playa por el monte, aprovechando así para hacer unas buenas fotos.

La marea estaba extremadamente baja, nunca la había visto hasta ese punto, pese a ser asidua a esa playa. Se detuvieron en lo alto de las escaleras que anunciaban la entrada a la playa. Se quedó mirando al frente; las olas eran inapreciables pese a ser el mar Cantábrico. Le sorprendió ver tan alejada el agua, jamás había visto una bajamar tan sumamente baja. Se abrochó la gruesa chaqueta, se subió los cuellos, se acomodó su bufanda favorita hecha a mano por su madre y metió las manos en los bolsillos para que no se le helaran.

Se había levantado un fuerte viento impregnado de agua salada que le golpeaba en la cara congelada. Sentía cómo le agrietaba los labios, le helaba las orejas y los ojos dejaban escapar una lágrima, sin embargo, le encantaba esa sensación. Miró a los lados y recorrió con los ojos el casi un kilómetro que había de punta a punta. La playa estaba flanqueada a la izquierda por la ría Barbadún, el puente que comunicaba la playa con Pobeña y los acantilados de Kobaron. A la derecha, por la cima de Punta Lucero, con sus cuatro solitarios y abandonados cañones Krupp de 150 mm. Habían sido construidos a principios de los años cuarenta, en sustitución de los viejos obuses Ordóñez, pertenecientes al Cinturón de Hierro de Bilbao. Se trataba de un sistema de fortificación para defender Bilbao de un posible ataque durante la Guerra Civil Española. Como era de esperar, no había un alma.

Fueron derechas hacia el agua, en vez de ir paseando de lado a lado de la arena como siempre, como si por acercarse a la orilla pudiesen averiguar el motivo de la desmesurada bajamar de aquel día. Caminaron hasta llegar a los charcos que el mar dejaba abandonados en las imperfecciones del suelo y

desde ahí giraron dirección a Punta Lucero. Miró hacia las escaleras, a su espalda, más lejanas que nunca. Bas corría alegre como siempre, ajena a la incertidumbre de Alicia. Sonrió al verla tan alegre, corriendo hacia delante pero parando cada poco para esperarla. Llevaban seis años juntas, seis años de cariño mutuo, de paseos, de juegos y alegrías. Desde niña había sentido algo especial por los perros, pero no fue hasta que aquella pequeña teckel de pelo duro de apenas tres meses entró en su vida cuando supo lo que era el tener una perrita en casa. No se trataba de sacarla a pasear, darle de comer y bañarla de vez en cuando. Bas era su pequeña familia. Vivían en un modesto piso en Gallarta, un pueblo minero situado en la margen izquierda de Bizkaia. Era hija única y sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico cuatro años atrás. Solo le quedaba Bas y Bas solo la tenía a ella.

Aquel fatídico año, los padres de Alicia habían decidido pasar el puente del Pilar en Madrid para hacer turismo cultural; adoraban visitar museos. A medio camino, un tráiler perdió el control e impactó contra su coche. El padre murió en el acto y a pesar de que la madre sobrevivió al accidente, tres días después, en estado de coma, falleció en el hospital. Por suerte Alicia tenía exámenes en esa época y alegó a sus padres que prefería quedarse en casa estudiando. Aunque era cierto, el motivo real era que no quería dejar a Bas en casa de la vecina durante el puente; sabía que en los museos no podría entrar con ella. Quería pensar que su querida amiga canina le había salvado la vida.

A pesar de estar solas, eran felices. Si no hubiese sido por aquella bolita de pelo, no habría podido superar la trágica muerte de sus padres. Iban juntas prácticamente a todas partes, exceptuando al trabajo. Cada mañana, muy temprano, se despedían para ir a la oficina, no sin antes encender la radio para que la ausencia se le hiciera menos aburrida. Llenaba los cuencos de agua y comida y abría todas las puertas de casa para que pudiera deambular por donde quisiera. Trabajaba en Barakaldo hasta las dos de la tarde, sumida entre facturas, presupuestos, llamadas de teléfono y gestiones bancarias. Ansiaba el regreso a casa y los besos y lametones de su «muñequita», como solía llamarla.

Se encontraba paseando y observando las tenues olas rompiendo contra las

rocas cuando, de pronto, le pareció ver una especie de hueco en la ladera de la montaña, una entrada a su interior, vieja, ajada por el oleaje, casi inapreciable. Una pequeña cavidad por la que cabría una persona perfectamente. Pestañeó repetidamente pues nunca antes la había visto, era la primera vez que aparecía ante sus ojos, y era por la tremenda bajamar, que dejaba al descubierto una zona siempre sumergida en aguas saladas. Cuando se encaminaba hacia allí, solía observar cómo las olas impactaban contra la montaña, y esa puerta no estaba allí antes, no, no lo estaba. No podía dejar de mirarla. Las preguntas se agolpaban en su cabeza sin darle tiempo a pensar en las respuestas. ¿A dónde llevaba esa puerta? ¿Desde cuándo estaba allí? ¿Por qué la habían hecho? ¿Para qué? ¿Quién? Y lo más importante, ¿cómo, si el agua tapaba toda aquella zona? Empezó a hacer memoria intentado recordar los cientos de veces que había recorrido aquella arena, mirado las rocas, la montaña, las olas, todo, y estaba convencida de que antes no había nada. No obstante, también era cierto que tampoco había visto jamás la marea tan baja, en ninguna estación. No entendía nada y no podía comentarlo con nadie, solo estaban ellas. Se acercó todo lo que pudo, pero era imposible llegar hasta allí si no quería ir nadando con aquel frío y su fobia al agua. Por no hablar de dejar sola a Bas. Se detuvo en el punto más cercano que el mar le permitía. No podía ver lo que había en su interior, tan solo oscuridad. Era de hormigón o cemento, estaba en medio de las piedras escalonadas y carecía de puerta alguna, tan solo un hueco abierto en mitad de una montaña, bajo el mar. «Qué pena no tener unos prismáticos a mano», pensó. Se frotó los ojos, los abrió todo lo que pudo y, después, los entornó ligeramente, como si con ello fuera a salir un *zoom*.

Los ladridos de Bas la sacaron de su ensimismamiento, estaba mirando la puerta como esperando a que saliera alguien. Se giró y allí estaba Bas, llamándola junto a algo que había encontrado. Se dirigió hacia ella como una autómatas, sin dejar de mirar a su izquierda, despacio, escudriñando cada centímetro que la distancia le permitía. Finalmente se volvió hacia delante para ver lo que a Bas tanto le alteraba. Lo más probable es que fuera algún palo o, tal vez, un cangrejo, pero no.

Ahí aparecía el segundo misterio del día. Era una pequeña caja de madera, vieja y oscura, incrustada en la arena mojada. Estaba muy desvencijada pero perfectamente cerrada. Dudó si cogerla, no le gustaba tocar cosas ajenas y menos aún si estaban en el suelo, como aquella caja, que era un despojo escupido por el mar. La rodeó para cerciorarse de que no era nada importante, pero algo le atraía. La tocó con el pie, intentando sacarla de donde se hallaba. Era algo más grande de lo que parecía a simple vista. Se agachó y terminó de desenterrarla con las manos. Bas saltaba a su alrededor para que le mostrara el trofeo que había dentro. Le quitó la arena que pudo, pues estaba húmeda y aferrada a cada una de las seis caras del pequeño cofre. La giró para encontrar algún rótulo, una marca o un *made in China*. Pero no vio nada, solo una vieja caja mojada y fría. Carecía de cierre alguno, tan solo estaba cerrada a presión.

Le daba reparo abrir algo que no era suyo, pero tampoco quería dejarla allí, así que decidió llevársela a casa. La metió entre dos bolsas higiénicas para perros que siempre llevaba encima. Ese día tocaban rosas con corazones; así perdía todo su misterio y se veía un tanto ridícula. Fueron de camino hacia el coche para dejarla dentro por no llevarla encima mientras paseaban, no porque pesara mucho, sino porque estaba mojada, helada y porque a pesar de que no había nadie más en toda la playa, no quería que nadie la viese con ella y se la pidiera. Así aprovechaba también para coger el móvil y hacer unas fotos de la puerta. Sentía una atracción hacia aquel objeto que no lograba comprender, algo más fuerte que ella misma le había obligado a recogerlo y quedarse con el misterioso y pequeño cofre.

Una vez guardado en el coche a buen recaudo, volvieron tras sus pasos para continuar con el paseo. Bas ya le había mirado con cara de asombro por regresar al coche casi cuando acababan de llegar. Esta vez, en vez de bajar por las escaleras, accedieron a la playa por el lateral derecho, para llegar antes a la zona de la enigmática puerta. Sentía las manos heladas tras haberlas tenido en contacto con la fría y mojada arena que protegía la caja. Aprovechando que ya estaban frías, cogió un palo y se lo tiró a la juguetona teckel para que corriera a por él y, al mirar de nuevo hacia la puerta, se quedó perpleja: ¡ya no estaba! No era posible. Fueron hacia allí y por más que buscó

y rebuscó, la montaña estaba como antes, sin entradas. Tuvo que detenerse mucho antes de llegar hasta el sitio desde donde había estado observando antes, porque una ola le empapó los pies. Estaba tan pendiente de ver de nuevo la imposible entrada que no se percató de que iba derecha al agua. El mar había recorrido varios metros hasta alcanzarla. La marea había subido de repente, a una velocidad de vértigo. Era imposible, habían pasado poco más de cinco minutos. Se percató de que la luz también había cambiado radicalmente. Miró hacia el cielo y pudo contemplar cómo el gris ceniza daba paso a un gris plomizo y unas nubes amenazantes se situaban sobre el lugar donde se encontraban, todo ello a cámara rápida. En tan solo un instante, el día se había vuelto noche y las primeras gotas de lluvia salpicaban su cara con fuerza.

Alicia no era una persona asustadiza, pero sintió un escalofrío. Primero, la bajar; después, la puerta; luego, la peculiar caja y ahora, esto. Algo no iba bien, algo pasaba y ese algo le hizo llamar a Bas y marcharse de allí rápidamente. Regresaron al coche a paso ligero, mirando de reojo tras de sí, temiendo que la marea estuviera subiendo tanto que el mar pudiera salirse de la playa y consiguiera atraparlas. La lluvia se volvió muy intensa, las gotas eran enormes y en unos segundos todo estaba empapado. C cogió a Bas en brazos y el último tramo lo hicieron corriendo. El agua caída había provocado en menos de dos minutos una pequeña riada por el paseo. El viento, cada vez más violento, agitaba bruscamente los desamparados árboles, tanto, que partió la rama de uno de ellos y la lanzó contra Alicia. No pudo esquivarla del todo, una de las quimas le rozó la mejilla y sintió cómo un latigazo cortaba sin piedad su piel. Se tocó la cara con la mano y esta se manchó de sangre. Un trueno ensordecedor enmudeció por un instante el estrepitoso sonido de la lluvia al caer y el azote del viento, lo que la hizo mirar hacia arriba. Jamás había presenciado un cielo así, no parecía real, sino más bien de ciencia ficción. El cielo lanzó un rayo con tal fuerza que partió en dos un pequeño árbol del paseo. Echó a correr lo más rápido que pudo. La arena incrustada en las suelas de las botas al contacto con el suelo duro y mojado la dificultaban el paso. De cuando en cuando, patinaba y temía caer al suelo con Bas en

brazos. Las gruesas gotas de agua dieron paso al granizo, que golpeaba con violencia todo lo que tocaba. Intentaba proteger a Bas todo lo que podía con sus propios brazos mientras ella recibía en su cara granizo tras granizo, lo que la obligaba a avanzar prácticamente con los ojos cerrados, casi a ciegas. Por suerte, el coche se encontraba justo al final del paseo, en la primera plaza del *parking*.

A unos cuatro metros del coche tomó a Bas con un solo brazo e introdujo la mano del otro en el bolsillo en busca de la llave, temiendo por un instante que se hubiera caído por el trote de la carrera, pero no, por suerte, estaba allí. No llevaba nunca el bolso a la playa cuando iban a dar uno de sus paseos, lo dejaba dentro del coche y cogía tan solo la llave y un pañuelo de papel por si lo necesitaba alguna de las dos.

En cuanto entraron en el coche, por inercia, cerró el seguro sin darse ni cuenta de lo asustada que estaba. Dejó a Bas en el asiento del copiloto, arrancó el coche a toda prisa, accionó el limpia parabrisas a la máxima velocidad y encendió las luces, pero, aun así, le costaba ver bien. Las farolas estaban apagadas, solo se veía negrura y agua con pedriscos congelados cayendo torrencialmente. Dentro del vehículo, el estruendoso sonido de los granizos aún le impresionaba más. Se sentía a salvo de las inclemencias del tiempo, pero no lo suficiente como para quedarse a esperar a que escampara. El cielo, con su velo totalmente negro, no daba visos de que fuese a suceder en breve. Los truenos rugían con insistencia, los granizos parecían cada vez más grandes; temió incluso que pudieran romper el parabrisas. Volvió a mirar hacia la playa, por si de verdad el mar se hubiera vuelto loco y hubiera salido de su sitio. Continuaba en el lugar donde le correspondía, pero pudo observar cómo las suaves olas que vio al llegar hacía un rato, ahora se habían convertido en una fuerte marejada, llegando a ser de una considerable altura.

Perfectamente consciente de lo peligroso que era conducir en esas condiciones, decidió alejarse del lugar; algo le decía que lo hiciera. Le colocó a la asustada teckel su arnés con dedos temblorosos y lo unió al cinturón de seguridad. Lo ancló asegurándose de que estaba bien colocado, a pesar de la prisa que tenía por huir de allí. Ella hizo lo propio y empezó a acelerar

intentando dejar atrás aquel escenario. Las manos húmedas patinaban en el volante y las botas, empapadas, con las suelas llenas de arena, dificultaban la conducción.

Nada más salir del aparcamiento empezó a bordear la refinería de Petronor que está junto a la carretera que lleva a la playa. Bajo el aguacero, un perro perdido, desorientado, calado hasta los huesos, salió de entre unos matorrales y atravesó la oscura carretera sin vacilar. Probablemente el sonido de los truenos le habría asustado y habría huido de su casa sin rumbo. Alicia se vio obligada a dar un brusco volantazo, aun sabiendo lo peligroso que era ejecutar ese tipo de maniobras con la calzada en esas condiciones, pero no habría podido perdonarse atropellar al pobre animal. Las ruedas traseras hicieron un requiebro pero pudo mantener el coche en su posición. El cielo se iluminaba por completo por los relámpagos y parecía de día, a continuación volvía a teñirse de aquel gris negruzco que tanto le gustaba pero que en aquel momento lo único que le producía era pavor. Miró por el retrovisor un instante pero no vio ni rastro del perro, desapareció tan rápido como había aparecido bajo la luz de los focos.

Poco antes de entrar en el casco urbano de Muskiz, el diluvio amainaba. En el cruce de la calle Cendeja giraron a la izquierda dirección Gallarta. Allí la tormenta era normal, de hecho, era simple lluvia, la típica en esa época del año. Parada en el semáforo, más serena ya, observó a una anciana amparada por un paraguas plegable que cruzaba por el paso de peatones, una madre con su bebé a buen resguardo en su sillita convertida en una especie de burbuja de plástico y un chaval en bici. Caminaban ajenos a lo que estaba ocurriendo en la playa de su pueblo. Todo el mundo ignoraba lo que ella acababa de presenciar, solo querían guarecerse de la usual lluvia. Empezó a autoconvencerse de que todo había sido un cúmulo de circunstancias, tal vez ese día iba a haber luna nueva, tal vez el cambio climático estaba haciendo de las suyas o su desbordante imaginación le había jugado una mala pasada, pero ¿Bas? ¿Por qué ella también se había asustado? Quizá había sido Alicia con su temor y sus nervios por huir de allí la que la había inducido a querer marcharse también, o tal vez la tormenta. Una pequeña mueca de rubor se

dibujó en su cara, se sentía avergonzada por permitir que un chaparrón le hubiera asustado tanto. Se retiró un mojado mechón de pelo pegado cerca de un ojo, para acicalarse un poco. Del cuero cabelludo se deslizaban gotas por toda la cara, que se afanaba en secar con la manga de un abrigo, totalmente inundado. Miró a Bas, que estaba sentada en el asiento del copiloto, observándola, y no tranquila precisamente, y por el rabillo del ojo vio la caja. ¡Ya no se acordaba de ella! Ahí seguía, como expectante, encima del asiento de atrás, dentro de las bolsas con corazones, a la espera de ser abierta. Fue verla y volver a experimentar las mismas sensaciones, otra vez percibía todo de la misma forma que hacía unos instantes con la marea, la puerta y la caja; era como si ejercieran un poder mental sobre ella. Era real, todo había sido real. ¿Cómo iba la luna a bajar tanto la marea por mucha luna nueva que hubiera? Su visión era perfecta, siempre presumía de ella. Solía leerle a su anciana vecina la letra pequeña de las etiquetas y la felicitaba por su excelente vista. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había en esa caja?

Los bocinazos de los coches de atrás la devolvieron a la realidad. Soltó el freno y aceleró sin mirar la pequeña caravana que había ocasionado sumida en sus pensamientos. Recorrieron la carretera que las llevaba a casa sin poder dejar de pensar en todo aquello. Llegaron a Las Carreras, barrio perteneciente a Abanto, igual que Gallarta, cuando Bas se acababa de tumbar; parecía que estaba empezando a relajarse. Sin darse cuenta, estaba aparcando en el *parking* junto al colegio que estaba cerca de su casa. Los escasos diez minutos que la separaban de la playa se le hicieron más largos que nunca. Bajó con Bas en brazos y la caja en una mano. La portaba con desconfianza, casi con temor. Al pasar junto al contenedor de basura se paró un instante. Podría haberla tirado y olvidarse de ella, pero algo se lo impidió, necesitaba abrirla y descubrir si su interior ocultaba algún misterio. La lluvia en Gallarta no era tan intensa, de hecho, ni se molestó en sacar el pequeño paraguas para emergencias que llevaba en la guantera. El cielo no estaba tan oscuro, su tono grisáceo no transmitía temor alguno. Bajó hasta su casa tranquila, sin prisas, ya no corría, la lluvia no podía mojarlas más de lo que ya estaban.

Subió por el portal dejando un rastro en forma de charco en cada escalón.

Nada más entrar, dejó la caja encima de la mesa de la cocina y se cambió de ropa, estaba helada y empapada. Se miró la cara en el espejo: su aspecto era desastroso. El pelo totalmente mojado, enredado y pegado en la cara le daba un aire de desamparo. El maquillaje de los ojos se había corrido por la lluvia, pero no se fijó en nada de eso, tan solo miró la herida que le había dejado la rama al chocar contra ella. Había dejado de sangrar, pero le dolía. Se limpió la sangre aún fresca sin mucho esmero y se echó un poco de Betadine con una gasa. Pudo ver que, además del corte, también había una notable inflamación por debajo. Encendió la calefacción y se apresuró a secarse el pelo y a Bas con el secador. Cogió un cazo para calentar un poco de bebida de soja y derretir unas onzas de chocolate. «Eso es, un chocolate caliente, seguro que así me siento mejor», pensó. En pocos minutos estaba sentada en el sofá tapada con la manta y la taza de chocolate humeante entre las manos, intentando calentárselas. Bas se acurrucó a su lado también bajo la manta. Durante unos segundos, se quedó mirando la caja y la caja, de alguna manera, mirándola a ella. Estaba oscureciendo ya, era finales de octubre y las tardes eran cortas. Si a eso le sumabas la tormenta que se avecinaba, el resultado era que parecía de noche. Bajó las persianas y encendió la lamparita de lectura que había junto al sofá. Dejó la taza vacía en la mesita auxiliar y, al fin, cogió la caja. Ardía en deseos de abrirla y averiguar si había algo en su interior o tan solo estaba vacía. Por una parte, quería descubrir algún tesoro, pero, por otro lado, no sabía por qué, deseaba no encontrar nada. La agitó para comprobar que no tuviera agua en su interior y mojase así la manta y el sofá, pero no lo parecía. Intentó abrirla con las manos, estaba como sellada, no podía. Fue a la cocina a por un cuchillo para conseguir abrirla. Introdujo la punta por una ranura casi inapreciable y, al fin, cedió. Al abrirla percibió un hedor que provenía de su interior. Olía fatal, a salitre y a algas corrompidas, una mezcla de ambas cosas. A finales de otoño, principios de invierno, las algas son arrancadas del fondo marino por el oleaje y forman masas a la deriva. La playa de la Arena era una de las más prolíferas. Había gente que se dedicaba a recolectarlas; las ponían en montones sobre la arena para que se secaran y después las vendían. En una ocasión, vio a una señora cogiendo unas

pocas y le comentó que las metía en alcohol de romero y después se lo aplicaba para paliar el reuma. Al pasar por su lado, desprendían una pestilencia a putrefacción, muy similar a lo que olía la caja.

Intentó apartar la fetidez de su mente y terminó de abrirla. Para su sorpresa, en su interior había unos papeles. Los cogió con cautela por si estaban mojados, temiendo que se deshicieran entre sus manos. El tacto era diferente al del papel de uso común, era una textura desconocida para ella. Parecía un tipo de papel rústico, gordo, pero como satinado, daba la sensación de ser impermeable. Se dispuso a abrirlos con sumo cuidado. Las primeras palabras escritas asomaron mientras lo desplegaba. Parecía un manuscrito. Eran varios pliegos muy bien doblados y escritos con una caligrafía muy pequeña. Una vez estiradas las páginas, pudo comprobar que no se trataba de folios ni cuartillas. Las hojas eran como dentadas, totalmente irregulares en sus bordes, de un color entre amarillento y ocre, con manchas claras y oscuras intercaladas entre sí, ásperas al tacto pero flexibles. No estaban grapadas, ni sujetas con un clip, pero sí numeradas. Parecían de papel reciclado a mano, pero, por más que las tocaba, no conseguía reconocer qué tipo de papel era, de hecho, ni tan siquiera parecía papel. Era aficionada a la pintura y estaba acostumbrada a utilizar todo tipo de papeles, tanto de dibujo como de acuarelas, pero este era totalmente diferente a nada que hubiera visto antes.

Una vez fuera el manuscrito, miró la cajita por dentro: vacía. Su interior era aún más oscuro que el exterior y, bajo la tenue luz de la lámpara, le pareció ver unas marcas. La acercó bajo la bombilla y, en efecto, comprobó que había algo escrito: «SOS».

Abrió los ojos como platos y la dejó sobre la mesita. Cada vez estaba más intrigada. ¿Sería alguna broma de adolescentes? Pero descartó la idea. Pensó que una broma no tenía ningún sentido si no se puede observar la reacción de quien la recibe y, en este caso, tirar una caja al mar para que alguien la coja puede ser como jugar a la ruleta rusa: nunca puedes saber si va a llegar a manos de alguien, pues lo más probable es que se quede flotando en el agua hasta que el oleaje la destruya.

Volvió a cogerla y se aseguró de que pusiera eso realmente. Encendió la

lámpara del techo para obtener mayor claridad y, efectivamente, SOS era lo que ponía. Estaba grabado con algún instrumento punzante, como un clavo, un cuchillo o similar. La cerró para que el desagradable olor permaneciera en su interior y la dejó donde estaba.

La expectación por saber lo que aquellas páginas decían era como la mañana de Reyes, cuando estaba deseosa de ver los regalos que habían dejado Sus Majestades. Apagó la lámpara y volvió a sentarse en el sofá. Acercó la primera hoja a la luz y, justo cuando iba a empezar a leer, sonó el teléfono.

Capítulo 2

Se disponía a pasar por caja para pagar cuando le sobrevino la duda de si Alicia le había pedido que comprase azul cobalto o azul ultramar. Su aplicación daba resultados completamente distintos. Repasó mentalmente el encargo: pinceles lengua de gato de los números 2, 6, 12 y dos del 18, siena natural, blanco, ocre, verde vejiga, carmín de garanza, carboncillos finos (los que le gustaban a ella), barniz de Damar y los lienzos 50 marina y 40 paisaje. Pero no conseguía recordar cuál de los dos azules era.

—Si hubiera hecho una lista, tal y como me dice siempre... Habrá que oírla ahora —se dijo a sí mismo mientras sacaba el móvil del bolsillo.

Aitor, más conocido como Fredy, era amigo y compañero de arte de Alicia. Se conocieron cuando estudiaban en la academia de Bellas Artes de Portugalete. Ambos eran unos apasionados de la pintura y compartían gustos como la música, el cine y el mundo de la ufología.

El día que Alicia entró por primera vez en el estudio, Fredy no podía dejar de mirarla. Se situó en la otra punta de la clase, pero podía observarla perfectamente desde su caballete, aunque ella estuviera de espaldas. Le pareció la chica más preciosa que había visto nunca. Destacaba de entre el resto de los alumnos. La mayoría era gente mayor, incluso acudía algún jubilado. Había una mesa con niños de entre ocho y doce años que no paraban de hablar y jugar, pero, por suerte, estaban separados de los demás. Entre el resto de compañeros había una alumna de bellas artes de la Universidad Pública Vasca, un par de señoras depresivas a las que el médico había recomendado pintar y un chico del que decían que debía de padecer Asperger o algo así, pues nunca se relacionaba con nadie, ni tan siquiera los miraba. También había una peluquera, varias amas de casa, algún parado, un chico que solo dibujaba cómics, un informático, un entendido en todo lo relacionado con la minería de la margen izquierda de Bizkaia y gente del estilo. Pero Alicia era como un ángel que acababa de aparecer.

Esa tarde apenas dio una pincelada en condiciones; no podía dejar de mirarla, cómo se movía, cómo observaba el bodegón que el profesor le había puesto, los trazos que marcaba suavemente con el carboncillo sobre el papel guarro. Casi no podía ver su cara, pero le parecía perfecta. Se sentía fuertemente atraído por ella sin tan siquiera haberla visto bien. Tan absorto estaba que el profesor se le acercó sin que se diera ni cuenta y le preguntó:

—¿Qué, Fredy? ¿No te concentras? No has hecho nada esta tarde. Si ves que estás bloqueado, cambia de cuadro, os lo digo siempre. No todos los días estamos igual de inspirados y el cambio es bueno —le aconsejó.

—Sí, sí, perdona, tienes razón, lo mejor será que siga con el retrato. — Cambió de lienzo con la cara más colorada que el rojo carmesí que acababa de echar en la paleta.

Decidió ponerse con el retrato de su padre antes de que fuera demasiado evidente que no podía dejar de mirar a aquella chica que resplandecía entre el resto. ¿Acaso nadie se daba cuenta de que acababa de entrar una diosa? Fredy, a su edad, era todo pasión.

Al finalizar la clase, se hizo el remolón recogiendo para que los demás salieran y pudiera presentarse a la nueva chica sin que hubiera mucho público. Alicia se aproximó al fregadero que utilizaban para lavarse las manos y los pinceles. Él se acercó y observó sus manos, que tenían unos dedos perfectos tiznados de carboncillo y unas uñas largas pintadas de azul. Un tanto nervioso, se presentó:

—Hola, me llamo Fredy, ¿qué tal tu primer día? —preguntó pudiendo contemplar al fin su cara perfectamente. No estaba equivocado, era preciosa.

Llevaba el pelo recogido para que no le molestara al pintar, pero un mechón semiondulado rubio rojizo enmarcaba una cara de porcelana salpicada por unas tenues pecas en una nariz respingona y en unas delicadas mejillas. Sus pestañas eran infinitas y sus labios, carnosos, de un rojo natural, sin maquillaje alguno, le contestaron:

—Hola, Fredy, encantada, yo soy Alicia. Bueno, he estado un poco nerviosa porque nunca me había puesto delante de un bodegón, pero muy contenta, tenía muchas ganas de empezar.

Su voz era una dulce melodía para sus oídos. La observaba sin perderse un detalle: cómo cada palabra salía por su boca, su pronunciación, el movimiento de sus labios, sus dientes perfectos, sus ojos color miel al posarse en los suyos. A sus veintiséis años, en un estudio lleno de gente aburrida, con música más aburrida aún, había sentido su primer flechazo y era tan fuerte que más bien parecía un arponazo.

Alicia había dibujado desde que era una niña, pero fue a la edad de veintitrés años cuando decidió tomar clases para aprender a dibujar bien y otras técnicas, como el óleo o la acuarela. Había hecho sus pinitos, aunque siempre de forma autodidacta, y había decidido que era el momento de entrar en el mundo del arte, y quién sabe, tal vez no se le diera del todo mal. Había oído hablar de esa academia y había pasado muchas veces por delante de ella los sábados por la noche, cuando salía a tomar algo por Portugalete.

Solía dibujar a lápiz —a veces a pastel— paisajes, retratos y rincones interesantes, como los llamaba ella. Siempre acompañada de un cuadernillo, un par de lápices y su inseparable Canon, se perdía por los recovecos de su Gallarta natal y, a veces, se acercaba hasta Bilbao; allí, de pie, ajena a todo, abría su cuaderno y comenzaba a esbozar un banco con una paloma posada, una fuente rodeada de charcos o un callejón empedrado amurallado por viejos pisos con la colada por bandera. Se trataba de dibujos sencillos, sin muchas florituras, pero de una perfección y un realismo abrumadores que a nadie dejaba indiferente. Sabía captar la esencia del momento y el encanto de cada lugar. Un día, acompañada de sus padres y Bas, paseaba por un sendero de Burgos en busca de setas cuando alzó la vista y vio un paisaje que la enamoró. El camino por el que transitaban era de tierra y piedra, pero estaba alfombrado por capas de hojas secas de roble acumuladas año tras año. Se encontraba rodeado de viejos árboles que apenas dejaban pasar la luz de sol, pero, a la izquierda, había una campa por la que se podía acceder a través de un hueco entre la vegetación. Por ese pequeño pasadizo pasaban unos potentes rayos de sol que iluminaban un pequeño tramo del agreste camino y mostraban al mundo la inmensidad de marrones, ocre, amarillos, naranjas y rojos que el manto de hojas había dejado en el suelo. Sacó la cámara y tomó unas fotos

para poder hacer un bonito dibujo en casa. Siempre recordaba cuando su madre le dijo que ese sitio no tenía nada de especial, que eran unos árboles medio desnudos y un camino embarrado lleno de hojas muertas. Alicia sonrió porque iba a demostrarle cómo lo veía ella a través de sus ojos. Y así fue. Días después terminaba el paisaje a pastel sobre papel Canson. Su madre no daba crédito a lo que estaba viendo. «¿En serio lo ves así, hija? Es precioso, ¡me encanta!», le dijo sorprendida al comprobar lo diferente que lo veía ella. Lo tituló *Camino a casa*. Se había convertido en uno de los cuadros preferidos de su madre; le comentaba que parecía la imagen de un cuento y que daba la sensación de que se podría entrar en aquel paraje.

Siempre había querido ser una gran pintora, pero era una chica tan responsable que prefirió estudiar algo que tuviera una salida laboral más factible, y después de encontrar un trabajo, buscaría una buena academia de arte para poder hacer lo que realmente le gustaba: pintar. Había estudiado Administración de Empresas y empezó a trabajar cuanto antes para ganar su propio dinero e invertirlo en la pintura.

—¿Vas a venir todos los días? —le preguntó Fredy.

—Sí, en principio sí. Tengo intención de venir de siete a nueve de la tarde.

—¡Ese es mi mismo horario! —respondió con tal entusiasmo que le arrancó una sonrisa a la bella pecosa.

Y así sucedieron los días, entre bodegones, paisajes, retratos y conversaciones cada vez más largas. La joven alumna solía pedirle consejo a su ya imprescindible amigo y este se lo daba encantado. Aitor cada día se sentía más atraído por ella. Sin quererlo, se había ido enamorando poco a poco de la «dulce guerrera». Así la veía él: una chica fuerte, capaz de superar cualquier obstáculo, pero dulce, cariñosa y agradable. Siempre tenía una sonrisa para él, una buena conversación, un buen consejo. Eran, sin serlo, la pareja del momento. Cada tarde descubría algo nuevo en ella que la hacía aún más adorable. Sus amigos, sus compañeros de trabajo y hasta su padre, que se pasaba más de media vida en el mar, se habían percatado de que había caído en las redes del amor. Era raro que no hablara de ella en sus conversaciones con los demás. La veía inaccesible, sentía que era demasiado para él y, a

pesar de que para el resto de los alumnos era evidente que sentía algo por ella, jamás le dijo nada.

Le encantaba el momento de entrar en el estudio, con su olor a aguarrás, a óleos y a aceites; todo ello impregnaba el aire de una fragancia inconfundible. Pero desde que Alicia había iniciado sus clases allí, había sustituido la sensación de paz y sosiego que le producía aquel perfume por el frenesí de entrar y verla en su caballete, con aquella bata blanca que enmarcaba su esbelta figura. Comprobar si llevaba el pelo recogido o la melena suelta, si vestía pantalones o una de aquellas cortísimas faldas, si lucía tacones, si se había pintado los labios y, sobre todo, si le miraba y le sonreía como solo ella sabía hacerlo, era lo que le incentivaba cada día. Ya no se percataba del olor, ni de la música que había puesto José y que antes tanto detestaba, ahora solo la veía a ella. Atrás habían quedado los molestos niños, los compañeros que habían ocupado su sitio junto a un bodegón y aquellas canciones de Rosana que insistía en poner la peluquera. Siempre colocaba su caballete junto al de ella, alrededor de un bodegón, y comentaban si la luz se reflejaba más o menos desde sus respectivas posiciones, si la mezcla de colores era la adecuada o si era mejor utilizar aceite de linaza o esencia de trementina. Lo peor, en ese momento de su vida, era cuando tenía que trabajar alguna tarde y no podía acudir al estudio. Trabajaba como contable en la refinería de Petronor, en Muskiz. Su horario era de ocho a cinco, pero, a veces, el exceso de trabajo le obligaba a quedarse hasta tarde.

Un día el profesor les propuso hacer una salida el fin de semana. Decía que era importante salir de la comodidad del estudio, pintar al aire libre, con sus inconvenientes, pero también con la oportunidad de trabajar con luz solar, añadiendo, por consiguiente, la dificultad que implica su variación constante. Les comentó que los mosquitos se quedaban pegados en el lienzo y en la paleta y que la gente se paraba a mirar, pero que era muy enriquecedor. La gran mayoría tenía familia y obligaciones los fines de semana, pero los inseparables amigos se apuntaron a la excursión. El siguiente sábado fueron ellos dos con Julen, el aficionado a la minería, y Oskar, el dibujante de

cómics, que le pareció una buena oportunidad para entablar amistad con algunos de sus compañeros. Era muy tímido y en clase no hablaba apenas.

Decidieron ir a Sopuerta, que estaba bastante cerca, para no perder mucho tiempo en el trayecto. Fueron en el coche de Julen, quedaron en llevarlo un día cada uno, turnándose. Él vivía en Portugalete, al igual que Oskar. Una vez reunidos los dos, se dirigieron hasta Gallarta en busca de Alicia y, después, a Muskiz, a por el último excursionista. Como gran aficionado y conocedor de lo referente a la minería de la zona, les invitó a acercarse hasta los abandonados hornos de calcinación de la mina Catalina. Primero inspeccionaron un poco la zona y, después, cada uno en el sitio que mejor le parecía, se pusieron a trabajar. Tratándose de la primera vez, no cargaron con caballetes y demás utensilios, sino que se limitaron a hacer un dibujo a lápiz, como primera toma de contacto con la nueva experiencia.

Fredy esbozó con gran soltura los dos hornos, de ladrillo visto y escalonado, acabados en sendas chimeneas cónicas. Oskar hizo unas viñetas de cómics con unos hornos en plena destrucción, como si fueran bombardeados desde el aire con aviones de tipo Tornado. Salían ladrillos por doquier y mucho humo por todas partes. Julen se acercó a las escaleras por las que se accedía a la parte superior de los hornos y dibujó con todo detalle la entrada a uno de ellos, con los matorrales, que iban invadiendo lenta pero de forma inexorable toda la construcción. Alicia se alejó de sus compañeros y no solo dibujó ambos hornos, sino también a sus amigos tal y como los veía desde allí, de pie, con un bloc de dibujo en una mano y un lápiz en la otra, absortos en lo que hacían. Era una panorámica de la escena. Después cada uno de ellos mostró su boceto y compararon cada diferente estilo. Cuando acabaron subieron por entre las hierbas y jaros situados tras los hornos hasta lo alto y observaron la inundada mina, que parecía un pequeño lago. Hicieron algún boceto más y después bajaron al pueblo a tomar algo y comer unos pinchos de tortilla.

Aquella no fue la única salida que hicieron; casi todos los fines de semana aprovechaban un rato para ir a practicar sus cada vez más mejorados trazos, atreviéndose también con el óleo, aunque normalmente iban solos. Tanto Julen como Oskar se habían cansado de esas salidas. Ahí fue donde su amistad se

fue forjando hasta ser compañeros inseparables de dibujo. En la academia suponían que eran pareja, pero nada más lejos. Él estaba loco por Alicia, pero ella nunca le dio muestras de sentir algo más que no fuera amistad, así que decidió dejar las cosas como estaban por miedo a sincerarse y con ello ocasionar un distanciamiento. No quería perder aquellas excursiones de los sábados por la mañana, sus conversaciones en el estudio, su compañía. Algunas veces, al salir de la academia, se quedaban en el bar de abajo tomando algo, hablando sobre sus nuevas obras, sobre cuál sería el próximo lugar al que acudirían a dibujar. En ocasiones también se sumaba algún que otro compañero, pero una única vez, porque se encontraba fuera de lugar. Era tal la conexión que había entre los dos jóvenes que el resto sentían que estaban de más.

Todos le preguntaban por qué no daba el paso y le contaba lo que sentía por ella, pero no quería. Pensaba que sus sentimientos eran lo bastante evidentes como para que ella los conociera y, aun así, no daba visos de que experimentara lo mismo. Temía espantarla si se sinceraba; prefería tenerla como amiga que no tenerla.

Apenas quedaba ya con sus amigos los fines de semana; todo era Alicia por aquí, Alicia por allí. Había sustituido las copas de los viernes por la noche por las mañanas de los sábados para ir a dibujar o sacar fotos. En muchas ocasiones se les hacía tan tarde que comían algo por ahí. Incluso le había tomado cariño a su perrita, compañía indispensable en cada salida.

Al cabo de casi dos años, Fredy le propuso montar un estudio para los dos solos. Consideraba que era hora de desvincularse de la tutoría del profesor de la academia, sentía la necesidad de experimentar con total libertad, de tener su sitio, un lugar donde acudir siempre que quisiera, sin horarios, sin compañeros. Había encontrado una modesta lonja en Sopuerta, un pueblo de las Encartaciones, en plena naturaleza, rodeado de montes y zonas verdes. Era el primer pueblo al que habían ido a dibujar juntos por primera vez y desde aquel día se había convertido en un lugar especial para él. Era un municipio bastante grande pero muy poco poblado. Gran parte de sus vecinos vivían en

casas; tan solo en el centro y en algunos barrios había un núcleo urbano con pisos.

El local estaba en un barrio algo aislado, había sido una tienda de ultramarinos, llevaba varios años abandonado y necesitaba algo de reforma, pero al ser una zona no comercial, el precio era muy bajo. Antaño, gracias a la minería, el barrio bullía con la actividad de sus vecinos, los niños alegraban las calles y los comerciantes se hacían de oro al no haber más comercios a los que acudir, pero, en la actualidad, era un barrio casi olvidado, con la mayoría de las casas abandonadas, en ruinas. Tan solo algunos lugareños se esforzaban por mantener viva su barriada. Alicia dudó, creía conocer los sentimientos de su amigo hacia ella y le pareció que sería demasiado compartir algo tan serio con él. De hacerse con aquella lonja, dejarían de ir a la academia y pasarían allí más de dos horas de lunes a viernes. Pero, por otro lado, tampoco quería perder su valiosa amistad, y sabía que no le volvería a ver una vez que tuviera su propio estudio.

—Piénsatelo, de todas formas, si decides que no quieres, no pasa nada, siempre tendrás la puerta abierta y podrás venir cuando quieras —le ofreció sinceramente.

—No lo sé, me lo tengo que pensar, dame unos días.

—El tiempo que necesites —le contestó, con la esperanza de que se uniera a su propuesta.

Cuando volvió a casa esa noche, cogió a Bas en brazos, la miró y le preguntó: «¿Tú qué opinas? ¿Nos lanzamos y que sea lo que tenga que ser?». Bas la miraba con la cabeza ladeada levantando las orejas sin entender nada. Cenó tranquilamente una ración de bacalao a la vizcaína que le había sobrado la noche anterior, con sus ojos fijados en la nada y la tele de fondo, pero sin oír nada de lo que decían los protagonistas de su serie favorita. Bas la contemplaba esperando a ver si le caía algo. No sabía qué hacer, no quería complicaciones sentimentales. Había tenido dos relaciones y ambas habían salido mal y, después de lo de sus padres, no tenía ganas de volver a empezar otra vez a salir con nadie. Estaba pasando por una etapa de su vida en la que necesitaba estar consigo misma, tranquilas, ella y Bas. En sus planes no estaba

el volver a pasarlo mal por nadie. Después de recoger los restos de la cena, le puso un abrigo a Bas, el arnés y la correa, se enfundó en un polar, se enroscó una bufanda al cuello y salieron a por el último paseo del día.

Bajaron hasta la mina de Gallarta, la Corta de Bodovalle, por la carretera estrecha de Cotarro que daba a la rotonda donde finalizaba el pueblo. A esas horas no pasaba nadie por ahí. Miró sobre el muro que rodeaba la carretera y vio las ramas de las viejas higueras saliendo por encima, desprovistas de sus hojas, arrancadas por el impertérito otoño. El olor que desprendían esos árboles en verano le trasportaba a su infancia, cuando paseaba por aquellos parajes en busca de flores y caracoles en compañía de su madre.

Intentó centrarse en tomar una decisión con respecto al estudio de Sopena. Ponía mentalmente en una balanza los pros y los contras. Estaba convencida de que su amigo sentía algo por ella, pero nunca supo por qué jamás se había sincerado, cosa que ella agradecía, pues la relación que tenían era la ideal. En alguna ocasión se había sentido egoísta al disfrutar de su amistad, creyendo que él necesitaba algo más y que ella no tenía intención de dárselo. Gozaba de todas sus atenciones, de sus detalles, de su amabilidad y deseaba que continuara así. La noche era fría y dio por concluido el paseo. A la vuelta se pasó por casa de Nuria, su mejor amiga, a la que contaba todas sus confidencias. Tenía la esperanza de que esta le diera algún sabio consejo.

Nuria vivía en los pisos de la avenida del Minero, al final de la calle, con su novio. Ambos trabajaban muchas horas y el poco rato que tenían lo invertían en ellos mismos y, de vez en cuando, en quedar con sus amistades, pero Alicia era su mejor amiga y, al vivir tan cerca la una de la otra, solían verse con frecuencia. Eran amigas desde niñas. Nuria no era autóctona de Gallarta, se trasladó allí desde Santander cuando contaba con diez años, acompañada de sus padres y su hermano. Su padre había encontrado trabajo en los astilleros de Santurce y habían comprado un piso en Gallarta, frente al ayuntamiento. Se matriculó en el mismo colegio que Alicia y casi desde el primer día se hicieron amigas. Esta, al no tener hermanas, la «adoptó», como si fuera de la familia. Los fines de semana se turnaban para dormir en casa de una o de la otra. Se volvieron inseparables. Cuando estudiaban en la universidad

conocieron a dos chicos y empezaron a salir con ellos. Nuria continuaba su relación con el mismo y se habían ido a vivir juntos hacía poco. Sin embargo, la relación de Alicia no llegó a buen puerto. Eso no hizo que su amistad se quebrara, ni mucho menos.

Llamó al timbre y Nuria la invitó a subir. Se encontraba sola; Javi, su novio, estaba trabajando de noche. La extrañó que la visitara a esas horas.

—Qué raro tan tarde tú por aquí, ¿pasa algo? —preguntó nada más asomar por la puerta—. Hola, Bas —saludó a la simpática perrita mientras esta se ponía de pie reclamando su dosis de caricias.

—No, no pasa nada, simplemente vengo a pedirte consejo, tengo la cabeza que me echa humo...

Nuria conocía la historia con Fredy y, a pesar de que la había animado en numerosas ocasiones a empezar una relación con él, su amiga siempre se mostraba reacia. Le contó la duda que tenía sobre si compartir un estudio con un chico que, en teoría, parecía estar enamorado de ella. Ardía en deseos de tener su propio estudio, pero a la vez le daba miedo. Ese era uno de los momentos en los que más echaba de menos a su madre. Había sido su apoyo incondicional, su confidente, su mejor amiga, con quien compartía todas sus inquietudes.

—A ver, sé sincera, ¿a ti te gusta? ¿O pasas de él? No sé si lo del estudio será una estratagema para que caigas rendida a sus pies o tan solo quiere que tú también tengas un sitio donde poder trabajar. ¿Alguna vez te ha dicho claramente lo que siente por ti?

—No, nunca —contestó negando con la cabeza y mirando hacia el suelo.

—Entonces igual es que simplemente quiere ser tu amigo, ¿no? Rompecorazones... No sé, yo lo veo como una buena oportunidad. De todas formas, y perdona que te lo diga, pasáis mucho tiempo juntos. Todas las tardes en la academia, a veces al salir os quedáis tomando algo y los fines de semana también salís juntos a dibujar y a hacer fotos. ¿Nunca te has planteado salir con él? No sé, por probar, digo.

La contestación de Alicia fue una simple mirada. Ella conocía perfectamente cuál era la respuesta. Sus dos relaciones anteriores no habían terminado bien y

ella lo pasó bastante mal, sobre todo con la segunda, pues creía estar enamorada y que estarían siempre juntos, pero al final resultó que él no le era fiel. Y para colmo de males, sus padres hacía no mucho que habían fallecido. Ambos hechos habían blindado el corazón de Alicia y se había propuesto no volver a sentir nada por nadie; no quería volver a sufrir un desengaño amoroso. Su vida era el trabajo, la pintura y Bas y, a pesar de que en ocasiones se sentía sola, se había acostumbrado a esa soledad. Era menos dolorosa que sufrir por alguien.

Ente risas pasaron casi media hora, pero seguía con las mismas dudas. Ambas amigas se despidieron con la siguiente frase de Nuria: «Deja de pensar tanto, vive el momento y disfruta».

Precisamente eso fue lo que le hizo ver la luz y le ayudó a tomar una decisión. Recordó a sus padres, todo lo que se habían perdido, cuántas veces habían dejado de hacer algo que realmente les apetecía y posponerlo para más adelante. Desde pequeña les había oído decir que querían hacer un viaje a Noruega, pero siempre lo dejaban para más adelante. Unas veces porque la economía no lo permitía en ese momento, otras, porque Alicia era demasiado pequeña y otras, simplemente porque en el último momento decidían ir de vacaciones a algún otro sitio más cercano. Cuando sus padres se conocieron bromeaban con huir juntos a Noruega y empezar allí una nueva vida. Alicia tenía la ilusión de que algún día realizarían ese viaje los tres, pero no fue así, lo pospusieron demasiadas veces. No, no quería que le pasase lo mismo, no quería desaprovechar ninguna oportunidad que la vida le pusiera en bandeja. Prefería arrepentirse, si al final resultaba ser una mala decisión, que no haber dado el paso.

Nada más llegar a casa, sin tan siquiera quitarse el abrigo, llamó a Fredy y le dijo que sí, que aceptaba. Al fin y al cabo, no era para tanto; si en algún momento decidía dejar el estudio, no tenía más que recoger sus cosas y marcharse de allí.

Fredy, que ya estaba dormido, se mostró entusiasmado. Tenía todo mentalmente organizado. Había comprado un montón de cosas, entre ellas, unos sofás por internet para tener una zona de relax. Se había imaginado con

ella sentados en el sofá abrazados, besándose, pero sabía que eso no iba a ocurrir. Había visto unas baldas de segunda mano perfectas para colocar los óleos, los aceites y todo el material. En el trabajo había un pequeño almacén con mobiliario de oficina antiguo pero que aún servía; pensó que no tendría problemas si pedía un par de mesas, es más, seguro que estarían deseando deshacerse de todo aquello. También pensó en adquirir una pequeña nevera para poder beber algo fresco en verano y también para tener algo que comer en caso de que tuvieran hambre. Y cómo no, una cafetera. No se podía creer que iba a tenerla para él solo en el estudio. A veces algunos compañeros de la academia entablaban conversación con ella y él se sentía un poco abandonado, como cuando a la salida Berta le invitaba a tomar un café juntas y «hablar de chicos». Inevitablemente, se sentía algo celoso, habría preferido ser él quien pudiera estar en la cafetería a solas con su amor platónico. Al salir pasaba por delante de la cristalera y las saludaba levantando la mano, con una sonrisa forzada, por no poder pasar los últimos momentos del día con ella. Berta le saludaba y entre dientes le decía a Alicia:

—Por ahí marcha tu apuesto galán.

Alicia se sonrojaba e insistía en que entre ellos no había nada más que una amistad. Berta no decía nada por no contrariarla, pero hasta un ciego podría ver que el chico estaba loco por ella y no entendía por qué Alicia actuaba como si nada.

Ilusionados, y algo nerviosa Alicia, tras la formalización del contrato de alquiler, empezaron con las obras. Primero sacaron todo lo que había dentro, que no era mucho. El propietario había retirado las viejas baldas que en otros tiempos habían estado repletas de comestibles, así como el pequeño mostrador donde se atendía a los vecinos. Las paredes tenían desconchones, algunas baldosas del suelo estaban rotas, del techo colgaban dos bombillas viejas y la pintura de la ventana de madera se caía a cachos. Estaba bastante destartado, pero con las ganas que tenían de convertirlo en su rincón de trabajo, consiguieron darle un lavado de cara y hacer del local un sitio acogedor. Pintaron paredes y techos, instalaron focos, colocaron falso parquet de pegar en el suelo, lijaron y repintaron la ventana, pusieron una cortina, cambiaron el

lavabo y el inodoro y colocaron una puerta nueva, esta última abonada por el dueño. Una vez finalizado el trabajo, llevaron caballetes, lienzos, óleos y demás utillaje. Era la primera vez que restauraban algo y se sentían orgullosos de su trabajo. A partir de ese momento, carecerían de horarios, de compañeros que les quitaban la visión de un bodegón y de niños chillones y, sobre todo, podrían acompañarse de la música que les gustaba. No tardaron mucho en comenzar a dar las primeras pinceladas en el confortable estudio. Las conversaciones mientras estaban pintando se hacían difíciles, la música resonaba a todo volumen. Halford cantaba con su grandioso chorro de voz y solo descansaba para dejar paso a Metallica, Iron Maiden, Evergrey o Rammstein, entre otros. El *heavy metal* era inspirador para ellos, pero, a veces, a la perfeccionista pintora también le gustaba escuchar a Bach, Vivaldi o Mozart. Cuando iniciaba un cuadro y requería de la mayor de las precisiones para hacer el dibujo, necesitaba escuchar una música más tranquila, pero en cuanto el lienzo estaba listo para comenzar con el pincel, cambiaba de CD.

Estaba contenta por la decisión que había tomado. Temía arrepentirse nada más empezar, pero sus dudas y temores se disiparon tan pronto como se relajó. Las tardes en el estudio eran lo mejor del día, haciendo lo que más le gustaba, pintar, en compañía de Bas, Aitor y buena música. Alicia aprovechaba para dar un paseo antes de comenzar y, en ocasiones, Fredy se unía a ellas. Él, que no había dado un paseo por placer en su vida, se sumó al de sus amigas y disfrutaba de su compañía mientras la pequeña perrita jugaba y corría en busca de la pelota. Una vez dentro, la sentaban en uno de los sofás y se quedaba dormida a pesar de las explosiones musicales: estaba más que acostumbrada.

Un día, mientras Alicia estaba ultimando un paisaje marino de Pobeña, entró Fredy por la puerta acompañado de una chica. Alicia se extrañó, porque no la conocía y no solían llevar a nadie a su «santuario», mucho menos sin previo aviso. Se la presentó como su «amiga» Sonia. No le salían las palabras, se quedó atónita, no sabía que tuviese una «amiga». Hablaban de muchas cosas, de casi todo, pero jamás le había comentado nada sobre ella. Enseguida se dio cuenta de que últimamente se marchaba antes de tiempo, incluso algunas tardes

se ausentaba y los fines de semana ya no quedaban para ir a dibujar al aire libre, pero lo achacó a que ya pasaban demasiadas horas juntos en el estudio.

—Alicia, te presento a Sonia, una amiga.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó Sonia.

Capítulo 3

Justo en el momento más inoportuno sonó el teléfono. No quería cogerlo, pero miró para ver de quién se trataba y vio que era Fredy. Dudó unos segundos y, al final, lo cogió.

—Hola, perdona que te moleste, pero ¿qué azul querías? No lo recuerdo, el resto lo tengo todo.

No sabía de qué estaba hablando, en su cabeza solo estaban aquellos extraños papeles que había encontrado en la misteriosa caja de la playa.

—Alicia, ¿estás ahí?

—Sí, disculpa. ¿Qué dices de azul?

—Que si necesitas cobalto o ultramar.

—Eh... No lo sé, no me acuerdo, coge los dos —le contestó finalmente, absorta en lo que tenía en sus manos.

—¿Estás bien? Te noto rara —preguntó extrañado.

Volvió a quedarse callada, le resultaba imposible seguir la conversación. No podía dejar de mirar el SOS.

—¿Va todo bien? Contesta, por favor.

—No te vas a creer lo que me ha pasado —atinó a decirle—. ¿Por qué no vienes a casa y te lo cuento?

—¿No me lo puedes contar por teléfono? He quedado ahora con Sonia.

Sonia, Sonia, otra vez Sonia, no la podía ni ver. No es que tuviera nada en contra de ella, era tan solo que le había robado a su querido amigo. Ya no eran todas sus atenciones para ella, no habían vuelto a quedar fuera del estudio, no salían juntos para hacer fotos ni a dibujar. Atrás habían quedado las mañanas de los sábados en busca de nuevos parajes que inmortalizar, las largas charlas en el coche, las comidas en sitios recónditos que encontraban en sus excursiones. Muy de vez en cuando, la llevaba al estudio y se quedaba sentada en el sofá ojeando una revista de cotilleo, sin mirar, tan siquiera por

curiosidad, en qué estaba trabajando su novio. No le daba la menor importancia a nada de lo que allí se hacía. No le interesaba el arte en absoluto, le molestaba la música que escuchaban, se echaba perfume como para un batallón yapestaba todo el estudio. Se pasaba el rato hablando por teléfono con sus amigas sin ninguna consideración hacia los artistas, soltando unas irritantes carcajadas. En cuanto llegaban, Fredy bajaba el volumen de la música mirándola con cara de disculpa, cosa que a Alicia le sentaba fatal. Sonia solía sentarse en el sofá y abría un paquete de patatas fritas dejando caer las migas sobre el sofá. Ver a la pobre Bas esperando a ver si le daba algo la sacaba de quicio, sobre todo, porque a él no parecía importarle que ella se sintiera incómoda.

Pero cuando no iba Fredy, a pesar de que no tenía que aguantarla, tampoco estaba a gusto, se encontraba sola, ya no sentía aquella alegría al entrar en el estudio. Todo lo que hacía o no hacía Sonia le exasperaba. No podía entender qué hacía un chico tan maravilloso como él con una petarda como aquella. En ese preciso momento en el que no podía dejar de pensar en los pliegos que sostenía entre sus manos, en el que no era capaz de mantener una conversación sobre qué color necesitaba para acabar el paisaje asturiano que tenía a punto de terminar, se dio cuenta de que sentía algo por su compañero. Justo en ese instante fue consciente de que no era aquella insufrible dependiente de ropa la que le producía esa sensación de malestar cuando entraba en el estudio, sino el hecho de que él estuviese con ella, y si eso era así, solo podía deberse a que se había enamorado de él sin querer y sin darse cuenta. Eso era, se había convertido en su amigo, en su compañero, y aunque no había tenido la necesidad de llevar más allá su amistad, ahora sentía que sí, que lo quería, que lo necesitaba, que no quería compartirlo con nadie, que debía estar con él en todos los aspectos.

«¿Cómo no me he dado cuenta antes?», se dijo a sí misma. Su cabeza daba vueltas, la puerta en la roca de la montaña, la marea, la caja, el manuscrito... Justo ahora, no podía haber sido en cualquier otro momento o cuando la vio entrar en el estudio por primera vez, no, era ahora cuando de golpe todas esas sensaciones se arremolinaban en su mente y en su corazón. Estaba casi en

shock. Sentía atracción física de repente, le gustaba su personalidad, sus ojos azules, su cuerpo musculoso, su barba de cuatro días, su sonrisa, sus chistes, sus conversaciones en la playa tumbados en la arena sobre una toalla hablando de avistamientos de ovnis con libros a su alrededor de J. J. Benítez, Iker Jiménez... ¡Todo! Absolutamente todo en él era perfecto, era su hombre ideal.

—Alicia, ¿me estás escuchando? ¿Me oyes bien? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —contestó por fin—. Llama a Sonia y dile que no puedes quedar hoy con ella, necesito que vengas a casa ahora mismo, es urgente —se atrevió a decirle.

—¿Pues qué ha pasado? ¿Estás bien? —Su voz cambió por completo, estaba realmente preocupado, no por lo que le había dicho, sino por el tono que había empleado.

—Tú ven —le dijo escuchando su voz como si se tratase de la primera vez, pues le pareció más atractiva que antes.

—Está bien, ahora mismo voy para allí.

Decidió esperar a que viniese para leer lo que decía el manuscrito. Primero le contaría lo que había visto en la playa y después lo leerían juntos. Y respecto a lo otro... Ya vería qué hacer, en ese momento no tenía ni idea de cómo abordar el tema. Durante casi tres años habían compartido tantas cosas, tantas experiencias. Siempre la apoyaba en todo, la ayudaba, realmente se había convertido en lo más parecido a una familia. Compartían gustos e inquietudes y se compenetraban a la perfección.

Posó el manuscrito sobre la mesita sin dejar de mirarlo. Se levantó del sofá y puso un CD de Whitesnake para distraer la mente con otra cosa y sacó un paquete de pipas del armario de la tele. Cogió un bol para echar las cáscaras y, en cuanto abrió el paquete, Bas salió de entre la manta y se colocó a su lado mirándola a los ojos para pedirle que le diera; le encantaban. Le sonrió, peló la primera y se la dio. A pesar de ser algo tan pequeño, lo masticaba con insistencia, sin embargo, cuando le daba un trozo de carne muchísimo más grande, lo engullía sin apenas masticarlo.

Ni las pipas ni la música consiguieron distraerla. No pudo más, se levantó, dejó el cuenco con las cáscaras y el paquete de pipas prácticamente entero en

la cocina, volvió al sofá y cogió el manuscrito. Comenzaba así:

No sé cómo empezar, es una locura. Me llamo Róber Arteaga y soy de Bilbao. Lo primero que quiero decir es que esto no es ninguna broma, aunque así pueda parecerlo. Ni yo consigo creérmelo aún. Perdón por la escritura, pero todavía no me he acostumbrado a esta luz y tengo que escribir lo más rápido posible porque no quiero que nadie me vea... Seas quien seas que tenga este mensaje, por favor, AYÚDAME.

Alicia no se lo estaba tomando a broma, a pesar de que sería lo más lógico de pensar. Le costaba entender bien la letra. La escritura no era muy nítida, los trazos no parecían realizados con un bolígrafo o similar, eran desiguales, a veces borrosos, y la caligrafía dejaba mucho que desear. Los nervios habían tomado el control por completo y se encontraba en un estado de irrealidad. Desde que habían ido a la playa, todo el mundo real había desaparecido para dar paso a tantas incógnitas e intrigas.

Todo empezó hace unos meses, bueno, tal vez más de un año, no lo sé, aquí es como si no pasara el tiempo, no se sabe cuándo acaba un día y comienza otro, siempre está tan oscuro... Fui con dos amigos a la playa de La Arena, a la zona de Zierbena, un sábado por la noche que estábamos de fiesta. Con el calor que hacía decidimos bajar a darnos un baño; estábamos a mediados de septiembre. ¡En buena hora se nos ocurrió! Nos quitamos la ropa y la dejamos sobre un peñasco. Había luna llena y se veía muy bien. Entramos en el agua, que dado el calor que hacía, estaba bastante fría. Estuvimos nadando un rato y luego nos tumbamos donde habíamos dejado la ropa. El calor secaba nuestros cuerpos con rapidez. Era raro que a aquellas horas todavía hiciese tanto calor, por regla general ya tendría que haber refrescado. Se estaba realmente bien allí. Uno de mis amigos vio una especie de puerta en las rocas del fondo. Nos pusimos en pie y pudimos comprobar que así era. Nunca antes la habíamos visto ni habíamos oído hablar de ella. Nos fijamos en que la marea estaba extremadamente baja, más que nunca, y

eso que nosotros íbamos mucho a la playa, pero parecía que el mar se estaba secando y dejaba al descubierto aquellas rocas y la gruta, que no eran otra cosa que la parte baja de la montaña. Uno de nosotros propuso acercarse hasta allí para ver qué había dentro. Al principio yo pensé que podía ser peligroso, porque si subía la marea, nos quedaríamos atrapados en la cueva y esta, a su vez, se inundaría y podríamos ahogarnos, además, era de noche. Ciertamente la luna lo iluminaba todo pero la marea no avisa cuando sube ni cuando baja. Se rieron de mí y me llamaron cobarde. No puedo soportar que nadie me llame eso, así que, sin más, me adelanté a ellos y comencé a nadar hacia la oscura gruta. Parecía que no estaba muy lejos, pero no era cierto. Se encontraba bastante alejada de la orilla.

Esa era la misma entrada que había visto ella hacía un rato. En ese instante comprendió que no se trataba de una broma, a pesar de que ella no lo pensara, esa era la prueba definitiva. Aquel chico había visto lo mismo que Alicia y tampoco antes se había percatado de su existencia. No podía tratarse de ninguna chanza, aquella entrada existía de verdad. Y también la marea había bajado tanto como para extrañarse. ¿Por qué habría escrito aquello y lo habría metido en una caja? ¿Por qué pedía ayuda? Cuanto más sabía, menos entendía.

Miró el reloj calculando el tiempo que restaba para que se presentase Fredy en casa. Tenía la boca seca por lo que acababa de leer. Fue a la cocina a por un vaso de agua y se asomó al balcón. Había dejado de llover y unos tímidos claros invadían el cielo poco a poco, dejando atrás la horrible tormenta que había presenciado hacía no mucho. No obstante, por el otro lado se acercaba otra. Se puso la mano en la mejilla golpeada por la rama del árbol, todavía le dolía. Estaba caliente y latente.

Entró en la cocina de nuevo y decidió hacer tiempo hasta que llegara Fredy. Se puso a preparar café para tomarlo juntos. No sabía por qué, pero le daba un poco de miedo seguir leyendo ella sola. Tampoco tenía ni idea de cómo abordar la conversación en la que explicarle lo que sentía por él. Tan siquiera estaba segura de que fuera a hacerlo. Probablemente su momento ya había

pasado, ahora salía con Sonia. ¿Quién era ella para entrometerse en su relación? Se sentía culpable solo con pensar en herirle de alguna manera. Decidió dejar de pensar en eso, ya tendría tiempo. Abrió la cafetera y echó café, bien cargado. La colocó sobre la vitrocerámica y sonó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó por el telefonillo.

—Soy yo, Fredy.

—Sube.

El corazón empezó a latir apresuradamente. No quería estar nerviosa, pero tampoco podía evitarlo. Le oía cómo subía los escalones a toda prisa. Se preguntaba si podría evitar que pudiera apreciar el cambio que acababan de experimentar sus sentimientos hacia él.

Subió las escaleras de dos en dos hasta el segundo piso. Entró por la puerta con cara de incertidumbre y, cuando la vio, apenas podía reconocerla. Estaba pálida, despeinada, con un lado de la cara hinchado y herido, los ojos llorosos y temblando como una hoja. Aun así, le pareció que estaba más bonita que nunca.

Sin pensarlo y sin poder evitarlo, se abalanzó sobre él y le abrazó con todas sus fuerzas. Como si de una niña pequeña se tratase cuando se cae en el colegio y al cabo de unas horas va su madre a buscarla y llora aun cuando ya no le duele, lloró sobre su hombro.

Nunca la había visto en una situación semejante. Cerró la puerta tras de sí y la agarró de la cintura con suavidad separándola de él para que le contase lo que le ocurría. Alicia dio un paso hacia atrás y le miró con una cara totalmente desconocida para él. Siempre había demostrado ser una chica de fuerte personalidad, sin temor a nada, valiente e independiente y verla así le partió el alma.

—Nena, ¿qué te ha pasado? —Nunca había utilizado ese apelativo para referirse a ella, pero le salió del corazón. Él mismo se sorprendió al oírlo, tantas veces le hubiera gustado haberla llamado de esa manera que, sin darse cuenta, se le escapó de los labios.

Al oírle nombrarla así y con tanta ternura, se sintió como cuando era una cría y su madre la abrazaba. Seguía asustada, preocupada y dolorida, pero aquella

frase y el abrazo la consolaron de alguna manera. Le miró a los ojos de una forma diferente y le contestó:

—No sabes lo que me ha pasado, lo que he visto, lo que he vivido... Hemos estado en la playa... He visto... Me he encontrado... —Apenas podía hablar, no sabía cómo contarle todas sus peripecias y que la creyera.

—A ver, tranquila, cuéntame qué ha pasado. Vamos a la sala, siéntate en el sofá y estate tranquila.

La cogió suavemente de la mano y fueron hasta la sala. El calor de su mano la hizo sentirse como nunca antes se había sentido. Pensó que esa mano estaba hecha para agarrar la suya. Era la primera vez que se tocaban. Por muchas veces que hubieran estado trabajando juntos, que hubiesen salido a dibujar o comer por ahí, o hubieran hecho la reforma, jamás se habían tocado.

Al entrar vio la caja y el manuscrito, pero apenas se fijó en ellos. Toda su atención era para su amiga, la que ahora ocupaba toda su mente, de la que acababa de descubrir una faceta inesperada y que a pesar de no querer verla tan afligida, también la sentía más cercana que nunca y eso le encantaba.

Una vez en el sofá, Fredy sacó un pañuelo del bolsillo y le enjugó las lágrimas de la cara con el mayor de los cuidados para no hacerle daño en la herida. Realmente parecía una chiquilla asustada y frágil y él solo sentía la necesidad de cuidarla y protegerla.

—¿Te sientes mejor? Estate tranquila, anda, que ya estoy aquí, cuéntame qué ha pasado. —La animó mientras le pasaba un brazo sobre los hombros.

Otra vez el contacto físico. Ambos sentían la necesidad de tocarse el uno al otro.

—Verás, esta tarde hemos ido a la playa a dar nuestro paseo, justo antes de la tormenta. La marea estaba bajísima, más que nunca, y he visto una entrada en la montaña, debajo de Punta Lucero.

—¿Cómo que has visto una entrada? ¿A qué te refieres?

—A eso exactamente, una entrada, como una puerta que da al interior de la montaña. Al principio he pensado que no podía ser, pero me he acercado todo lo que he podido y la he visto perfectamente. Era un rectángulo sin puerta, de cemento u hormigón, haciendo de marco. Yo creo que de un tamaño por el que

podría entrar una persona, tal vez agachada. Entonces Bas ha empezado a ladrar porque había encontrado algo. Al acercarme he visto una caja en la arena mojada y la he cogido, es esa de ahí.

Miró hacia la mesita y vio la vieja caja junto a unos papeles que le parecieron también viejos.

—Entonces hemos ido al coche a dejarla y cuando hemos vuelto a la playa, la entrada había desaparecido porque la marea había subido de repente.

—Pero eso no puede ser. Lo de la caja vale, lo de la entrada me cuesta creerlo, pero que haya subido la marea tan rápido es físicamente imposible — le dijo con delicadeza, para que su opinión no le afectara más de lo que ya estaba.

Fredy no daba crédito a lo que estaba escuchando, pero podía comprobar que todo lo que ella le contaba había tendido que suceder tal y como iba narrando, pues su semblante era el de alguien que acababa de pasar por un trance.

—Ya sé que te resulta imposible de creer, pero te juro que es tan real como que estás aquí ahora. No me inventaría algo así.

—Lo sé, nena, pero... Te creo, aunque es difícil imaginar una entrada ahí. — Claudicó al fin, al verla tan desamparada. La conocía y sabía que jamás se le ocurriría gastarle una broma de ese calibre. Además, su aspecto acompañaba a su relato—. Yo he ido cientos de veces y jamás he visto nada, pero si tú dices que la has visto, yo te creo. ¿Y cómo te has hecho eso en la cara? —preguntó mientras se la acariciaba con suavidad.

—Cuando hemos vuelto para que Bas estuviese un rato más correteando por la arena, el cielo se ha puesto casi negro, así, sin más, en cuestión de unos minutos, y ha empezado a llover y a granizar con mucha intensidad. Hemos ido corriendo hacia el *parking*, pero se ha levantado un viento tan fuerte que ha arrancado la rama de un árbol y me ha golpeado en la cara. Cuando por fin hemos llegado al coche, era prácticamente de noche, no se veía nada; un perro ha cruzado la carretera y casi tenemos un accidente por esquivarlo. He pasado mucho miedo, mucho...

—Pues sí que es insólito todo lo que me estás contando.

—Pero me crees, ¿verdad? —preguntó como si el hecho de que no la creyese pudiera hacer que todo hubiesen sido imaginaciones suyas.

—Sí, ya te he dicho que te creo. Me parece imposible todo lo que cuentas, pero, viéndote en estas condiciones, te aseguro que me creería cualquier cosa que me dijeras.

—Pues eso no es todo.

—¿Ah, no? ¿Qué más te ha pasado? —preguntó más desconcertado aún.

Retiró el brazo de los hombros y se acomodó un poco en el sofá, mirándola expectante a los ojos, aquellos ojos color miel de romero, con el maquillaje corrido por las lágrimas, que le daban un aspecto de desamparo y ternura.

Nunca se había atrevido a mirarla durante tanto tiempo ni tan directamente a los ojos. Siempre los desviaba cuando hablaba con ella tras unos segundos; le hipnotizaban, se sentía vulnerable cuando le miraba con atención, pero ahora su mirada era totalmente distinta.

—He abierto la caja y en ella había una especie de diario de un tal Roberto Arteaga en el que pide auxilio.

—¿En serio? ¿Auxilio para qué? Tal vez sea la broma de algún gracioso.

—Pues yo no lo creo. He empezado a leerlo pero he parado, quería seguir leyéndolo contigo.

—Está bien, leámoslo. —La intriga también se había apoderado de él.

—Coge primero la caja y mira lo que pone dentro.

Hizo lo que le pidió y tomó la caja, aun fría por la humedad. No sabían si habría estado enterrada bajo el mar durante largo tiempo o si habría estado flotando a la deriva hasta llegar a la playa. Al principio no vio el SOS, pero al acercarla más a la luz pudo contemplarlo perfectamente. Frunció el ceño, abrió la boca con cara de asombro y la miró. La rogó que comenzara la lectura para esclarecer qué significaba todo aquello.

Cogió todos los papeles, se los colocó sobre las piernas y comenzó a leerlos en voz alta desde el principio. Cuando llegó hasta donde había dejado de leer, la miró estupefacto, siendo consciente de que lo que ahí decía era exactamente lo mismo que su amiga le acababa de relatar.

—¡Dice lo mismo que has visto tú!

—Lo sé, ¿no te parece alucinante? ¿A que ahora me crees más aún?

—Sí, evidentemente, son demasiadas coincidencias. Sigamos leyendo a ver qué dice —contestó con prisa.

En ese momento, el teléfono de Fredy empezó a sonar, pero no tenía intención de cogerlo.

—¿No lo vas a coger?

—Me da igual quien sea, esto es más importante —contestó sin dejar de mirar el diario.

—Igual es del trabajo; cógelo, anda, que podemos esperar.

—Está bien... —Cogió el teléfono con desgana. Vio que era Sonia y volvió a meterlo en el bolsillo.

—¿Quién era?

—Nadie. Sigue leyendo, por favor.

—Pues para no ser nadie, vaya cara de asco que has puesto.

—Era Sonia.

La marea baja, la entrada, la caja, la tormenta, el miedo, la angustia y la incertidumbre habían quedado en un segundo plano por unos instantes. Fredy no había cogido el teléfono a su novia por estar con ella, por acompañarla en un momento tan significativo. Por supuesto no iba a insistirle en que cogiera el teléfono, de hecho, se quedó callada.

—No la voy a coger el teléfono porque, sinceramente, cuando me has llamado, me he quedado tan preocupado que he salido corriendo de la tienda sin comprar nada y sin llamarla para posponer la cita; supongo que querrá una explicación. Ahora no estoy para eso, tenemos que saber qué es lo que dice aquí, ¿no crees? —preguntó muy serio.

—Sí, claro, lo que tú digas.

Sentía el corazón bailando en su interior, la alegría se había hecho camino entre todo el maremágnum de sensaciones negativas. «Ojalá este momento de intimidad durase para siempre», pensó. Continuaron leyendo:

A pesar de que había luna llena, temí por mi integridad, pues pensaba que podía golpearme contra las rocas; aun así, continué nadando hasta

allí. Me subí a unos riscos para alcanzar la boca de la cueva. Asomé la cabeza y dentro no se veía nada, estaba muy oscura, la luz de la luna no penetraba en su interior. Uno de mis amigos se arrepintió y se alejó nadando rápidamente hacia la orilla. No quería que pensarán que yo era un pusilánime y continué trepando con torpeza. La roca estaba fría y tenía aristas afiladas. Le di la mano a mi otro amigo para que pudiera subir, pero pisó mal y se hirió en la pierna con el saliente de un peñasco. Comenzó a sangrar y me insistió en que volviéramos a la playa. Le dije que fuera él solo, que yo quería ver si dentro había algo. Dio media vuelta y vi cómo se alejaba. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué no me fui con ellos? Desde niño siempre he sentido la necesidad de ser más que los demás, más fuerte, más valiente, más ¿qué? Más estúpido.

Con mucho esfuerzo, conseguí escalar hasta la entrada. Mis ojos no veían nada. Había avanzado cuatro pasos a ciegas, cuando me resbalé a causa de la humedad y del verdín del suelo y caí por un agujero que parecía una especie de rampa de tierra mojada o arcilla. Llegué a una caverna enorme, el agua me cubría hasta la cintura. El techo estaba altísimo, unos diez metros o más, que era lo que había bajado por la rampa, que hacía las veces de tobogán. Empecé a ver un poco, había unos agujeros en las paredes que daban al exterior por los que entraba tímidamente la luz de la luna. A mi derecha, junto a mi mano, encontré una especie de planta o de alga que nacía de la roca. Era de color blanco amarillento y desprendía algo de luz, era fluorescente. Miré a mi alrededor y pude observar que toda la caverna estaba plagada de esa extraña vegetación, era lo que hacía que se pudiera ver algo allí abajo. Me fascinó todo aquello, la galería secreta, las plantas fluorescentes..., así que avancé un poco más. La cueva se iba estrechando como un embudo, pero hacia arriba. De no haber sido por los escalones de piedra que había, habría sido imposible subir por el estrechamiento, ya que el suelo estaba completamente encharcado y patinaba muchísimo. Entonces caí en la cuenta de que por donde había caído no había escalones. Tan solo la resbaladiza rampa. De inmediato, di la vuelta y llegué al final del

pronunciado y oscuro declive. Intenté subir agarrándome de donde podía, pero fue inútil. Me resbalaba una y otra vez. Clavaba mis dedos en la tierra para intentar escalar, pero estaba tan húmeda que se deshacía entre mis manos. Los nervios no me dejaban pensar. No sabía cómo salir de allí.

Cuanto más tiempo pasaba dentro de la gruta, mejor veía. Los ojos se me iban acostumbrando a la sutil luz, pero no dejaba de ser tan tenue que hacía imposible ver el hueco por el que había caído en esta maldita cueva. Me detuve a pensar. Creía haber dado con la solución. La erosión del mar habría formado esa caverna, y por esos agujeros debía de salir el agua al bajar la marea. Seguramente al final de las escaleras encontraría otra salida, porque cuando la marea volviera a subir el agua tendría que salir por alguna parte, si no, se anegaría y me ahogaría. Alguien había construido las escaleras y debían de ser para salir de allí.

—Si esto es real, has hecho un hallazgo importantísimo. Tenemos que ir a la playa cuando esté la marea baja —anunció Fredy.

—No sé qué decirte, después de lo que he vivido hoy, no me han quedado muchas ganas de volver. Por cierto, he hecho café, ¿te apetece una taza?

—Sí, muchas gracias, casi sin leche.

—Lo sé, café en taza grande, templado, con una gota de leche y dos de azúcar, ¿verdad?

—Exactamente. —Sonrió al comprobar que conocía a la perfección cuáles eran sus gustos, que le conocía de verdad.

De pronto le vino Sonia a la memoria. Ella nunca estaba atenta a esos detalles. Apostaría lo que fuera a que no tenía ni idea de cómo le gustaba el café. Ni cuáles eran los nombres de los grupos de música que le gustaban, ni los nombres de sus amigos, ni su novela favorita, que era la misma que la de su dulce guerrera: *El Resplandor*, de Stephen King. Al igual que le acababa de ocurrir a Alicia, en ese momento, todo lo que había sentido por ella y reprimido durante el período de tiempo que llevaba con Sonia volvió de golpe, como una bofetada, pero con más intensidad que nunca. Se sintió como

un tonto por no haber dado el paso de decirle lo que sentía, por miedo al rechazo. Se arrepintió de haber estado saliendo con Sonia, incluso sintió que había traicionado la confianza de Alicia de alguna manera al llevarla al estudio. El ratito que acababa de vivir con ella, el abrazo, las lágrimas y el pequeño paseo por el pasillo cogidos de la mano eran la prueba de que no podían estar separados. Desconocía si los sentimientos de ella serían correspondidos, pero una cosa tenía clara: lo iba a averiguar.

Mientras Alicia terminaba de servir el café y cortar dos trozos de bizcocho, Fredy cogió el teléfono para llamar a Sonia. Era como si le estorbara, sobrara en sus planes. No quería malgastar un minuto más en esa relación, no quería volver a hablar con ella ni que formara parte de su vida, así que a pesar de que no fuera muy honesto dejar a alguien por teléfono, estaba decidido a hacerlo.

Se puso de pie para sacar el móvil del bolsillo del vaquero pero no necesitó llamarla, el teléfono volvió a sonar y era ella. Inspiró profundamente, ya que a pesar de tener la convicción de que lo que iba a hacer era lo mejor, de que nunca había estado tan convencido de algo, era un caballero y no le gustaba hacer daño a nadie. En cuestión de segundos había sido consciente de que aquella chica no era para él y que nunca la había querido. Había sido una liada de un amigo que se la había presentado y que se la había metido por los ojos. Él, dadas sus circunstancias, se había dejado llevar en un inútil intento por olvidarse de quien realmente estaba enamorado.

La noche que Jon le invitó a su casa a cenar no sabía la encerrona que le había preparado. Allí estaba Sonia, maquillada como una puerta, con un corte de pelo estrafalario, teñido de negro y un ridículo mechón verde. Vestía con un estilo mezcla de señora y lo que pretendía ser elegante y moderno; portaba un cubata en la mano y se reía escandalosamente con la novia de su amigo. Se suponía que iban a estar los dos solos para jugar a un nuevo juego de la consola y cenar una pizza. La madre de Jon estaba pasando unos días en casa de su hermana y le había dejado la casa para él solo. Se la presentó y no le gustó nada, él ya estaba enamorado y Jon lo sabía. Pero este había tomado la decisión de que lo de Alicia no iba a llegar a nada y que la mejor amiga de su

novia era ideal para él. Le dieron ganas de marcharse de inmediato, pero no quiso hacerle el feo a su amigo. Sonia había sido amable con él. Cenaron unas pizzas y, después, acompañados de unas copas, jugaron unas partidas a la consola. Al día siguiente quedaron otra vez los cuatro para ir al cine. El fin de semana siguiente quedaron también para ir a comer a Bilbao y hacer una visita al Guggenheim. Y así, poco a poco, fueron entablando una amistad. Siempre quedaban los cuatro y hacían planes que a él realmente le apetecían: cine, museos, conciertos... Poco a poco se fue sintiendo más a gusto con Sonia y se obligó a sí mismo a ver a la pintora solo como una amiga. Aunque más bien lo que quería era quitársela de la cabeza y empezar una relación con alguien que le proporcionara todo lo que necesitaba de ella, pero esta no le daba.

Después de una cena y unas copas de más, Sonia y él tuvieron su primer encuentro sexual, que, realmente, para él no fue nada del otro mundo, pasó sin pena ni gloria. Todos sus amigos estaban emparejados, algunos pensando en tener hijos, y le insistían en que sentase la cabeza y se dejase de juegos de adolescentes con su compañera de estudio. Al principio no se atrevió a contárselo a su querida amiga; por un lado, le daba un poco de vergüenza, y por otro, tenía la cada vez más pequeña esperanza de que algún día surgiese la chispa y le viera como un hombre, no como un simple amigo. No sabía cómo contarle que estaba saliendo con alguien. Decidió que lo mejor sería presentarse en el estudio con ella sin avisar, así aprovechaba la ocasión para mostrarle los cuadros que estaba haciendo. Ese fue el primer día en el que pensó que Sonia no estaba hecha para él. No le interesó lo más mínimo el trabajo que realizaba en el estudio, nada le llamaba la atención, ya fuera un retrato hiperrealista o un paisaje espectacular y, además, se quejó de la música. Por no hablar de que no estuvo nada simpática con Alicia.

Dejaron de salir los cuatro juntos y empezaron a quedar los dos solos. Las películas que veían en el cine de terror o de acción habían dejado paso a las románticas. Las salidas a museos y conciertos eran inexistentes, pero las compras de ropa y maquillaje cada vez eran más asiduas.

Cuando salían a comer fuera a Sonia le gustaba todo, lo mismo le daba una hamburguesa, *sushi* o una mariscada. Alicia, sin embargo, se preocupaba de lo

que comía, de si sería fresco, de si era de temporada, de que fuera lo más natural posible y, sobre todo, de que no contuviera lácteos, pues era alérgica. Lo que podría parecer un incordio a la hora de elegir un restaurante a él le gustaba, porque había aprendido a diferenciar los platos que podrían contener lácteos y normalmente era él quien preguntaba al camarero. Era una forma de demostrarle lo mucho que le importaba. Comía con elegancia, con sus finos dedos, sus uñas largas y siempre perfectamente maquilladas. Sonia, sin embargo, comía y hablaba a la vez, con las uñas mordidas y sin ningún reparo. No tenía educación cuando hablaba con los camareros, sin embargo, Alicia era muy amable y siempre tenía un comentario agradable para ellos. Le resultaba inevitable compararlas. Pero se autoconvenció de que no tenía ninguna posibilidad de que su idealizada amiga fuera a convertirse en su pareja y continuó con lo que ya era una farsa, se dejó llevar.

Era consciente de que esa relación no le llevaba a ninguna parte, pero siguió quedando con ella. Su amor platónico no había tenido ninguna reacción al conocer a Sonia, nunca comentaba nada sobre ella, actuaba con total normalidad, o eso aparentaba. Por un momento sonrió cuando recordó que Bas no era amiga del disimulo y demostraba claramente el rechazo hacia Sonia. Esa era otra cosa que parecía molestarle, que hubiese una perrita en el estudio. Él ya la había avisado de que su compañera iba acompañada por Bas todos los días, no quería encontrarse con la situación de que hiciera algún comentario despectivo hacia la adorable teckel. Además, le había cogido mucho cariño a la pequeña juguetona. Deslizó el dedo sobre la pantalla del móvil y contestó.

—Hola, Sonia, siento no haber acudi...

—¿Se puede saber dónde estás? ¡Llevo un siglo esperándote! ¡Mis amigas se han marchado ya y estoy aquí sola! ¿Quién te crees que eres para dejarme tirada así? ¿Eh? —gritó enfurecida sin preguntar siquiera si le había pasado algo.

—Sonia, lo siento, no voy a darte ninguna explicación, lo cierto es que...

—¿Qué has dicho? ¿Cómo te atreves?

—Sonia, lo dejamos —se limitó a decir.

—¿Que me dejas? ¿Tú a mí? ¿Encima? —Sonia no podía creer lo que estaba oyendo.

—Exactamente. Hubiera preferido decírtelo en persona, pero dadas las circunstancias...

—¡Eres un sinvergüenza! Después de todo lo que he tenido que aguantar con tu estúpida música, tus absurdos cuadros y la tonta con la que pintas... — También ella se había percatado de que su novio sentía algo por su compañera de estudio.

—Bueno, Sonia, no es necesario que insultes a nadie, soy yo quien toma la decisión. Lo dicho, lo siento mucho y te deseo lo mejor. Adiós. —Y colgó.

Sonia empezaba a gritarle otra vez, pero él ya no podía oírla. Puso el móvil en silencio para que no volviera a interrumpirlos. A pesar del mal rato que acababa de pasar, se sentía libre, tranquilo, todo volvía a estar en su sitio. Guardó el teléfono y se dirigió a la cocina.

Se había quitado una losa de encima. Nunca había actuado así, le gustaba dar la cara, decir la verdad en todo momento, pero sin incomodar a nadie, mas esta vez no se sentía con ánimo de volver a ver a esa chica para darle explicaciones, consciente, además, de cómo iba a reaccionar. Quería borrarla de su mente para siempre. Solo quería tener a Alicia en su cabeza. Desde el principio de la relación no había sido sincero, no solo con Sonia, sino consigo mismo. Por fin todo había acabado y los sentimientos hacia Alicia volvían con más fuerza que nunca, era como si hubiese abierto las compuertas de un embalse y el agua, su amor, saliera torrencialmente por cada poro de su cuerpo. Respiró hondo y continuó caminando por el pasillo decidido a sincerarse de una vez por todas.

Le temblaban las piernas, no daba crédito a lo que acababa de oír. Ya no sabía si le había echado azúcar al café o no, ni siquiera se acordaba de dónde había dejado el azucarero. Oía cómo su amigo y compañero se acercaba por el pasillo, que se le hizo eterno, sin saber cómo reaccionar ni qué decir.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto. Sonia no estaba hecha para mí y ya sé que no está bien dejar a alguien por teléfono, pero la verdad es que no me apetece tener que volver a verla. Y mucho menos tener que aguantar la

sarta de gritos y reproches en directo. Espero que le vaya bien y que encuentre a alguien que la aguante, pero yo no soy esa persona. —Se sinceró observando atentamente la reacción de una chica que daba vueltas sin rumbo por la cocina en busca de azúcar.

—Bueno, tú sabrás lo que es mejor para ti —balbuceó como pudo.

En ese momento, se armó de valor. Dejó a un lado el pánico que sentía en el estómago, intentó evadirse del nudo que tenía en la garganta, de los pensamientos negativos causados por el miedo al rechazo, de su corazón latiendo a mil por hora a punto de salirsele del pecho y se atrevió al fin a decirle:

—Lo mejor para mi eres tú.

Alicia, quien creía conocer los sentimientos de Aitor hacia ella desde hacía mucho tiempo, se quedó sin palabras. Solo atinaba a abrir armarios en busca del azucarero. Ella pensaba lo mismo, que lo mejor para sí misma era estar con él y estaba dispuesta a declararle sus sentimientos, aun así, no esperaba esa declaración en aquel preciso momento.

Cuando vio aparecer a Sonia en el estudio creyó firmemente que Fredy no había estado enamorado de ella, que tan solo era un chico cariñoso y atento, que lo único que compartía con ella era una bonita amistad. Habían cesado las salidas los fines de semana, las ausencias algunas tardes en el estudio, incluso lo notaba distante cuando estaban trabajando. Lo que ella ignoraba es que todo había sido un burdo intento por olvidarla, por no sufrir al no poder estar con ella.

—¿Qué buscas? —preguntó con la esperanza de que dijera algo respecto a la bomba que acababa de soltarle.

—El azúcar, no sé dónde está...

—Está aquí, y por todo el que hay caído por la encimera, supongo que ya le has echado al café.

Alicia dejó de dar vueltas, le miró a los ojos y Fredy se acercó a ella despacio. La agarró por la cintura con una mano mientras con la otra le retiraba el pelo de la cara, la acercó hacia sí y la besó. Ambos se fundieron en el mejor beso de sus vidas, el más apasionado y tierno a la vez que jamás

habían experimentado. Se abrazaron y así permanecieron durante unos instantes mágicos, como la pareja separada durante meses que al fin se reencuentra.

Al fin se separaron y, mirándose a los ojos, él le dijo que la quería, que siempre la había querido, que no podía quitársela de sus pensamientos. Ella le aseguró que también le quería a él y volvieron a besarse. Regresaron a la sala cogidos de la mano, olvidando los cafés humeantes en la cocina, el manuscrito y todo. Se tumbaron en el sofá e hicieron el amor apasionadamente, después, se quedaron dormidos abrazados.

Al cabo de un rato el joven enamorado se despertó y la observó durmiendo, nunca antes la había visto haciéndolo. Le embriagaba la ternura, ya no podía imaginarse un instante de su vida sin ella. La amaba como nunca había amado a nadie. La besó en la frente y esta se despertó. Le sonrió con cara de complicidad y se besaron. Pasaron la noche juntos y, a la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, se levantaron felices, sintiendo que hacía mucho tiempo que deberían haber llegado a ese punto. Fredy desayunó un café y salió casi corriendo a trabajar, se le había hecho tarde y tenía que pasar por casa para, al menos, cambiarse de ropa. Era muy puntual, no le gustaba llegar tarde al trabajo, pero ese día no le importó en absoluto, la demora estaba más que justificada.

Justo al salir le llamaron por teléfono.

—Te están llamando —le indicó mientras se despedía de su amado desde la puerta.

—Sí, ahora lo cojo. Nos vemos a la tarde, ¿no?

—Por supuesto.

Cerró la puerta apoyando su espalda contra la misma, con cara de felicidad y, al bajar la mirada, comprobó que Bas la estaba observando y casi podía adivinar una sonrisa de satisfacción en ella.

Cogió el teléfono, se trataba de Jon. Le contestó pese a creer adivinar lo que este le iba a decir. No tenía ganas de responder a sus preguntas, pero no quería ser descortés.

—Tío, ¿estás bien? He oído en la radio que ayer hubo una tormenta terrible

en Muskiz.

—Sí, sí, estoy perfectamente, tranquilo. De hecho, no estaba en casa cuando sucedió, estaba en Bilbao comprando material para el estudio.

—Ah, vale, estaba preocupado, tío.

—Pues ya puedes estar tranquilo, todo está perfecto.

—Ok. Oye, aprovechando la llamada, ¿os apetece venir el sábado a cenar con nosotros? —preguntó totalmente ajeno a lo que había ocurrido esa noche.

—Jon, ya no estoy con Sonia, lo hemos dejado, ya te contaré —contestó sin entrar en detalles.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Jon no era de sorpresa, sino de condescendencia.

—Ya te contaré, ahora ando liado.

—Vale, cuando quieras; cuídate.

Capítulo 4

Llegaba tarde a casa para comer, un cliente no había podido quedar antes para ver un piso en Indautxu. Jon trabajaba en una inmobiliaria como gestor y se pasaba la vida de acá para allá enseñando pisos y locales. Iba escuchando la radio en su nuevo coche y decidió llamar a Sonia para saber qué había pasado con su amigo. Esta montó en cólera, estaba totalmente indignada y daba a entender que era ella quien tenía que haber dejado al «insulso» de su amigo. No quiso escuchar más quejas ni chillidos y la dejó, alegando que tenía otra llamada. Seguía sin saber qué había pasado entre ambos, pero tampoco le resultaba extraño sabiendo que no había podido olvidarse de esa tal Alicia. Para Jon era todo un misterio, no la conocía, nunca la había visto ni en foto, pero sí había oído hablar de ella en innumerables ocasiones. Las pocas veces que había podido ir a visitar a su amigo al estudio ella no estaba. Solo había podido contemplar su obra y le había parecido realmente buena.

Fredy y Jon eran muy buenos amigos. Atrás habían quedado los días de juerga, de partidos de fútbol y de risas con la cuadrilla, pero su amistad perduraba a través de los años. Jon era un apasionado del arte incapaz de dar una pincelada en condiciones. Por más que lo había intentado, no era lo suyo, y seguía la obra de su mejor amigo como si de la suya propia se tratase. Cada uno con su trabajo y su vida se habían distanciado un poco, pero no lo suficiente como para perder su amistad. Raro era el día que no se mandaban algún *whatsapp* o se llamaban.

Salió del ascensor y sonó el teléfono. Era Aitor, pensó que le llamaba para contarle qué le había hecho cortar con Sonia.

—Aúpa, tío, ¿qué pasa?

—Hola, Jon. Esta mañana no tenía tiempo de darte explicaciones porque llegaba tarde a trabajar. Solo llamo para contarte que he dejado a Sonia porque no es para mí, no me gusta, no la aguanto, a decir verdad. Pero lo más importante: Alicia y yo estamos juntos —dijo triunfante, con una sonrisa imposible de esconder.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¡Por fin! Cuanto me alegro, tío; tanto tiempo pensando en ella sin querer conocer a nadie y por fin tienes lo que querías. Ya me contarás con más detalles, está mi madre esperándome para comer. Hablamos, ¿vale?

—Sí, ya hablaremos. Saludos a tu madre.

Jon se sentía feliz con la noticia, Sonia no le caía muy bien en realidad; había sido su novia la que había insistido en presentarles.

Vivía con su madre, viuda reciente y con principio de depresión, e intentaba estar con ella cuanto podía. Tras la muerte de su padre no levantaba cabeza, no quería salir a la calle, apenas tenía amigas y lo único que le quedaba era su hijo. Jon tenía un hermano que vivía en Londres, pero cada vez venía menos a visitar a su familia. Cuando estaba a punto de terminar de comer le llamó Amaia, su novia, y le contó lo sucedido con Sonia. Se la veía bastante afectada, demasiado. A veces pensaba que Amaia no se sentía muy a gusto cuando estaban los dos solos, parecía que tuviese la necesidad de estar siempre acompañados.

Fredy, por su parte, apenas pudo comer; no podía creer que su sueño se hubiera hecho realidad, que hubiera hecho el amor con su Alicia y que hubiera sido tan maravilloso. Las imágenes se repetían en su cabeza una y otra vez: su cuerpo desnudo bajo la suave luz de la lamparita, su piel suave, sus intensos besos, sus caricias..., todo en ella le resultaba simplemente delicioso y perfecto.

El día en la oficina se le había hecho eterno, las agujas del reloj iban más lentas que nunca, le costaba pensar en sus labores de contable y temía equivocarse con algún número, pues ese día le resultaba imposible concentrarse. Sorprendió a un compañero de trabajo mirándole con una sonrisa pícara, como si pudiera leerle la mente, y él mismo no pudo reprimir una sonrisa al sentirse pletórico de felicidad.

La dichosa pareja había quedado en casa por la tarde para reanudar la lectura del diario y poder pasar tiempo juntos. Al salir del trabajo pasó por casa para ducharse y a cambiarse de ropa, como cada día. La ropa formal la usaba exclusivamente para trabajar; en cuanto acababa su jornada laboral,

cambiaba el atuendo por unos vaqueros y una camiseta. Optó por ponerse un jersey rojo que le había regalado Alicia por su último cumpleaños. Le aseguraba que el rojo le sentaba de maravilla y quería complacerla.

El día era lluvioso y el paseo con Bas tuvo que suspenderse. Alicia llegó a casa de la oficina, preparó una tortilla de jamón y una ensalada y esperó ansiosa a que llegara Aitor. Normalmente dejaba la comida hecha el día anterior, pero es que el día anterior había sido «el día» y no se acordó de preparar comida alguna, ni de terminar unas facturas que tenía pendientes, ni de llamar a un proveedor con el que había quedado para hablar por la tarde. Estaba deseosa de que llegara su amor para estar con él, para volver a sentirse en sus brazos y también para continuar leyendo el diario de Róber. Después de recoger la mesa y fregar los cacharros que había utilizado para preparar el frugal almuerzo, llamó a Nuria para contarle la buena noticia.

—Hola, Nuria, ¿tienes cinco minutos para hablar? —preguntó sonriendo.

—Hola, sí, claro que tengo, estoy en casa, baja si quieres.

—No, que está lloviendo y ya sabes que a Bas no le gusta la lluvia. Solo quería contarte algo que ha pasado.

—¡No me digas que algo malo! —Se temió.

—¡Qué va! Todo lo contrario.

—Ah... Menos mal, qué susto me has dado...

—Estoy saliendo con un chico.

—¿Qué? —preguntó, atónita, su interlocutora—. ¿Quién? ¿Desde cuándo? ¿Cómo ha ocurrido?

Alicia rio abiertamente ante el interrogatorio al que se estaba viendo sometida y por la felicidad que sentía.

—Nunca lo adivinarías.

—¡Aitor! —dijo totalmente convencida.

—¿Cómo lo has sabido? —Se sorprendió.

—¿Entonces es él? —Rio también—. ¡Qué bien! Me alegro muchísimo, de verdad. Por todo lo que me has contado parece un buen chico y, sobre todo, parece estar hecho a tu medida, tenéis los mismos gustos.

—Pues sí, tienes razón.

—Pero ¿cómo has cambiado de opinión después de tanto tiempo? ¿Qué ha pasado? —Se interesó en saber.

—Fue ayer, de repente. Me di cuenta de que le quiero, de que le necesito y de que quiero estar con él.

—¿Así, sin más ni más? —Se extrañó su amiga.

No le quería contar lo sucedido en la playa, al menos no de momento. Prefería terminar de leer antes el manuscrito. De alguna manera, lo vivido el día anterior la había hecho ver la realidad desde otra perspectiva y había destruido la barrera que ella misma había construido en sus sentimientos.

—Pues sí, ayer vi la luz.

—Pero ahora que me acuerdo, ¿no estaba saliendo con una tipeja?

—Ya no, la dejé ayer delante de mí y después nos besamos.

—¡Qué romántico! Entonces sois pareja, ¿no?

—Eso creo, dentro de un rato va a venir a casa.

—Bueno, bueno, qué rápido vais ahora, claro que sí, tenéis que recuperar el tiempo perdido. Te deseo mucha suerte, amiga.

Alegre por haber compartido su felicidad con su mejor amiga, intentó echarse una pequeña siesta en el sofá antes de la ansiada visita, pero no podía dormir esperando la llegada de su galán. Recordaba cada sensación vivida el día anterior, los nervios que había pasado mientras oía cómo Fredy cortaba con Sonia por teléfono, cuando le dijo que lo que necesitaba era estar con ella, el primer beso, lo que vino después. Pensó en lo mucho que les gustaría a sus padres Aitor; seguro que estarían encantados de que estuviese saliendo con un chico como él. Se levantó del sofá y fue a ducharse, poco después sonó el telefonillo. Sabía quién era y le temblaban las piernas de la emoción.

—Hola, nena, ya estoy aquí —anunció a través del portero automático.

—Sube —le invitó.

Nada más verse se besaron, se abrazaron y hablaron un ratito de cómo les había ido el día con su nuevo «estado civil» mientras tomaban un café. Fredy alardeaba de haberle contado a todos sus compañeros que estaba saliendo con la mejor chica del mundo. La mayoría de ellos sabían de sus sentimientos hacia ella porque solía mencionarla en sus conversaciones. Nadie le preguntó

por Sonia, pues jamás les había hablado de su existencia. Alicia, por su parte, se lo había contado a las dos compañeras que tenía en la oficina, que, además, eran amigas. Todo el mundo se alegró por la gran noticia. Fueron a la sala, donde el diario les estaba esperando para ser leído. Se acurrucaron abrazados en el sofá bajo la manta y comenzaron a leer:

Mientras pensaba cómo salir de allí, una corriente de agua bajó por el tobogán y cayó sobre mí. Se me pusieron los pelos de punta, porque eso quería decir que la marea estaba subiendo. Ahí es donde me di cuenta de mi penosa situación. Aunque consiguiera trepar por el estrecho pasadizo hacia la salida, cosa imposible, el agua me arrojaría hacia abajo. Por otro lado, en caso de conseguirlo, la fuerza de la marea me empujaría contra las rocas y me aplastaría, y si me quedaba allí parado, el agua inundaría la cueva y me ahogaría. Eché a correr todo lo que el mojado suelo me permitió y subí por las escaleras de piedra.

El agua llenaba rápidamente la estancia y las escaleras no se acababan nunca, estaban mucho más altas que el tobogán. Estuve subiendo igual veinte metros, pero no podría asegurarlo entre la poca luz y los nervios. Cuando conseguí llegar, no podía creer lo que estaba viendo...

De repente, un pavoroso estruendo sonó en la calle. Un intenso trueno hizo que se apagarán todas las luces del edificio y de la calle. Se levantaron del sofá y se asomaron a la ventana, con lo que comprobaron que el apagón era general. Fuera solo había oscuridad. Las farolas estaban apagadas y no se veía luz en ninguna ventana. Con la linterna del móvil, Alicia se dirigió al armario de la cocina donde guardaba las velas para casos como ese. Abrió el cajón y revolvió todo lo que había en el interior. Parecía imposible que hubiera podido guardar tantas cosas inútiles en tan poco sitio; decidió que tenía que hacer limpieza y tirar la mayoría de ellas un día de estos. Encontró la caja de las velas y volvió a la sala. Bas se había subido encima de su «padre adoptivo» y este la miraba sonriente al comprobar lo rápido que había aceptado la nueva situación. Encendió un par de velas y continuaron leyendo.

La luz de las velas daba un ambiente romántico y acogedor, la pareja se acurrucó más aún en el sofá. Fredy le pasó un brazo sobre los hombros y ella se apoyó en su pecho, sintiendo su calor corporal. La leve luz no les dejaba ver muy bien aquellas letras diminutas, así que alumbraron las páginas con el móvil. Los granizos golpeaban el cristal de las ventanas con tal fuerza que parecía que iban a quebrarse de un momento a otro. Bajaron todas las persianas de la casa y dejaron de ver los relámpagos, que se sucedían sin parar. Alicia, inevitablemente, recordó la tormenta del día anterior en la playa y, a pesar de que sabía que en casa estaba segura, se encontraba intranquila. Él la abrazó con fuerza al sentirla inquieta y continuaron con la intrigante lectura:

Ante mí tenía un pueblo subterráneo. Una civilización perdida. Instintivamente me agaché para que no me viera nadie, porque allí abajo había gente. Miré tras de mí y observé que el agua estaba llenando con rapidez el hueco de las escalerillas. No podía creer lo que me estaba pasando, me había quedado atrapado en un cueva en la que habitaban personas. Sentí miedo, pese a que todavía no era consciente de la magnitud de lo que acontecía.

Decenas de casitas se agrupaban para formar una aldea. Me recordaron a las casas de los Picapiedra. Todo estaba hecho de piedra. No había edificios de ladrillos ni caminos asfaltados, el suelo era una enorme roca. Tampoco había farolas, pero lo que sí había eran esas plantas fluorescentes que había encontrado atrás, solo que estas eran mucho más grandes. Estaban por todas partes, sobre todo pegadas a las casas. Esa era la única luz de la que disponían. Me fijé en que estaba todo seco, no había humedades ni en el suelo ni en las paredes, ni tampoco verdín. De lo cual deduje que el agua no llegaba nunca al poblado; supuse que para eso era el muro que separaba las dos cavernas. El agua se quedaba en la primera cavidad y nunca lograba pasar a la siguiente porque era mucho más alta.

Estuve vigilando desde mi escondrijo a la gente que habitaba la gruta. Al principio me pareció que estaba viendo mal, o que sería el efecto de la

poca luz, pero me fijé bien en varias de esas personas; era lo que me parecía. Su aspecto físico era como el nuestro, exactamente igual, a excepción de una cosa. Sus ojos eran enormes. No un poco grandes, sino gigantescos, y eso que yo me encontraba bastante alejado, pero podía verlos perfectamente. Sobresalían como dos bolas de billar, en unas caras blanquecinas que tiraban a gris. Empecé a temer que no se tratara de humanos, pero ¿qué eran entonces? ¿Extraterrestres? No, eso era imposible. Daban la impresión de ser prehistóricos, como los que aparecían en los libros. No veía ningún tipo de tecnología, no había coches, ni tendidos eléctricos, ni tan siquiera llevaban ropas como las nuestras; iban tapados con lo que me parecieron pieles. Y si eran seres de otro planeta, ¿cómo habían llegado? Para alcanzar la Tierra se necesita de una tecnología que hoy en día nosotros estamos muy lejos de conocer y ellos parecían cavernícolas, ¿cómo iban a disponer de algo así y vivir en esas condiciones? Además, ¿qué estaban haciendo, vivir como prehistóricos bajo una montaña? No tenía ningún sentido. Deseché la idea.

Tenía frío, me encontraba semidesnudo, mojado, tenía que hacer algo porque no podía volver atrás, al menos de momento, mientras no bajase la marea. Pensé que en unas horas podría descender por las escaleras e intentar salir de allí. Estuve tiritando sentado en el suelo tras una gran roca para que no me vieran, sin comer nada, sin beber, tan solo observando de vez en cuando lo que hacían aquellos personajes. Las horas pasaban lentamente, pero el agua de las escaleras no descendía. La desesperación empezó a apoderarse de mí. Recordé que jamás había visto una marea tan baja y tal vez nunca volviera a bajar tanto, con lo que no podría salir de aquel lugar, al menos por el mismo sitio por donde había entrado.

Creo que estuve así durante más de un día. Era difícil saber qué hora era, pues la luz del sol no asomaba por ningún sitio. Estuve dormitando a ratos, la noche anterior no había dormido nada. Intenté hallar una solución; miré cada rincón en busca de otra salida, pero desde mi

situación no veía ninguna. Estaba exhausto, hambriento, sediento y helado. Finalmente decidí descender hacia lo desconocido para pedir ayuda a aquellas gentes.

Esto es una pesadilla. Ahora mismo estoy escondido en el agujero de una roca escribiendo mis vivencias para que, con mucha suerte, alguien encuentre estas páginas, me crea y me ayude, pero ni yo mismo puedo creer aún lo que me está pasando. Si estos seres sospecharan que voy a sacar información al exterior, puedo darme por muerto. Ojalá alguien lea estas páginas.

—¿Te das cuenta de lo grave e importante que es esto? —preguntó Fredy totalmente impresionado por lo que acaba de leer.

—Sí, soy consciente. ¿Todo esto será real? Es que parece una novela de ciencia ficción. Cuanto más leemos, más imposible resulta creer todo esto, pero, por otro lado, hay algo en mí que me dice constantemente que es real. ¿Qué hacemos?

—¡Se me acaba de ocurrir una cosa! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? —preguntó al aire mientras apagaba la linterna del móvil y empezaba a navegar por internet.

—¿Qué estás buscando?

—Voy a ver si hay alguna noticia sobre la desaparición de Roberto Arteaga.

—¡Es verdad! ¡Qué buena idea, cariño! —contestó emocionada con la idea y con la sensación de no sentirse sola, de comprobar que alguien la ayudaba, que formaba parte de su vida en todos los sentidos.

Al oír de sus labios por primera vez la palabra «cariño», se sintió embargado de amor y dulzura. Solo su madre le llamaba así. Las chicas con las que había estado anteriormente le llamaban «cari» y a él no le gustaba ni un ápice aquel apelativo. La besó y escribió el nombre de su particular «amigo» en Google.

Para sorpresa de ambos, ahí estaba, en la primera reseña —y no era la única—. El titular decía así:

Roberto Arteaga, vecino de Bilbao, desaparece en la playa de Zierbena tras una noche de copas, cuando él y unos amigos deciden bañarse en el mar Cantábrico.

Ambos se miraron atónitos. Aquella era la prueba irrefutable de que era totalmente verídico y que lo que estaban leyendo no podía formar parte de ninguna broma. Esa noticia estaba fechada el dieciséis de septiembre del año anterior. Había más noticias sobre Róber:

Ni rastro de Roberto. Los servicios de emergencia han acudido de nuevo a la playa en busca del joven, pero todo intento ha sido fallido. Mañana a primera hora se reanudarán las labores de búsqueda.

Varios surfistas que frecuentan la zona donde ha desaparecido el bilbaíno Roberto Arteaga se unen a la búsqueda.

Tras una implacable semana de arduo trabajo, se abandona la búsqueda del joven Roberto Arteaga, desaparecido en la playa de La Arena a mediados de septiembre.

La familia del desaparecido en aguas del Cantábrico pierde la esperanza de encontrarle con vida, trascurrida más de una semana de la desaparición.

Familiares y amigos se despiden hoy de Roberto Arteaga dándole un último adiós en un emotivo homenaje en la misma playa donde se le vio por última vez.

La entrañable pareja estaba abatida, ahora más que nunca eran conscientes de la realidad del sufrimiento de Róber, de sus familiares y de sus amigos. Tras darle por muerto, ellos habían encontrado un diario escrito por él mismo, tiempo después, en el que narraba algo insólito. No sabían si dar parte a las autoridades o seguir leyendo. Al final decidieron terminar de leerlo para disponer de toda la información y acudir después con el diario a la policía.

Antes de llegar hasta abajo, un hombre me vio. Empezó a gritar para alarmar a todo el mundo. Era un sitio irreal, no se oía ningún ruido

porque no había coches, ni música, ni móviles, ni nada, solo el tenue murmullo de la gente al hablar. Todos dejaron lo que estaban haciendo y se aproximaron a mí muy despacio con cara de asombro, como si fuera yo el raro. En ese momento, pude apreciar la inmensidad de sus ojos. Eran terriblemente descomunales, ocupaban la mitad de la cara. Carecían de pestañas y de cejas, daban miedo. Un anciano se acercó y me tocó con temor. Los niños se arremolinaron en torno a mí con más atrevimiento que sus mayores. Una mujer comenzó a hablar en un idioma totalmente desconocido para mí, imposible de replicar. Le dije que no entendía nada y automáticamente empezó a hablar en castellano. Me preguntó cómo había conseguido llegar hasta allí. Me costó entenderla porque hablaba de forma extraña. Pese a conocer nuestro idioma a la perfección, tenía una pronunciación diferente, el tono era muy bajo y pausado, como si temiese despertar a alguien. Podía ser que fuese su forma de hablar, pero otro hombre volvió a repetirme la pregunta y la dijo exactamente con el mismo tono, misma cadencia y con ese singular acento. Les dije que había entrado por la gruta que estaba fuera y que había ascendido por las escaleras al subir la marea. Se miraron entre ellos, serían unos sesenta o setenta, y mantuvieron una conversación tan pausada como las preguntas que me habían hecho. No pude entender todo el diálogo, en parte por la pronunciación, pero también porque utilizaban palabras que no había oído en mi vida. Callaron todos a la vez para volver a mirarme. Un chico, calculo que de mi edad, me cogió por el brazo y tiró con suavidad de él para indicarme que le siguiera. Oían de forma extraña, a una mezcla de salitre, como en los puertos pesqueros, y a cerrado, a viejo. Atravesé el poblado dejando a los lados las humildes casitas de piedra. Dentro de ellas todo era de piedra y pieles. Carecían de puertas y ventanas que cerrar. No parecían tener miedo a que alguien pudiera entrar y robar sus pertenencias. No había árboles, ni jardines, ni papeleras, ni nada de lo que se pueda encontrar fuera. Tan solo las casas y las plantas luminosas.

Íbamos caminando en silencio todos juntos, hasta los más ancianos.

Llegamos a un enorme agujero situado en el suelo, al final del poblado. Justo debajo podía verse una jaula muy precaria sujeta con unas ligaduras que iban atadas a la pared. Era una especie de montacargas. El chaval que me tenía sujeto por el brazo me hizo entrar en la jaula, sin soltarme, y nos acompañaron una mujer de unos cuarenta años y un hombre de edad parecida. El ascensor comenzó su descenso atravesando la gran roca que hacía de suelo de la aldea. Nadie decía nada. Pensé que era el momento de empezar a preguntar. No había hecho ninguna pregunta aún porque aquellos ojos me intimidaban, daban la impresión de estar leyéndome el pensamiento. Me inspeccionaban con tanto detenimiento que no me atrevía a decir nada. Pero en ese momento solo me observaban seis de aquellos ojos. Les pregunté quiénes eran, qué hacían allí, por qué tenían esos ojos tan grandes, a dónde me llevaban y alguna otra cosa, pero siguieron escudriñándome sin decir palabra. Me sentía algo mareado y confuso, tanto que creía estar soñando una horrible pesadilla.

El rudimentario ascensor paró en seco al llegar a otra caverna. No sé cuántos metros descendimos, pero puedo asegurar que fueron bastantes. Estábamos debajo del mar y el frío se hacía notar. Salimos al exterior. Aquella cueva era muy similar a la anterior, las mismas casas, la misma luz, la misma gente con aquellos ojos sobrecogedores.

Un sonido atronador les hizo saltar del sofá y, acto seguido, todo el edificio se estremeció. Algunos libros cayeron de sus estanterías, las lámparas tintinearón, los cuadros de las paredes se movieron de lado a lado como un péndulo enloquecido, el cristal de la puerta de la sala se resquebrajó; fuera, las alarmas de los coches aullaban sin cesar. Acababan de vivir un temblor de tierra. Por instinto, la sobresaltada pareja, abrazada y asustada, se atrevió a levantarse del suelo, donde se encontraba agazapada, y se asomó a la ventana.

La lluvia seguía insistiendo en no dar tregua. Afuera todo estaba oscuro, tan solo se oían los gritos de la gente, que corría de un lado a otro apaciguados por el aguacero y las alarmas de los coches pidiendo auxilio. Se miraron a los

ojos bajo la tenue luz de las velas, con caras de desconcierto, sin saber qué había sucedido ni qué hacer. Entonces, volvió la luz. La lámpara iluminó la estancia y pudieron ver con claridad todas las bolas de cristal con nieve que la madre de Alicia había ido coleccionando en cada uno de sus viajes vacacionales a lo largo de muchos años. La mayoría de ellas seguían en la estantería, aunque diseminadas sin orden ni concierto; tan solo tres habían caído al suelo alfombrado, pero una de ellas estaba rota. Era la que habían comprado en su viaje a Menorca cuando era una niña. Un faro blanco y azul con rayas horizontales se envolvía en un torbellino de purpurina cada vez que se agitaba. Miró la alfombra mojada y recordó vívidamente los baños en las cálidas aguas de las calas de Ciudadela y alrededores; cómo ella y su madre reían al ver la marca que le dejaban a su padre las gafas de buceo cuando salía del agua; los recorridos en coche visitando la mayoría de los faros de la isla y lo mejor: las eternas charlas con su madre bajo el sol hablando de todo y de nada, pero juntas. La cogió con tristeza y la colocó cuidadosamente junto a las que habían resistido al azote del seísmo. Levantó también del suelo la de Cadaqués y la de Peñíscola comprobando que estaban en perfecto estado. Fredy observaba cómo las depositaba sobre la balda con cuidado y mimo. Le puso una mano sobre el hombro y le dijo que intentaría arreglarla. Volvieron a mirar por la ventana y esta vez, con casi todas las farolas encendidas, comprobaron que una grieta de más de un metro de ancho había partido en dos la carretera. Desde la seguridad de su casa era imposible averiguar cuán larga era ni qué destrozos había podido ocasionar, porque los edificios la ocultaban.

El escaparate de la frutería estaba hecho añicos en el suelo y su dueña, entre sollozos, intentaba hablar por teléfono —probablemente con el seguro—. La marquesina de la parada del autobús también había sufrido daños. Salieron de casa y subieron al piso de arriba, donde vivía una anciana sola y temían por su estado. Se trataba de Pilar, la entrañable «abuela postiza». Había enviudado hacía más de treinta años. Cuando los padres de Alicia, muy de vez en cuando, salían a cenar con otros matrimonios amigos suyos, solían dejar a la pequeña al cuidado de Pilar. Esta le contaba divertidas historias de su infancia, cantaban viejas canciones y leían cuentos hasta que se quedaban dormidas.

Siempre estaba dispuesta a cuidar de la adorable chiquilla, su vecina favorita. Estaban pendientes de ella, la acompañaban al médico cuando lo necesitaba y la llevaban a hacer los recados. Por suerte, estaba dormida en el butacón con la tele de fondo cuando había ocurrido. No se había enterado ni del apagón. Algunos enseres estaban por el suelo, al igual que en todos los pisos de los alrededores. La ayudaron a recogerlos y bajaron a la calle para comprobar si alguien necesitaba ayuda. Algunos pisos y farolas continuaban sin luz eléctrica.

Una vez fuera, y después de cerciorarse de que no había nadie que precisara de su auxilio, se acercaron a la grieta de la carretera. La lluvia azotaba con fuerza y el viento hacía imposible guarecerse debajo del paraguas. Fredy lo blandía como si de una espada se tratase, intentando capear como podía la desagradable lluvia. Se preocupaba más de tapar a Alicia que a sí mismo. La agarraba con fuerza, como si el viento se la pudiera llevar, pero era tan solo por tenerla lo más cerca posible y transmitirle la sensación de protección. Desde allí pudieron ver la longitud del socavón. Había empezado enfrente de su edificio y se prolongaba a través de la carretera de la Avenida del Minero. Se iba estrechando hasta cerrarse, al fin, casi a las puertas de la floristería. Se acercaron lo suficiente como para ver el torrente de agua que caía en su interior regando una maraña de cables y tuberías. Era oscuro y no se alcanzaba a ver bien el fondo. Alicia se quedó mirándolo, inmóvil, sin poder quitarle la vista de encima. Fredy la apartó con cuidado, pues el terreno no era muy fiable y temía que pudiera desquebrajarse bajo sus pies.

Volvieron a casa más tranquilos. El paraguas no había evitado que los pantalones gotearan por todas las escaleras del portal. Al entrar en casa, Fredy le dijo que debía ir a la suya a por ropa seca. Era bastante más alto que ella y mucho más corpulento, ninguna ropa que tuviera, por grande que fuera, le valdría.

—No tardo nada, me cambio de ropa y vuelvo, ¿vale? —le preguntó mientras la observaba tan guapa como siempre. Ni el susto ni las gotas de lluvia que acariciaban su cara le restaban belleza.

—No quiero pasar esta noche sola. Mañana es sábado y no tenemos que ir a

trabajar, ¿por qué no coges lo necesario para pasar el fin de semana aquí?

—Me parece una idea estupenda. Ahora mismo vengo y, por si acaso, compraré más velas.

—Vale, pero no tardes, por favor, no vaya a ser que vuelva a ocurrir alguna otra desgracia. Y ten mucho cuidado con el coche, no deja de llover.

—No te preocupes, nena, lo tendré.

Se despidieron con un largo beso. Nada más irse fue a la habitación a por un pijama polar de los que se ponía para estar en casa cuando hacía mucho frío. Se secó el pelo y fue a la nevera a sacar algo de cena. A pesar del mal trago que acababan de pasar y lo que habían leído en las noticias sobre Róber y su diario, estaba ilusionada por pasar el fin de semana juntos.

Optó por preparar unas pechugas de pollo rebozadas acompañadas de pimientos rojos, algo sencillo pero sabroso, y como conocía a la perfección los gustos de su novio, estaba segura de que le iban a encantar. Temiendo que volviese a haber otro apagón, lo mejor era decantarse por algo de rápida elaboración. Dejó la mesa preparada, lavó un poco de lechuga y partió unas nueces para hacer después una ensalada. Estaba ansiosa por seguir leyendo todo lo que Róber contaba y necesitaba estar entretenida para evadir la mente y no caer en la tentación de continuar ojeando el diario ella sola.

Podía oír en el piso de arriba a Pilar trasteando por la casa. Por suerte tenía el sueño tan profundo que el estruendo no la había despertado de la siesta, pero seguro que en ese momento estaría preocupada por lo que había pasado. Cada vez salía menos a la calle, estaba muy sola. Las vecinas solían ir a visitarla para ver qué tal estaba. Cuando la echaban de menos en el barrio, se temían lo peor. Era una buena mujer que se hacía querer. Siempre tenía una palabra amable con todo el mundo, se podía contar con ella para cualquier cosa. Al no haber tenido hijos, era la niñera oficial del barrio. Le encantaba cuidar a los niños, les compraba golosinas y jugaba con ellos. Se lamentaba de no haber podido ser madre y tampoco tenía sobrinos que malcriar, así que había intentado apaciguar su instinto maternal con los niños del vecindario.

Pensando en ella, decidió hacer una ración más de cena y subírsela, así no tendría que molestarse en cocinar, lo hacía a menudo. En alguna ocasión había

olvidado cerrar el butano de la cocina y la habían convencido para que la cambiara por una eléctrica. Al principio estuvo reacia, pero consciente de los descuidos, cada vez más frecuentes, claudicó y compró una vitrocerámica. Nada más estrenarla le gustó, por lo rápido que calentaba todo, pero lo mejor fue cuando tuvo que limpiarla. Sonrió al recordar cuando le dijo:

—¡Mira, mira, paso una bayeta y ya está limpia!

Igual que una niña viendo un espectáculo de magia pasaba, la bayeta una y otra vez.

Capítulo 5

Metió la llave y arrancó el coche. Dio un rodeo para evitar la carretera con la grieta. No podía dejar de pensar en todo lo que estaba pasando. Sentía que habían entrado en una extraña espiral de sucesos inauditos: todo lo que Alicia le había contado, el manuscrito, la convicción de que era real gracias a las crónicas que habían leído en internet, esa especie de terremoto y que, por fin, después de tanto tiempo, él y Alicia estuvieran juntos. Todo aquello le hacía sentir que estaba viviendo una ilusión, una especie de sueño. Pero cualquier situación, por rocambolesca que fuera, le resultaba asumible desde que estaban juntos. Según se iba alejando de Gallarta, la lluvia iba cesando.

Aparcó cerca de casa. El asiento del piloto estaría empapado de no ser por la toalla que había puesto al sentarse. Se bajó del coche y, aunque ya no llovía, una ráfaga de un viento helador le traspasó las mojadas fibras del vaquero, que le hicieron ir trotando hasta casa para cambiarse de ropa cuanto antes. El viejo portal de madera olía a rancio, la barandilla, desgastada por el paso de los años, se había vuelto suave, como si fuese de mármol y no de madera. Los antiguos focos del techo iluminaban lo justo para no tropezarse, la puerta de su casa, grande, desvencijada, con una mirilla de esas enormes con rejilla, parecía observarle. Residía en un piso de alquiler y era lo más económico que había encontrado, vivía solo y le bastaba. La mayor parte del tiempo estaba trabajando o en el estudio. Era una persona muy humilde y prefería gastarse el dinero en materiales para poder pintar tanto como quisiera.

Su padre se ponía enfermo cada vez que acudía de visita a su piso. Este vivía en una casa en Bermeo, pueblo marinero por excelencia, que coronaba la cima de una atalaya cerca de Punta Ugerri, desde donde oteaba el Cantábrico y su querida isla Izaro. Como capitán de barco que era, disponía de posibles suficientes como para que a su hijo no le faltase de nada. Se empeñaba, en balde, en que viviese en su casa de Bermeo y no en aquellos viejos pisos que solía alquilar. Pero Fredy prefería vivir de forma modesta y ser del todo

independiente. No le daba importancia a las comodidades ni a los lujos. Para él un techo bajo el que guarecerse, una cama, una cocina y un baño eran los únicos requisitos que le pedía a una vivienda. A pesar de que también disponía de un buen sueldo, le gustaba vivir en aquel viejo piso de alquiler de manera austera.

Antton se pasaba la mayor parte de su vida en el mar, en su querido barco, pero cuando estaba en tierra le gustaba disfrutar de las increíbles vistas que le ofrecía su lujosa y magnífica casa.

Su mujer le había dejado hacía unos años; tras la ruptura, decidieron vender el piso que tenían y adquirió aquella preciosa casa. Necesitaba pasar página y no se le ocurrió una forma mejor. Al principio a su hijo le costó asimilar, más que el hecho de que su madre dejara a su padre por otro, el que se fuese a vivir con él a Estados Unidos. Según le había explicado, se había pasado media vida esperando a que su padre llegase a casa siendo la esposa y madre perfecta, resolviendo los problemas siempre sola, sin un marido en quien apoyarse, que la ayudase. Iban a la playa en verano los dos solos, rodeados de familias, y Lucía no disfrutaba ni un instante, estaba deseando volver a casa. No soportaba ver a las familias juntas y felices mientras ella tenía a su marido a miles de kilómetros. Su vida social se limitaba a hablar con otras madres mientras esperaba a su hijo a la salida del colegio. Sus amigas la animaban a que fuese con ellas y sus maridos los sábados por la noche a cenar por ahí y después al teatro, pero ella no se sentía cómoda entre parejas, ansiaba que su marido volviese a casa y llevar una vida normal; poco duraba la alegría porque en unos días volvía a embarcarse. Poco a poco se fue convirtiendo en una persona triste, sin ilusión, y a medida que su hijo se iba haciendo mayor, la tristeza iba en aumento. Cuando Aitor era un niño, llevaba mejor la situación porque se había centrado en su crianza, pero al hacerse mayor se había quedado más sola. Quería trabajar, pero a Antton no le parecía buena idea. Argumentaba que si trabajaba, cuando él volviera de altamar ella estaría ocupada y no podrían disfrutar de sus días de descanso. Empezó varias actividades para estar con otras personas, como coser o hacer punto, incluso estuvo unos días en unas clases de pilates, pero nada la convencía. A la salida

volvía a casa, sola. La mayoría de las mujeres que acudían a los cursillos se reunían con sus familias, pero a ella no la esperaba nadie. Aitor iba y venía a su aire, sin horarios.

Estaba cansada de seguir así, necesitaba sentirse viva otra vez, cambiar de vida. Cuando empezó sus clases de inglés, por hacer algo nuevo, nunca se imaginó que su vida iba a sufrir un cambio tan radical. Empezó como todo lo anterior, sin muchas ganas, casi obligada por la insistencia de su hijo en que tenía que salir de casa, entonces le conoció a él.

Peter disfrutaba de un año sabático para viajar, ver mundo. Era un empresario acomodado con ganas de vivir nuevas experiencias. Estaba recorriendo Europa y, por una casualidad, llegó a Bilbao. Quería viajar hasta Madrid, pero en el último momento decidió visitar la capital vizcaína. Recorrió sus calles, saboreó sus típicos *pintxos*, conversó con algunos de sus habitantes y, sin darse cuenta se había enamorado de Bilbao, de sus gentes y su cultura, por eso decidió impartir clases de inglés, para conocer aún mejor el lugar, sus costumbres y aquellas personas que tan amablemente le habían acogido. Ahí es donde conoció a Lucía y ella se entusiasmó con él. Llevaba demasiado tiempo sola, sin sentir nada; había olvidado lo que era la sensación de la euforia propia del enamoramiento, los nervios de las primeras citas, la ilusión por ver al ser querido, el sabor de los primeros besos. Así que decidió lanzarse a lo desconocido, cualquier cosa era mejor que continuar con una vida vacía. Dejó todo atrás y se embarcó en la aventura de su vida.

Solía hablar con su hijo de vez en cuando, pero la distancia había hecho mella en su relación. Lucía se sentía bastante culpable por haber abandonado a Fredy, pero sabía que tenía que vivir su vida, al igual que su hijo hacía. Desde la separación se había unido mucho a su padre y, a pesar de no verse todo lo que quisieran, siempre estaban en contacto.

Entró en la habitación, se cambió de ropa y cogió de repuesto para el fin de semana. Metió un neceser en la mochila, una linterna, pilas y una caja de velas que encontró por casualidad. No las había visto antes, pensó que serían del anterior inquilino. Se había mudado hacía unos meses. El otro piso donde

vivía antes, también en Muskiz, lo habían puesto a la venta y tuvo que buscar otro sitio donde vivir.

Mochila en mano salió de casa y pasó por la pastelería que quedaba bastante cerca de allí. Vendían productos para alérgicos y compró dos palmeras de chocolate sin gluten ni lácteos. Alicia no era muy golosa, pero se volvía loca con aquellas palmeras. Contento como un adolescente, regresó a Gallarta, pensando en pasar todo el fin de semana con su, por fin, flamante novia.

Puso el manos libres y llamó a Jon. Le contó lo que había sucedido en Gallarta y no se lo podía creer. En Bilbao no habían oído nada y tampoco había estado lloviendo. Jon aprovechó la llamada para invitarles a cenar al día siguiente en su casa. Tenía muchas ganas de conocer a la famosa pintora después de todo lo que había oído de ella y ver parte de su obra. Fredy, muy amablemente, declinó la invitación. Ese fin de semana era su primer fin de semana juntos y querían pasarlo a solas. Estuvo a punto de mencionarle lo de Roberto, pero se contuvo, ya habría tiempo. Primero quería terminar de leer sus memorias, no tenía ni idea de lo que acabarían descubriendo y no quería hablar del tema hasta entonces.

Las sirenas de bomberos y *Ertzaintza*, policía autonómica, resonaban por todas partes. Volvió a dar un rodeo y aparcó lejos de la grieta. Cuando entró en casa, el aire estaba impregnado de un delicioso aroma a chocolate. Era otra de las debilidades de Alicia, una taza de chocolate bien caliente. No podía disfrutar de ello en una cafetería, pues rara vez disponían de bebidas vegetales, pero sí en el estudio, cuando los días más fríos del invierno llevaba un termo lleno del caliente elixir, que les animaba mientras daban pinceladas al ritmo de la música. Le acompañó a dejar la mochila en la habitación, Bas corría por el pasillo detrás de ellos, ladrándoles para llamar su atención. Fredy la cogió en brazos y esta le colmó de lametones. Para Alicia, ver que se querían tanto era vital, no podría estar con alguien a quien no le gustaran los perros.

—Bueno, Bas, tranquila. Ya le has dado suficientes besos muñequita, —le dijo Alicia mientras la cogía en brazos para dejarla en el suelo.

—No pasa nada, es muy cariñosa y me quiere, ¿a que sí, pequeñaja? —le

preguntó a la dulce teckel.

Se sentaron en la mesa de la cocina y degustaron el chocolate con tostadas recién hechas, dejando para más tarde las palmeras. Hablaron de lo que había sucedido, de lo extraordinario de las circunstancias que acontecían esos días y de la invitación de Jon. Estaba de acuerdo en pasar esos días solos, tiempo tendrían de quedar con él. Lo que más les apetecía en esos momentos era disfrutar de ellos mismos, de poder besarse y acariciarse cuando quisieran sin temor a miradas indiscretas. Terminada la merienda, volvieron a la sala y prosiguieron con el inquietante relato.

La mujer que venía con nosotros dijo algo que no entendí, llamando la atención de los que allí abajo se encontraban. Tal como sucedió arriba, todos se acercaron a mí con cara de espanto y horror. Sus enormes ojos me estremecían. De entre ellos se acercó un anciano que aparentaba tener más de cien años; estaba totalmente arrugado, pero conservaba sus prominentes ojos intactos. Me preguntó si venía solo. Contesté que sí, pero que mis amigos sabían dónde me encontraba. El anciano montó en cólera y levantó el bastón que le sujetaba. Me agaché ligeramente pensando que iba a golpearme con él, pero no fue así. De repente, todos se callaron, cerraron los ojos y comenzaron a emitir un sonido sordo, con la boca cerrada. Parecían estar en trance. Unos segundos después volvieron a levantar la cabeza y me dijeron que jamás saldría de allí.

—¡Por eso no se ha vuelto a saber nada más de él! Pero ¿por qué no le dejarían salir? —dijeron al unísono. Sin más dilación, continuaron leyendo.

Me quedé blanco, el pánico y la impotencia se apoderaron de mí, era incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Me empujaron, eso sí, siempre con delicadeza, hacia delante. Entonces me revolví, paré de golpe y dije: «¡No!». Todos me miraron seriamente y prosiguieron su camino como si nada, arrastrándome con ellos. Me solté del tipo que me cogía por el brazo y eché a correr en dirección contraria al ascensor, adelantándome a todos ellos. El anciano dijo que me tranquilizara, que

no corriera, porque no había a dónde ir. La rabia, la impotencia y el miedo me embargaron. Se me hizo un nudo en la garganta y me dejé caer de rodillas al suelo. «¿Qué queréis de mí?», les pregunté, pero me respondieron que nada. Una mujer señaló una de las casas de piedra, creo que la más grande de todas, y me invitó a entrar. Accedí porque necesitaba respuestas, aquello era un error, no podía estar ocurriendo. Ni en mis peores pesadillas había cabida para algo así. Yo debía volver a casa con los míos.

Entré en la cabaña. Una mujer mayor me proporcionó un gran trozo de algo que parecía piel para que me tapara. Hacía mucho frío. La casa entera estaba forrada de ese tejido. Era un simple habitáculo con unos camastros y una mesa rudimentaria con taburetes a su alrededor. Fuera, cada uno volvía a sus quehaceres, tan solo me acompañaban el anciano, la mujer que me prestó el amago de abrigo y otras cuatro personas, también de edad avanzada. Me ofrecieron un vaso con un líquido que apestaba como cuando las algas aparecen en la arena de la playa y el sol, con su calor, comienza a pudrir las. Lo rechacé de inmediato, no quería que me envenenaran ni que pensaran que me iban a hacer sentir cómodo en aquel lugar. En ese instante, sentí una punzada dentro de mi cabeza tan fuerte que me agarré las sienes con las dos manos. Una voz o fuerza, por así decirlo, me decía que yo quería permanecer allí, bajo el mar, con aquellos seres, el resto de mi vida. Agité la cabeza bruscamente para alejar ese pensamiento de mi mente, pero no podía. Era como si algo o alguien pudiera controlar mis pensamientos.

El más anciano de todos posó su mano sobre mi espalda y me dijo que estuviera tranquilo, que nada malo iba a sucederme. La idea de querer permanecer allí desapareció de mi mente en el mismo momento en el que noté la arrugada mano sobre mí. Les miré más asustado que nunca. Me daba la impresión de que podían manipular mis pensamientos de alguna manera. Se sentaron en el suelo y, de repente, aquellos seres entraron en mi cabeza haciéndome preguntas, dándome respuestas... Creí que me estaba volviendo loco. Al cabo de unos minutos todo desapareció. Abrí

los ojos, me estaban mirando con atención. El que me puso la mano en la espalda empezó a hablar. Me costaba entender su extraño acento y algunas de sus palabras, pero comprendí lo más importante.

Durante un largo rato estuve lo más atento que pude, escuchando al anciano. Me da vergüenza escribir lo que me dijo porque sé que nadie va a creerme, pero creo que es la única posibilidad que tengo de salir de aquí. Lo primero que hizo fue aplacar mis inquietudes y pretendió que dejara la mente en blanco, tan solo escuchándole a él. Lo intenté, pero en mi cabeza había demasiadas preguntas, preguntas que apenas tuve que formular, pues el viejo individuo me explicó todo al detalle. Dijo que bajo la tierra, bajo el mar, cientos de personas como ellos habitaban las infinitas galerías construidas durante siglos.

Se hacen llamar pacificadores y dicen que su función es la de hacer de árbitros en nuestro planeta.

—¿Ha dicho nuestro planeta? —preguntó casi gritando, sobresaltada.

—Sí, eso parece... —Estaba tan atónito como ella.

—Entonces, eso significa...

—Eso creo.

—¡Que son seres de otro planeta! Pero eso no puede ser, ¡es imposible!

Estaban tan impresionados como exaltados. Habían pasado largas horas hablando sobre avistamientos ovni, *foo fighters*, encuentros con humanoides. Disponían de muchos libros de autores que hablaban sobre esos temas y eran fieles defensores de que había vida fuera de nuestro planeta. Pero lo que acababan de leer era muy distinto a todo lo que ellos conocían a través de libros y documentales.

Hace muchísimos años que llegaron a la Tierra, siempre están escondidos bajo nuestro suelo y jamás salen al exterior. Dicen que son nuestros hermanos, que todos venimos del mismo sitio. Hace miles de años, cuando en la Tierra aún no había personas, solo animales, vinieron de otra galaxia y nos dejaron aquí, con la capacidad de desarrollar la mente, de evolucionar creando artilugios para facilitarnos la vida, como

cuchillos, flechas, la rueda, etc., y así hemos seguido hasta el día de hoy. Nos «sembraron» en este lugar; somos una especie de experimento o entretenimiento, lo mismo que cuando nosotros compramos un acuario y lo llenamos de peces para ver cómo se comportan, cómo crían o cuánto tiempo viven. Pero cuando descubrieron que somos seres destructivos, nos dieron una segunda oportunidad trayendo otra «remesa» como nosotros, pero con otra misión muy diferente a la nuestra y con otras capacidades, imposibles para nosotros. Debemos de ser una investigación genética y, al igual que un ordenador, capacitan nuestras mentes a su antojo. Tal vez por eso los expertos dicen que solo utilizamos un diez por ciento de nuestro cerebro. El resto nos está vetado, pero no es así para estos seres. Lo primero que pensé cuando les vi los ojos y su piel grisácea fue que eran extraterrestres, pero resulta que nosotros también.

Su misión aquí es la de hacernos entender que estamos destruyendo nuestro hogar, que tenemos que parar de contaminar, de talar los bosques, de aniquilar el medio ambiente. Al principio no eran muchos, pero han procreado y se han multiplicado. Han ido haciendo galerías y están diseminados a lo largo y ancho de todo el globo terráqueo. Nadie puede saber de su existencia y, si alguien los descubre, como es mi caso, tienen dos opciones: retener a esa persona de por vida en las galerías o, si esa persona no es dócil y no se amolda a su nueva situación, simplemente acabar con ella. Yo les he hecho creer que no voy a intentar escapar, que prefiero vivir aquí a morir, pero no soporto esto, quiero volver a mi casa, con mis seres queridos, comer comida normal, vestirme en condiciones, conducir, respirar aire puro, ver el sol, ¡necesito salir de aquí ya!

No utilizan el fuego porque se ahogarían con el humo. No hay salidas al exterior, tan solo unos pequeños agujeros situados estratégicamente para poder airear y que entre oxígeno en las cavernas. Se alimentan a base de plantas, algas, larvas, gusanos y, muy de vez en cuando, de pescado, pero crudo. Han ideado una especie de trampa que consta de un

agujero en la tierra que da al mar, creando así un pequeño estanque, de tal forma que si un pez entra por el agujero, le resulta difícil encontrar la salida. Utilizan un sistema de agua procedente de manantiales naturales que nacen bajo la tierra, con algo parecido a cañerías hechas con las cortezas de unas plantas que solo he visto aquí. Esto es otro mundo. Esos ojos tan grandes se han ido mutando a lo largo de los años para poder captar la poca luz que hay gracias a las plantas fluorescentes. Sus voces también han cambiado, son como susurros, para que no resuenen en las paredes.

Pero lo más increíble es que tienen dos poderes. Se pueden comunicar entre ellos por la mente. Cuando quieren hablar de tú a tú utilizan la voz, pero para contarles algo a todos cierran los ojos, automáticamente se quedan quietos, como en trance, y hablan en sus cabezas. He deducido que puede que sea porque la voz, al chocar con las paredes, resuena muchísimo, hace eco y eso les es muy molesto. Me da pánico cuando lo hacen porque pienso que están decidiendo qué hacer conmigo. Cuanto más mayores son, más fuerte es su poder, los niños apenas lo poseen. Los ancianos se meten en mi cabeza cuando quieren explicarme algo, pero, sobre todo, para manipularme, eso sí, siempre con la mejor intención, según ellos. Son capaces de cambiar la opinión sobre algo a una persona, de manejarla a su voluntad, pero creo que solo si están lo suficientemente cerca y tan solo por un momento. Me convencen de que aquí soy feliz, de que no quiero salir al exterior, y durante largo rato así lo creo, pero al pasar las horas va desapareciendo esa sensación impuesta y vuelven las ganas de huir. Yo les hago creer que me han convencido, que el mundo exterior no vale la pena, porque si no, me matarían.

Se quedaron en silencio, no sabían qué pensar. En sus cabezas recordaban todo lo que habían leído sobre el mundo de la ufología, pero aquello les sobrepasaba.

—Entonces, ¿somos una creación artificial de otro mundo? Esto es totalmente surrealista... Surrealista... —balbuceaba Fredy.

—Hemos leído tantas cosas sobre extraterrestres, nos parece algo tan lógico que haya vida fuera de nuestras fronteras... Pero pensar que nos han traído aquí para observarnos como conejillos de indias... Entonces, no hemos ido evolucionando a partir de microorganismos que se hallaban en el agua ni tampoco descendemos del «mono». Ese es el eslabón perdido... —decía ella perpleja, sin dar crédito a sus propias palabras.

Acababan de hallar el mayor descubrimiento en la historia de la humanidad. Todo lo que habían leído en sus libros de ufología se quedaba corto en comparación con lo que ahora sabían. Era una noticia con demasiado peso para la joven pareja y no sabían qué hacer con ella.

—Además, son peligrosos; no sé si vamos a poder ayudarle —aseguró Fredy.

—Ya, pero tampoco podemos hacer como que no pasa nada. Yo creo que deberíamos llevarle todo esto a la policía o a alguien, no sé, pero algo tentemos que hacer —sugirió.

—¿Tú crees que nos van a creer? Le dan por muerto y la verdad es que esto es muy difícil de digerir.

—Pero nosotros le creemos, ¿verdad? —preguntó empezando a dudar de si era la única que creía a pies juntillas todo lo que estaban leyendo.

—Claro que le creemos, pero, sinceramente, dudo que la policía nos tome en serio. Además, ya sabes lo que sucede cuando alguien tiene conocimiento de algo así, no les interesa crear alarma social.

—Tienes razón. Hemos leído sobre personas que han desaparecido de forma misteriosa cuando han descubierto algo y esto supera con creces todo lo que hemos oído. No se trata de un avistamiento ni del hallazgo de alguna evidencia de que seres de otro planeta nos hayan visitado, sino de la fehaciente realidad de que están aquí mismo, debajo de nosotros, y, lo más grave, que nosotros mismos venimos de otro mundo. Esto supera a cualquiera...

Fredy se levantó del sofá; daba vueltas, sin rumbo, de la sala a la cocina. Alicia se quedó sentada con la mirada perdida. Sus mentes no eran capaces de asimilar todo aquello. Albergaban la esperanza de que todo se tratara de una cruel broma, pero todos los indicios apuntaban a que Roberto estaba allí. No

tenía sentido que hablase de algo incierto, cuando lo que quería era escapar de donde se hallaba. Era ilógico que hubiera escrito todo aquello y se hubiera mantenido oculto mientras tanto en algún otro sitio, ¿con qué propósito? Había pasado más de un año desde su desaparición.

—Se me acaba de ocurrir que tal vez algún «gracioso» haya escrito todo esto haciéndose pasar por él y que a lo mejor está muerto de verdad. A lo mejor el día que desapareció se ahogó y la corriente se lo llevó lejos — anunció Fredy en un intento por buscar cualquier excusa que desechara lo que habían leído.

—No lo sé, podría ser, pero ¿tú crees que a alguien se le ocurriría semejante locura? ¿Y la puerta que vi yo? ¿Y la marea tan baja? Eso sí que era real.

—Puede que esa puerta siempre haya estado allí y que no hayas sido la única en verla. Alguien podría tener conocimiento de ella y se ha inventado toda esta paranoia. —Era capaz de creer cualquier cosa antes que la idea de ser un experimento—. Podríamos llamar al ayuntamiento para preguntar si tienen constancia de su existencia. Igual la construyeron hace años y con la subida del nivel del mar hoy en día es difícil verla.

—Es mucha casualidad que encontrara la caja justo el día que vi la puerta, ¿no? ¿Y la tormenta? ¿Y el terremoto? ¿Y lo rápido que subió la marea? Todo es demasiada coincidencia, pero ojalá tengas razón. Llama si quieres, a ver qué nos dicen.

—Bien, el lunes por la mañana llamaré, así salimos de dudas.

Ambos intentaban encontrar una explicación lógica, cualquier cosa que echara por tierra todo aquello, pero en el fondo los dos creían que aquel diario lo había escrito Roberto Arteaga desde las profundidades de la montaña.

Bas los esperaba en la puerta; necesitaba salir. Dejaron el diario aparcado un rato y bajaron a la calle. Los tres les venía bien que les diera el aire, salir a respirar y despejar sus mentes. Todavía seguía allí la *Ertzaintza*, habían cortado el acceso y los bomberos estaban marchándose. Aquella grieta tardaría unos días en ser reparada. La lluvia estaba dando un descanso. Dieron un pequeño paseo por el pueblo para comprobar si había algún destrozo más.

La noticia de la abertura en la carretera corría como la pólvora y mucha gente se acercaba hasta allí para verla con sus propios ojos. Todo parecía estar en orden, el temblor solo había afectado a esa zona, por suerte.

Fueron caminando hasta el Cerro, el paseo que transcurre junto a la carretera general que atraviesa el pueblo, hablando del tema; no podían dejarlo, sentían que estaban viviendo otra realidad.

—¿Te acuerdas del libro que te comenté que compré de segunda mano en la plaza Nueva de Bilbao? El que hablaba de esto mismo, de que nos habían traído aquí de otro planeta —preguntó Fredy.

—Sí, es verdad, ahora lo recuerdo. Al principio me impactó mucho porque me hizo pensar en si habría alguna posibilidad de que fuera cierto, pero luego deseché esa idea —confesó—. No me acordaba de él...

—¿Cómo se llamaba el autor? Ya no me acuerdo, solo recuerdo que era extranjero.

—No lo sé, tampoco importa eso ahora. Lo tendrás en casa, tienes que traerlo para releerlo.

—Creo que lo he perdido; un día estuve buscándolo para echarle un vistazo y no lo encontré.

—Vaya, qué pena. Probablemente se haya extraviado en la mudanza, qué rabia. Podemos buscarlo en internet —se lamentó.

—Sí, seguramente lo habré perdido ahí. Ya miraremos a ver si lo encontramos por alguna parte. No creo que sea fácil, porque era bastante antiguo.

—Pues mira, ya ves que a alguien se le ocurrió la idea o, tal vez, viera u oyera algo que le hizo pensar así. Y, en efecto, era de los años setenta creo recordar —declaró.

—También recuerdo haber visto algo en internet sobre un científico que afirmaba que veníamos de otro sitio y daba varios argumentos. Tenemos que buscar información sobre él también.

Continuaban paseando sin poder creer aun lo que les contaba Róber. Parecían dos científicos dándole sentido a una nueva fórmula.

—Tal vez sea todo una farsa —interrumpió Alicia el silencio.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que puede que esas personas existan, que por algún motivo hayan decidido vivir debajo de nuestra sociedad, ocultos, pero no que vengan de ningún otro sitio, sino de aquí mismo, de la Tierra, como nosotros, y lo mismo ya ni se acuerdan. Tal vez son como los amish: no quieren vivir con el progreso, pero lo han llevado al límite de vivir como cromañones, en cuevas, sin luz, sin nada. No tienen internet, puede que carezcan de libros y de cualquier tipo de soporte que cuente su historia. A lo mejor han ido contándola de boca a boca a lo largo de generaciones y se ha perdido la esencia, la verdad. Aquí, según las creencias de cada uno, hay personas que creen en un dios o en otro y otras son agnósticas. Tal vez para ellos su dios, su fe, sea que les han traído hasta aquí desde otro planeta —narró.

—Puede que tengas razón. Las noticias, cuando pasan de persona a persona, se van distorsionando.

—O quizá le han contado todo eso a Róber para atemorizarle más aún, para manejarle y manipularle con más fuerza, haciéndole sentirse un experimento, como él dice.

—Me encanta cómo piensas, nena, cómo desgranas los problemas hasta hacerlos añicos. Yo, personalmente, ahora me siento mucho mejor. Prefiero tener la duda a la certeza de que somos un experimento —declaró.

—Sí, yo también me siento mejor. Centrémonos tan solo en cómo podemos ayudar a ese chico. Lo «otro» lo vamos a dejar ahí, sigamos con nuestras vidas como si no supiésemos nada. Al menos mientras no tengamos más datos que demuestren esa teoría.

—Será lo mejor.

Decidieron regresar a casa, se habían ido hasta la otra punta de Gallarta y hacía frío. Los claros en el cielo habían sido invadidos por nubarrones y eso quería decir que no tardaría mucho en volver a llover. Cuando estaban a punto de llegar, se encontraron con Nuria, que también había salido a ver la famosa zanja. Estaba entre todo el gentío observando la huella del seísmo. Alicia tuvo la oportunidad de presentarle con orgullo a su flamante novio. Ya le había contado que estaban juntos, así que no se sorprendió al verla con él.

No había visto ni una foto de Aitor, Alicia no había querido hacerle ninguna para enseñársela, por mucho que Nuria hubiera insistido. En broma solía decirle: «Mientras estás pintando, saca el móvil y, disimuladamente, hazle una foto». Pero ella no quiso. Cuando dejaron el estudio listo para empezar a trabajar en él, fue a visitarlo, pero ese día Fredy llegó más tarde y Nuria ya se había marchado. También había acudido en otra ocasión, pero fue una de esas en las que él tuvo que quedarse hasta tarde trabajando y no había podido ir. Sentía una gran curiosidad por ver al chico del que se había enamorado su amiga y del que tantas veces había oído hablar. Al verle, la primera impresión que tuvo fue que se trataba de un hombre muy atractivo, alto y guapo, pero, sobre todo, le pareció que quería a su amiga de verdad. Iban juntos, él rodeaba los hombros con su brazo y llevaba la correa de Bas. Para la incondicional amante de los perros, era una prueba de fuego que su pareja aceptara su relación con la pequeña teckel tal y como ella la vivía y, por lo visto, había pasado el examen con sobresaliente.

—Encantada de conocerte. No sabes lo feliz que estoy por vosotros, sobre todo por Alicia, que estaba un poco solita —dijo Nuria con sinceridad. Desde que se había quedado huérfana, no la había visto así de feliz.

—Desde ahora, si ella quiere, no volverá a estar sola jamás —aseguró Fredy.

Se sonrojó, pero aquellas palabras acompañadas de un tierno beso en la frente la hicieron sentirse realmente afortunada. Nuria los observó y sonrió feliz al ver que por fin estaban juntos. Alicia y ella habían pasado largas tardes hablando de muchos temas en los que, casualmente, aparecía el nombre de Fredy en demasiadas ocasiones para tratarse de un simple amigo. Nuria le recriminaba que estaba claro que sentía algo por él, pero Alicia siempre lo había negado. Al verla tan contenta bajo el brazo protector de su «amigo», supo que había estado en lo cierto.

—Qué susto nos hemos dado cuando ha temblado todo el piso, creía que se trataba de un terremoto. Menos mal que ha sido solo un instante —comentó Nuria.

—Pues yo creo que sí que ha sido un terremoto, aunque de poca magnitud,

pero mira lo que ha provocado —contestó Alicia.

—Yo estoy convencido de que ha sido eso, un terremoto.

—Puede ser. Se nos han caído algunas fotos de la estantería del comedor, pero poco más. ¿Qué es ese arañazo y ese golpe que tienes en la cara? —le preguntó sorprendida retirándole el pelo que lo ocultaba parcialmente.

—Ah, nada, un golpe que me he dado con la rama de un árbol. —No podía contarle lo que había vivido, no aún.

—Seguro que estabas haciendo fotos, como si lo viera. ¿Os apetece ir a tomar algo? Javi baja ahora, se está cambiando, hoy le toca trabajar de noche —les ofreció amablemente—. Yo no podía esperar más a ver lo que había hecho el temblor.

—Por mí perfecto, ¿te apetece, nena?

—Claro que sí, vamos. —Sonrió.

Se quedaron unos minutos esperándole, mientras varios periodistas se iban acercando a la zona para enseñarle al mundo lo que había ocurrido. Bajó el cuarto miembro del pequeño grupo y tras presentarse ambos chicos fueron a tomar algo al bar de platos combinados de la plaza. Nuria y Javi no eran muy aficionados a la cocina y comían fuera de casa muchas veces, así que aprovecharon y cenaron antes de que él se fuese a trabajar.

—¿No vais a cenar? —preguntó la pareja poco aficionada a la cocina.

—No, gracias, mi amor ya ha preparado una exquisita cena —dijo guiñándole un ojo a su cocinera favorita.

A pesar de lo que estaban leyendo de Róber, la tormenta y demás desdichas, ambos lucían una innegable sonrisa de júbilo. Eran felices y no podían ocultarlo.

Cuando terminaron de cenar, Javi se despidió de ellos allí mismo y se fue a trabajar con un compañero en su coche. Los tres amigos subieron caminando a casa, pero esta vez bordearon la masa de gente que se agolpaba para ver lo que había ocurrido.

Una vez en casa, cenaron tranquilamente hablando de otros temas que nada tuvieran que ver con los seres que habitaban en galerías subterráneas, después, continuaron con la lectura. Ansiaban saber qué más les podría contar el joven

bilbaíno, pero también tenían la posibilidad de que les disipara las dudas sobre lo que habían leído justo antes de salir a la calle.

El otro poder que poseen es todavía más increíble. Tienen la capacidad de manipular los fenómenos atmosféricos. Son capaces de crear una catastrófica tormenta para hacer olvidar a todo un pueblo que haya visto una posible entrada a las galerías; o de originar un tornado que arrase con todo lo que ellos quieran o incluso provocar un terremoto. Dicen que casi todos los terremotos, tornados e inundaciones los originan ellos porque los de arriba, como nos llaman, han provocado guerras, tirado bombas nucleares, talado bosques, construido fábricas que contaminan o cualquier cosa que sea una amenaza hacia el planeta o hacia los subterráneos —así los he bautizado—.

Alicia dejó caer los papeles sobre la manta del sofá, con la mirada perdida y temblando, y empezó a respirar con dificultad. Se quedó inmóvil durante un par de minutos; en su mente todo empezaba a cobrar sentido y el pánico se instauró de nuevo en ella.

Fredy la llamaba, pero ella no le oía. Solo escuchaba el viento, los truenos, el temblor de tierra. A cámara rápida recordaba cómo en segundos había subido la marea, cómo se había tornado el día en noche para dar paso a aquella brutal tormenta. Todo había sido provocado por ellos.

Por fin salió del estado de *shock* y vio cómo su novio la llamaba desesperado. No podía apenas hablar, estaba aterrada. Dejó los papeles en la mesilla, se puso de pie y le anunció a Fredy que no podía seguir con aquello. Se puso una chaqueta y salió al balcón para respirar aire fresco. Bas y él fueron tras ella, pero necesitaba estar sola en aquel momento, no era capaz de escuchar las palabras ni los ladridos tras de sí.

Fredy entró en la cocina para dejarla espacio y le preparó una tila. Sabía perfectamente lo que estaba pensando porque él pensaba lo mismo. Los subterráneos habían desencadenado una serie de sucesos atmosféricos porque Alicia había visto la entrada a las galerías y encontrado la caja. Intentó imaginar qué habría sucedido con el misterioso Róber, si de verdad habrían

acabado con él por haber pedido ayuda al exterior. No sabía cómo actuar, si tirar aquel diario, si terminar de leerlo... Unos minutos después salió a buscarla al balcón.

—Venga entra, que vas a coger frío —le avisó.

—Sí, voy.

Bas no se había despegado de la puerta del balcón, sentía que su ama estaba preocupada. Sabía captar su estado de ánimo a la perfección, tanto si estaba triste, como nerviosa, enferma o eufórica. La cogió de la mano y la metió en la cocina. Se sentaron a la mesa y le dijo que se tomara la tila, que le sentaría bien.

Como una niña obediente, se la tomó de un trago. Levantó la mirada y con unos ojos tan preciosos como tristes le dijo:

—No quiero saber nada más de este tema. Esto es peligroso, mira todo lo que están haciendo. No sé si ha sido casualidad, pero, como dice J. J. Benítez, lo dudo. Tenemos que deshacernos de ese manuscrito. Lo siento por el tal Róber, pero no podemos hacer nada por ayudarle. Lo que ha pasado solo por encontrar la caja y leer lo que ha escrito... No me quiero ni imaginar si intentamos dar con él.

—Tienes toda la razón, no creo que podamos hacer nada por Roberto. Mañana me desharé de todo.

—Llévatelo, no quiero volver a verlo ni la caja tampoco.

—No te preocupes, ahora mismo lo llevo todo al coche y el lunes lo tiraré lejos de aquí.

Fueron a la sala y encendieron la tele para distraer la mente, pero Alicia ni siquiera la miraba. Se tapó con la manta hasta el cuello, pero era incapaz de entrar en calor. Era como si el frío de la cueva se hubiese instaurado en su cuerpo. Él intentaba animarla haciendo comentarios sobre la película que estaban viendo, pero no servía de nada. Bas se sentó encima de ella y la miraba a los ojos atenta, preocupada. Poco después se metieron en la cama. Se acurrucó junto a él como un bebé, con el cuerpo tembloroso y destemplado. Al rato se durmió.

La tila consiguió calmarla, pero no evitó las pesadillas; estuvo inquieta toda

la noche. Fredy la abrazaba y conseguía sosegarla, pero era él quien no podía dormir intentando darle una solución al problema. No quería que ocurriera nada más, pero sentía la responsabilidad de ayudar a alguien en aquella situación y que se había arriesgado tanto para pedir ayuda. Por otro lado, tampoco se podía permitir el lujo de poner en peligro la vida de «su mujer», como a él le gustaba imaginar en sus pensamientos. Al igual que ella, estaba convencido de que todo lo que estaba pasando había sido creado por los subterráneos. Se sentía impotente ante la gravedad del problema; no sabía qué hacer para ayudar al chico sin que tuviera consecuencias para ellos. Le hubiera gustado poder hablarlo con su padre, pero no quiso que estuviera preocupado, y menos estando tan lejos.

Capítulo 6

El timbre sonó, pero no tenía ganas de ir a ver quién era. No tenía ganas de nada, se sentía totalmente derrotada. Se había recostado en el sofá con música de fondo, dándole vueltas a todo lo que acababa de conocer y, después de analizarlo al detalle, intentó olvidarlo para continuar con su vida, pero no podía quitárselo de la mente. Tenía miedo, temía por lo que pudiera pasar. Por muy difícil que resultase creer que esos seres tuvieran la capacidad de manejar la naturaleza a su antojo, le resultaba imposible no relacionarlos con la grieta del terremoto ni la violenta tormenta, así como con la subida inesperada de la marea. El telefonillo volvió a sonar, se quitó la manta que la envolvía y se levantó, por si se trataba de su novio que venía antes del hospital de acompañar a Jon. Era Nuria; habían hablado por teléfono un rato antes y se había quedado un tanto preocupada. De haber sabido que era ella, no habría contestado al telefonillo. La conocía a la perfección y con solo mirarla averiguaría que algo no andaba bien.

—Sube —la invitó.

—Hola, ¿qué tal estás? Vaya cara que tienes... ¿Va todo bien con Fredy? —le preguntó su amiga nada más entrar.

—Sí, sí, va todo perfectamente. De hecho, hemos pasado el fin de semana juntos.

—¿Y esa cara entonces? ¿Bas está bien? ¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada —mintió sin dudarlo, pues tenía la convicción de que si compartía con ella la información que tenía de los subterráneos, la pondría en peligro.

—Di que no me lo quieres contar, pero a ti te pasa algo —insistió Nuria.

—Lo único que ha pasado es que Rosa, la madre de Jon, el mejor amigo de Fredy, está ingresada.

—Ah... Vaya, lo siento, espero que no sea nada grave.

—Le ha dado un infarto y está bastante mal —le contó. Era verdad, pero no era el motivo de su abatimiento.

—Ya, claro, y te estás acordando de tus padres. Lo siento mucho, ven aquí, anda.

Se abrazaron y se sintió un poco mejor. Tomaron un café y estuvieron hablando de la nueva relación. Nuria le aseguró que parecía un chico encantador, muy guapo y que se alegraba muchísimo por ella.

—Una duda que siempre he tenido y nunca te he preguntado: ¿Por qué todo el mundo le llama Fredy? Se llama Aitor, ¿no?

Por fin consiguió arrancarle una sonrisa.

—Sí, se llama Aitor, pero le llaman así desde pequeño porque le encantaban las películas de *Pesadilla en Elm Street* y su madre le compró un guante con cuchillas de juguete como el de Freddy Krueger.

Ambas estallaron en una carcajada y siguieron charlado un buen rato. Durante unos instantes, Alicia apartó de sus pensamientos todo lo relacionado con Róber. Cuando Nuria se marchó a su casa, fue al baño y se miró en el espejo. La inflamación de la cara había desaparecido y la herida provocada por la rama se estaba curando muy rápido. Se quedó durante unos instantes mirándose reflejada en el cristal, como si no fuera ella, pensando en el pobre Róber, en qué habría sido de él. Sentía mucha pena, pero el miedo era tan grande que no se veía capaz de ayudarlo de ninguna manera. Se puso a jugar con Bas en el pasillo tirándole la pelota mientras intentaba convencerse de que Nuria se había marchado tranquila, con la convicción de que el afligimiento de su amiga se debía al recuerdo del fallecimiento de sus padres.

Un rato después llegó su amor. Cada vez que se veían era como si hubiesen pasado siglos. Se fundían en un abrazo que duraba unos minutos. Le preguntó por la madre de Jon y dijo que estaba estable y que iba mejorando.

—Estate tranquila, nena, todo está bien. Ya me he deshecho de la caja y del diario, así que no volveremos a hablar del tema, ¿de acuerdo?

—Sí, estoy completamente de acuerdo.

—Por cierto, hace unos días que no vamos al estudio. Tengo que terminar el retrato que me encargaron, tendrán ganas de verlo ya.

—Pues sí, que con todo este lío no hemos tocado un pincel.

Sin más dilación, cogió las cosas de Bas y fueron en coche dirección

Sopuerta. Por el camino hablaron de que hacía mucho que no salían a dibujar al aire libre ni a hacer fotos. Ambos echaban de menos esas salidas. Decidieron hacer una escapada el sábado para hacer unas fotografías por Galdames, pueblo colindante con Sopuerta con paisajes propicios para plasmar en un lienzo. Disponían de verdes vistas, bucólicos ríos, prados con ganado pastando, montes y casas con un encanto especial, típicas de la zona. También querían aprovechar para subir al barrio de Montellano y ver las ruinas de la casa que vio nacer al famoso escritor Antonio Trueba. Tenían curiosidad por ver el entorno donde había nacido.

Antes de empezar a trabajar, dieron un paseo por el parque favorito de Bas; el de las Balsas, lo llamaban los lugareños, pero Alicia siempre se refería a él como el parque de Bas. Recorrieron un par de veces el camino empedrado con grandes lajas de piedra rodeado de alisos. El cielo estaba nublado y poco faltaba para que oscureciera. La luz que lo envolvía y la niebla, que empezaba a dejar su huella, le daban al paisaje la apariencia de un bosque encantado sacado de las ilustraciones de algún cuento infantil.

Continuaron la tarde entre lienzos, pinceles y música y, al recoger para marchar cada uno a su casa, ambos tenían la sensación de que todo lo que habían vivido había quedado ya un poco atrás. Cuando volvieron a Gallarta, aparcaron el coche y se despidieron. Alicia no quiso ni mirar tras de sí al entrar en el portal, quería hacer como que la grieta que los operarios se afanaban en arreglar no existía.

La rutina del día a día iba disipando poco a poco las sensaciones que habían experimentado y, cada vez que les venían a la mente, pensaban en cualquier otra cosa para no darle más importancia y olvidarlo cuanto antes.

Entre semana se dedicaban a trabajar, a dar un paseo y a pintar y el fin de semana lo pasaban juntos en el piso de Alicia con alguna incursión para hacer fotos. Cada día hacía más frío y no les apetecía estar en la calle dibujando pudiendo estar bajo el abrigo de una manta y disfrutar de una tranquila tarde en casa. Fredy se quedaba a dormir en Gallarta, disfrutando de ellos mismos, forjando la relación. No necesitaban nada más.

Unos días después, Rosa ya estaba perfectamente, incluso salía a la calle. Al

parecer, el infarto le había hecho ver la vida de otra manera y que ser viuda no quería decir que ella no pudiera seguir viviendo. Se había animado a ir a la asociación de mujeres y estaba contenta. Aitor sugirió que era buen momento para presentarle a Jon, pues tenía muchas ganas de conocerla. Ella aceptó encantada y a la tarde siguiente se acercó hasta el estudio para ponerle cara a la misteriosa chica.

Se encontraban inmersos en sus lienzos cuando llamaron a la puerta. El impaciente pintor, con ganas de presumir de novia, dejó la paleta para salir a abrir.

—¡Aúpa, Jon! Aquí estamos, trabajando; espera, que quito la música.

Jon se quitó la chaqueta y la dejó en el perchero junto a la puerta mientras Fredy silenciaba a Corey Taylor y Alicia se acercaba hasta la entrada. Al girarse la vio con su bata blanca acercándose hacia él. No le salían las palabras al muy dicharachero. Al igual que a su amigo, le pareció ver un ángel. Su larga y ondulada melena rojiza caía por los hombros acariciando una cara perfecta, de porcelana, salpicada de pequeñas pecas; labios carnosos, preciosas piernas, largas pestañas que eran el marco ideal para unos ojos celestiales... No podía creer que una chica así pudiera ser la novia de su mejor amigo, no porque no se mereciera estar con una mujer tan bella, sino porque parecía de otro mundo, como las que salían en las revistas y películas, pero real.

—Hola, Jon, encantada de conocerte al fin. —Se le acercó y le dio dos besos.

Jon, boquiabierto y con cara de tonto, no atinaba a pronunciar palabra.

—¿Qué pasa, tío? ¿No saludas? —le preguntó Fredy un tanto extrañado al ver reaccionar de tal manera a Jon, al ligón de discoteca, como le llamaban, al que constantemente estaba con sus chistes y chascarrillos, con el que nunca te aburrías porque siempre tenía algo que decir.

—Hola, Alicia, un placer.

—Ven, pasa, siéntate en el sofá. ¿Te apetece un café o un sándwich de pavo? Es lo único que tenemos. —Le sonrió, y al hacerlo aún le pareció más bonita, si cabe.

—No, gracias, no tengo hambre. Así que tú eres la famosa Alicia...

—Bueno, famosa, no creo, pero sí, soy yo. —Le volvió a sonreír.

—Ahora entiendo todo... —dijo en voz alta sin darse cuenta. El rubor le subió por las mejillas y miró a su amigo a modo de disculpa.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigada.

—Eh... No, nada, nada, que... Que ahora entiendo que Fredy esté tan contento —contestó vacilante.

—Ah... Yo también estoy muy contenta con él. —La pareja se miró con cariño, pero Jon no podía dejar de observarla.

Estuvo con ellos una hora. Según iban pasando los minutos, su facilidad de habla volvió. Le enseñaron sus trabajos, las fotos que tenían preparadas para sus próximos cuadros, sus ideas y también le dieron la enhorabuena por la mejoría de su madre. Jon, que ya había visto parte de su obra en otras visitas, le prestó toda su atención, observando cada pincelada, cada mancha de color, cada rincón, pues sus obras destacaban por ser ricas en detalles. Después le mostró algunos de sus cuadros favoritos, unos pasteles monocromos en blanco y negro de un hiperrealismo asombroso, al mejor estilo de Antonio López, uno de sus pintores favoritos. Cuanto más hablaba con ella, más fascinante le parecía. ¿Por qué no la habré conocido yo antes? Se preguntaba.

—Ya tienes un admirador —le dijo Fredy.

—Por supuesto, tu fan número uno —contestó rápidamente Jon.

—Bueno, su fan número uno soy yo, no lo olvides —le aclaró riendo.

Alicia esbozó una sonrisa al sentirse tan halagada.

—Tal vez algún día tenga muchos admiradores, pero vosotros siempre seréis los primeros.

Justo cuando salía por la puerta, mientras se despedía, se acordó de lo más importante, de una sorpresa que les tenía preparada.

—¡Casi se me olvida! Qué cabeza... —No era nada desmemoriado, pero Alicia le había obnubilado con su presencia—. He conocido a un cliente que tiene una galería de arte en Asturias, en Oviedo concretamente, y le he hablado de vosotros. Me ha comentado que trabaja con figurativo realista clásico y le he contado que es justo lo que hacéis vosotros. Una pena no haber podido

mostrarle algunas de vuestras obras, deberíais hacer una página web o algo así. En serio, tenéis trabajos realmente buenos. Me ha dado su número para que os pongáis en contacto con él, dice que le gusta apostar por jóvenes promesas.

La pareja se alegró muchísimo. Era muy difícil exponer en una galería de arte sin «padrino» y ninguno de ellos tenía. Habían expuesto en salas culturales, intentando darse a conocer, pero en ese tipo de muestras no se suele vender nada, en todo caso surge algún encargo de retrato. Para ellos lo más importante era poder disfrutar de la pintura, no soñaban con ser reconocidos, pero a nadie le amarga un dulce.

Cuando Jon se marchó, decidieron llamar al galerista. Tras una breve charla, estuvieron pensando qué cuadros mostrarle. Les había pedido que le mandaran por *e-mail* algunas fotos de sus mejores obras. Estaban entusiasmados, era lo que necesitaban para pasar definitivamente el mal trago. Miraron el reloj y decidieron que era hora de recoger.

Nada más llegar a casa, Alicia recopiló todas las fotos que habían elegido. Las tenía archivadas en el ordenador, en una memoria externa por duplicado y también disponía de copias ampliadas en papel. Colocó las que habían decidido presentar sobre la mesa y las ordenó para enviárselas por *e-mail* en ese orden. Mezcló las de ambos autores y dejó las dos mejores para el final: el bodegón en blanco y negro suyo donde se apreciaban unas viejas botas militares con los cordones sueltos, arrugas en la piel, suelas desgastadas y la sombra que proyectaban. Más que un cuadro, parecía una foto, casi se podían tocar. Y la de su compañero: una marina de Zierbena con sus barcos amarrados en el pequeño puerto. Era tan realista que el agua parecía de verdad. Algunos de los amarres deshilachados por el tiempo, las gaviotas revoloteando desde el cielo y un muelle asomando la cabeza eran algunos de los detalles del cuadro.

Fredy era más aficionado a los paisajes que a los bodegones, pero a ella le encantaban. Trabajaba desde los clásicos, como unas manzanas sobre tela, con sus veladuras al más estilo purista de Velázquez, hasta bodegones tan insólitos como un mango de madera de un paraguas envolviendo una botella vacía de

cristal. Era un momento mágico cuando elegía con cuidado los elementos y los colocaba sobre una mesa, por lo general cubierta de tela. De manera meticulosa los dejaba en el orden perfecto, aparentando estar ahí de una forma casual, pero en realidad creaba cada arruga del tejido, cada sombra, cada escorzo. El resultado era muy natural; nadie adivinaría el esmero empleado para tal resultado.

Al acostarse, imaginó cómo sería exponer en una galería de arte y, en esos pensamientos, el sueño la atrapó. Esa noche durmió de un tirón, las pesadillas le habían dado una tregua.

Él, por el contrario, al llegar a casa, no pensó en las fotos, sino en la reacción de su amigo al ver a Alicia y su posterior comportamiento. Le conocía desde siempre y le había visto desenvolverse en casi cualquier situación, pero esa tarde le había desconcertado. Decidió llamarle por teléfono y preguntarle directamente.

—Hola, Jon, una vez más quería darte las gracias por lo de la galería, ojalá tengamos suerte y podamos exponer allí, sería un antes y un después en nuestra carrera como artistas.

—De nada, ya sabes que intento ayudarte siempre en todo lo que puedo; además, soy admirador tuyo, y ahora de Alicia también.

—De ella precisamente quería hablarte. ¿Qué te ha pasado cuando la has visto? ¿Por qué has estado toda la visita tan raro?

Jon no sabía qué contestarle. Era consciente del impacto que le había causado aquella preciosa chica, pero no que hubiera sido tan evidente.

—¿Qué me va a pasar? Nada. He estado observando con detalle todo en lo que estáis trabajando, nada más.

—Venga, Jon, no me trates como si no nos conociéramos —le insistió.

Decidió sincerarse, sabía que no podía ocultarle nada a su mejor amigo. Pero tampoco quería decirle exactamente que se había enamorado de su novia nada más verla, que le había parecido un ángel, que jamás había visto a un ser tan delicado y fuerte a la vez, que sus sonrisas le habían robado el corazón, que su cara y su cuerpo le habían vuelto loco y que hablar con ella era como vivir un sueño.

—La verdad es que me ha impresionado, es preciosa y muy agradable. No me la imaginaba así, eso es todo. Entiendo perfectamente que no pudieras pensar en otra chica y muchísimo menos estar con Sonia —explicó como pudo.

—Eso es, ¿entiendes ahora por qué no podía olvidarla? Soy el hombre más afortunado del planeta, te lo juro, tío. Estar con ella es lo mejor que me ha pasado en la vida. Nos compenetramos a la perfección, es como si nos conociéramos de siempre.

Jon escuchaba sus palabras y le entendía a la perfección, más que nada, porque estaba experimentando lo mismo que él. Le había calado tan hondo que no podía quitársela de la cabeza. De regreso a casa había estado repasando en su mente la conversación, sus gestos, sus movimientos; todo en ella le resultaba simplemente perfecto. Estuvieron hablando un rato más, intentado disimular sus sentimientos y restándole importancia al asunto. Colgaron el teléfono y, momentos después, volvió a sonar; esta vez era Amaia, de la que no se había acordado ni un segundo.

—Hola, Amaia, ¿qué tal? —contestó sin ganas. Con el torbellino de sensaciones que estaba sintiendo en ese momento no sabía ni qué decirle.

—Hola, cari, ¿qué tal el día? Yo acabo de salir de clase. Uff... qué tostón es derecho penal, casi me quedo dormida, menos mal que al final de la clase me he estado echando unas risas con Laura. ¿Te acuerdas de ella? Es la chica que te presenté el día que estuvimos de compras en Max Center y que estaba fatal porque la había dejado su novio. La verdad, no me extraña, porque es más simple que un zapato. ¿Sabías que él ya está con otra? Laura no lo sabe y yo paso de decírselo, que luego le da el bajón y me toca aguantarla a mí. Vamos a ir ahora a comprarnos todas una bufanda igual, ¿a que es una idea genial? —Rio a carcajadas—. Se me ha ocurrido a mí. Necesito comprarme una chaqueta rosa, que la que tengo ya está muy vista y, de paso, aprovecharemos para comprar las bufandas. Oye, que el sábado hemos quedado con dos compañeras de la universidad y con sus chicos para cenar y después ir al cine. Me han dicho que estrenan un peli que tengo ganas de ver, es de amor, de las que no te gustan, pero bueno, algún sacrificio tendrás que hacer, ¿no? —Volvió a reír estrepitosamente.

Jon no prestaba atención a aquella verborrea, siempre hablaba de lo mismo, de sus amigas, de sus clases, de compras, compras y más compras. Era una consumista nata. No tenía ganas de hablar con ella ni de ir a cenar con nadie ni de ver una de esas películas que cada día detestaba más. Solo podía pensar en Alicia, en cómo le enseñaba sus cuadros, cómo le hablaba, su delicadeza, su dulzura, su aroma... No podía arrancársela de sus pensamientos.

—¿Me estás escuchando? —preguntó irritada al no sentirse atendida al otro lado del teléfono.

—Sí, qué remedio. Me parece bien todo y ahora te tengo que dejar. Agur.

—Vale, hasta luego.

Amaia no se daba cuenta de que algo le pasaba a su novio, solo pensaba en sí misma. Era una estudiante de Derecho que disfrutaba de la vida de una manera muy diferente a él, vivían en dos mundos completamente distintos. Jon tenía la creencia de que cuando terminase la carrera buscaría un trabajo, se distanciaría de sus insulsas amigas de clase y pondría los pies en el suelo. Él creía que la quería, pero estaba casi convencido de que para ella era un pasatiempo, que no tenía ninguna pretensión de futuro con él. Nunca hablaban de casarse ni de comprar un piso, ni tan siquiera de vivir juntos y, muchísimo menos, de tener hijos. Cada vez que intentaba sacar el tema, ella empezaba a hablar de otra cosa. Y lo que más le llamaba la atención es que casi nunca estaban a solas, siempre traía a alguna amiga con su pareja a sus citas. No recordaba ni la última vez que habían hecho el amor. Su relación se había convertido en una rutina sin sentido y no adivinaba por qué no la dejaba, de alguna extraña manera necesitaba estar con ella. No quería estar solo. Prácticamente todos sus amigos estaban emparejados, la cuadrilla se había diseminado y no tenía a nadie con quien ir de fiesta o salir por ahí. El único amigo con el que aún conservaba la relación era Fredy. Tampoco tenía ganas de conocer a ninguna otra chica, estaba inapetente de todo. No había creído nunca en el amor. Pero ahora que había conocido a la dulce Alicia y había sentido ese flechazo, estaba empezando a creer que el amor de verdad existía, que amar a alguien por encima de todas las cosas era posible. Anteponer los deseos y las necesidades de la otra persona no tenía que ser algo negativo,

sino todo lo contrario, porque agradar a quien amas debía de ser algo satisfactorio, pensó.

Jon siempre había tenido la certeza de que vivir en pareja era algo casi impuesto por la sociedad, que era ley de vida y que esos romances de las películas no eran más que guiones para jovencitas ilusas. Pero de un plumazo todo aquello le parecía posible. Poder abrazar a alguien sin necesitar nada más, pasear agarrados de la mano, tener la imperiosa necesidad de estar con esa persona a cada instante y mantenerla en el pensamiento constantemente. ¿Cómo no había podido ser capaz antes, tan siquiera por un instante, de sentir esa euforia, esos nervios tan agradables, esa ansiedad?, se preguntaba así mismo.

Quería volver a verla, necesitaba estar con ella más tiempo. Le mandó un *whatsapp* a su amigo para invitarles a los dos a cenar el sábado en Castro Urdiales, porque sabía que ni a Amaia ni a sus amigas les gustaba nada ir allí. Le dijo que irían los cuatro, pero no tenía la menor intención de presentarse con su novia. Le costaba admitirlo, pero se sentiría abochornado si Alicia le viera con aquella persona. Sobre todo quería que lo encasillara como soltero, sin compromiso. Ya se inventaría alguna excusa a última hora para justificar su ausencia.

Fredy le devolvió el *whatsapp* diciéndole que lo comentaría con su chica. Le gustaba mucho estar con su amigo, pero eso le iba a restar tiempo del fin de semana que tenían para estar juntos y solos. Estaban viviendo en esa nube del comienzo de una relación donde no hay sitio para nadie más que para dos. Aun así, Alicia aceptó; le había parecido un buen chico y, tratándose del mejor amigo de su novio, no podía decir que no.

Dos días después les llamó el galerista, maravillado con las fotos que había visto. Tal era su entusiasmo que les propuso organizar una exposición conjunta y ambos aceptaron encantados. Les citó para hablar con ellos de las condiciones de la exposición el viernes por la tarde en Bilbao, alegando que iba a estar allí y que después tenía que volver para Oviedo. Estaba pensando en abrir una nueva galería de arte en la capital vizcaína y estaba realizando un estudio de mercado para cerciorarse de si merecería la pena.

El tándem de pintores, muy emocionado, se preparó para el evento. Buscaron información en internet sobre los tipos de acuerdo que se pactaban en las exposiciones y comprobaron que eran muy dispares. Desde tener que abonar una generosa cantidad de dinero por exponer hasta tener ceder parte de la obra a la galería, se hubiese vendido algo o no. Eso les decepcionó un poco, porque no querían perder dinero, nadie los conocía y no sabían si iban a tener la suerte de vender algún cuadro. Decidieron relajarse y escuchar lo que Ángel, el galerista, tenía que proponerles.

Esa noche, Alicia volvió a pasar por casa de Nuria después del último paseo del día con Bas y le contó lo relacionado con la exposición. Esta se alegró mucho y la animó a que aceptara las condiciones, aunque perdiera dinero, puesto que una oportunidad así no se daba todos los días. Alicia pensó que tenía toda la razón, no había motivo para rechazar la propuesta fuera cual fuera. Al fin y al cabo, disponía de su dinero y de una pequeña herencia.

Mientras iban para casa, pasaron por donde se había originado la grieta, que por fin estaba reparada. Había desaparecido, al igual que el miedo que había sentido al leer el último párrafo del diario. Sonrió feliz pensando en todo lo bueno que estaba aconteciendo en su vida: su nueva relación, la exposición, la vuelta a la normalidad, el hecho de haber conocido al mejor amigo de su chico —que la hacía sentirse más unida a él—... No imaginaba su vida sin Aitor, el Fredy Krueger de Muskiz.

El viernes se hizo de rogar, pero finalmente llegó y, nada más salir de trabajar, Aitor fue a buscar a Alicia para ir juntos a Bilbao. Decidió no pasar por casa para cambiarse de ropa, el traje le daba un aspecto más serio y pensó que eso causaría una buena impresión al galerista. Estuvieron impacientes esperando a Ángel en la cafetería de la antigua estación de tren La Naja, en la calle Bailén. No tardó en aparecer. Se trataba de un señor de mediana edad, ataviado con un elegante traje gris marengo, camisa blanca y unos relucientes zapatos negros con cordones. Lucía una barba de cuatro días muy bien arreglada y un pelo entrado en canas cuidadosamente engominado. Una corbata, también gris, con pequeños pinceles, le daba un punto divertido a su

atuendo. Sus aires eran los de una persona jovial y moderna que rondaba los cincuenta.

—Hola, soy Ángel; Alicia y Aitor, ¿verdad? —les preguntó directamente. Se había guiado por la descripción tan exhaustiva que le había dado el agente inmobiliario de la bonita chica.

—Sí, somos nosotros, mucho gusto.

Se pusieron en pie y se dieron la mano. Estuvieron un rato hablando de arte y de la cantidad de galerías que se dedicaban en exclusiva al abstracto, algo con lo que él no comulgaba. Se decantaba más por lo clásico y parecía no estar de moda. Les dio la enhorabuena porque le había parecido que tenían futuro como artistas. Después entraron en materia y les habló de las condiciones que tenía con pintores noveles. Por regla general, exigía un pago por adelantado a los pintores reconocidos porque con una obra que vendiesen ya cubrían ese gasto, pero a los jóvenes les ponía condiciones diferentes.

—Entonces, debemos entregarte un cuadro cada uno en forma de depósito, los que tú elijas, hasta que finalice la exposición. Si vendemos al menos la mitad de la obra, tú te quedarías con un treinta por ciento de lo vendido; en el caso de no vender nada, con los cuadros en depósito, y si apenas vendemos, te quedarías con el cincuenta por ciento del importe y nos devolverías los cuadros, ¿es correcto? —preguntó el contable haciendo cálculos mentalmente.

—Es así, exactamente. Soy consciente de los gastos que supone exponer un cuadro: lienzo, óleos, aceites, enmarcado, transporte... Por eso, a los artistas noveles os doy la oportunidad de exponer sin tener que arriesgar vuestro dinero. No necesito que me deis ahora una respuesta, os lo pensáis con tranquilidad y me llamáis con lo que sea. Si aceptáis, hablamos de fechas. Tengo un hueco libre antes de Navidades. Pensáoslo.

Estuvieron comentando algún que otro detalle y, poco después, se despidieron. Salieron de la cafetería entusiasmados. Las condiciones les habían parecido inmejorables.

—A mí me parece bien, ¿y a ti? —preguntó Fredy con la convicción de que a ella también.

—¡Yo estoy encantada con la idea! Creía que íbamos a tener que adelantar

dinero y lo máximo que podemos perder es un cuadro cada uno. Yo creo que no tenemos motivos para rechazar esta oportunidad; además, me hace muchísima ilusión que nuestra primera exposición «de verdad» sea conjunta.

—Sí, a mí también. Hemos tenido mucha suerte de que le haya gustado el trabajo de los dos, si solo me lo hubiese propuesto a mí, habría rechazado la oferta —le confesó Fredy.

—Anda, no digas tonterías, no te lo habría permitido. Ya habría tenido yo mi oportunidad. Además, si te haces famoso ya me incluirías después a mí en tus exposiciones —le dijo guiñándole un ojo.

Ambos rieron de camino al coche por el puente del Arenal, agarrados de la mano, ilusionados como dos niños. Todo se iba encarrilando, no podían sentirse más dichosos. Se dirigían hacia el *parking* de la plaza Nueva y, al cruzar la calle del Arenal por el paso de peatones, antes de llegar a la acera, se fijaron en un viejo cartel, con el papel ya descolorido por el paso del tiempo, pegado en un semáforo. Estaba semienterrado por anuncios de pisos en alquiler, gente ofreciéndose para trabajar y demás publicidad. Pero los dos pudieron ver con claridad el nombre de Roberto Arteaga y la palabra «DESAPARECIDO» en rojo sobre el blanco folio. El semáforo había cambiado de color y un coche les pitó con brusquedad para que se quitaran de su paso. Se habían quedado petrificados al verlo, casi en medio de la carretera, mientras el semáforo cambiaba de color. Despertaron con el sonido del claxon y echaron a correr hacia delante. Se acercaron pausadamente al semáforo, leyendo lo poco que se veía: un número de teléfono y una foto, nada más. El resto de las letras eran más pequeñas y se habían difuminado con el paso del tiempo. Sintieron como si de una sacudida les hubiesen despertado de un placentero sueño; se miraron entre sí y a su alrededor todo se tornó gris. La pesadilla quería volver a instaurarse en sus vidas, pero ellos solo querían seguir su camino y olvidarse de todo aquello. Como dos autómatas miraron hacia delante con los ojos fijados en la nada y caminaron al ritmo de dos ancianos; era como si de golpe les hubiesen echado cincuenta años encima. Por inercia, llegaron hasta el coche, sin poder quitarse de la cabeza la foto de un joven sonriente que daban por muerto, pero que posiblemente estaría en una

situación peor que la propia muerte. No dijeron ni una palabra durante todo el trayecto. Llegaron a Gallarta, pasaron por la carretera reparada y aparcaron cerca de la casa de Nuria. Cuando entraron por la puerta, ni los besos ni lametones de Bas les alegraron.

—Hola, muñeca —le dijo con una media sonrisa. Bas supo al instante que no tenía ánimo para jugar con ella en ese momento. Se retiró y le dejó su espacio. Una vez más fue consciente de la capacidad que tienen los perros de averiguar y respetar el estado de ánimo de sus dueños.

Tan previsoras como siempre, había dejado la cena hecha por si se alargaba mucho la charla con el galerista. Se limitó a calentarla y se sentaron a la mesa.

En mitad de la cena, Fredy la cogió de la mano y le dijo que no pensara en ello, que su familia ya lo daba por muerto y que ellos no podían hacer nada. Sabía que tenía razón, pero se sentía angustiada por lo que pudiera estar pasando Róber, si es que todavía seguía con vida. Además, por primera vez, le había puesto cara. Apenas pudieron probar bocado de la merluza a la marinera que Bas olfateaba bajo la mesa. Ambos estaban cansados, había sido un día largo y se acostaron pronto.

A la mañana siguiente, más tranquilos, Aitor bajó con Bas a comprar el pan mientras Alicia preparaba unas tortillas. Hicieron unos bocadillos, cogieron unas piezas de fruta, una botella de agua, la Canon, sus cuadernos y demás enseres para pasar una mañana al aire libre tomando apuntes sobre edificios o paisajes. El día había amanecido soleado y apenas hacía frío. Esta vez se dirigieron hacia Bermeo, tenían ganas de dibujar San Juan de Gaztelugatxe; además, a esas horas casi no habría gente. Bas iba entusiasmada en el coche, no se había mareado nunca y le encantaba viajar. De vez en cuando, les daba un ladrido para que le pasasen la mano por la cabeza o para que la quitasen el arnés de seguridad e ir en encima del copiloto. Le encantaba ir delante para poder verlo todo, pero solo la dejaban ir ahí cuando era carretera de montaña y no había tráfico.

Dejaron el coche arriba, antes de llegar a la zona de aparcamiento, desde donde se avistaba perfectamente Gaztelugatxe. Se sentaron en un viejo banco de madera, testigo impertérrito de la belleza del paisaje, y esbozaron el

pequeño islote con su ermita, unido a tierra por los más de doscientos escalones.

La visión del mar azotando con suavidad la pequeña isla, hizo a Alicia rebuscar cada resquicio de roca en busca de otra entrada. No le comentó nada a su acompañante, inmerso en su dibujo, pues no quiso romper el momento ni volver a recordar lo sucedido. Cuando acabaron, se mostraron sus dibujos. Les resultaba divertido ver el enfoque tan distinto que le daba cada uno a un mismo lugar.

—¿Te gustaría ver la casa de mi padre? Ahora está navegando, pero ya que estamos en Bermeo, podríamos aprovechar y pasar un rato allí. Tampoco es que haga mucho calor para comer en la calle —le sugirió.

—Por mí bien, pero ¿no le parecerá mal a tu padre que vayamos cuando él no está? —preguntó por si acaso, no quería empezar con mal pie con su suegro.

—¡Qué cosas dices! Mi padre está entusiasmado con que estemos juntos; le he hablado tanto de ti... Está loco por conocerte, me ha recriminado que no hayamos decidido estar juntos el mes pasado, que estaba él aquí. Hace más de dos años que desea conocerte, nena —declaró de forma tímida.

Se sintió feliz por lo que pensaba Antton sobre ella. Subieron en coche por el sendero que llegaba hasta la entrada de la magnífica casa. Abrieron el portón y entraron. Un camino empedrado llegaba hasta la puerta de la vivienda: un caserío de madera y piedra de estilo típico vasco. Alrededor, un jardín meticulosamente cuidado, rodeado de cipreses y rosales, les daba la bienvenida. Un poco más adelante, se hallaba la enorme piscina vacía, que esperaba paciente el buen tiempo. Vio también una barbacoa, el porche con su mesa y sillas de madera, el balancín donde Antton se echaba sus siestas y una fuente con la estatua de la Venus de Milo, pero con brazos, sujetando un ánfora por la que caía un chorro de agua sobre la pila. Bajo un sauce llorón se vislumbraba un banco de madera en el que guarecerse del sol del verano. No le faltaba detalle. A través de unos ventanales se podía apreciar un hermoso salón decorado en blancos y grises. Le parecía un palacio, era mucho más lujosa de lo que había imaginado.

Entraron cruzando una doble puerta de madera con dos pequeñas cristaleras a los lados en las que se podían contemplar los escudos de sus apellidos. Dejaron la mochila en el recibidor y Bas echó a correr para investigar cada recoveco. Una enorme chimenea de mármol presidía el salón y, sobre ella, uno de los cuadros de Fredy, una marina del mismo puerto de Bermeo. A un lado, un juego de atizadores; al otro, una pila de leña de roble colocada al milímetro. Del techo pendía una araña de cristal. En uno de los rincones, una pequeña mesita con un ajedrez esperaba que alguien terminara la partida empezada. Un par de butacones ofrecían la comodidad suficiente para pasar horas de entretenimiento con el clásico juego. Bajo los pies del sofá blanco, descansaba una alfombra del mismo color, de pelo largo. Las paredes estaban tapizadas de óleos bajo la firma de Aitor Zenarruzabeitia. Había presenciado la creación de algunos de ellos en el estudio, pero otros le eran desconocidos.

La amplia entrada daba paso a la escalinata que llegaba hasta la segunda planta. Cada rincón era más hermoso que el anterior. Las habitaciones estaban decoradas con un gusto exquisito.

—¿Te gusta? —preguntó sabedor de la respuesta por la expresión de su cara.

—Es una maravilla, no entiendo cómo prefieres vivir en el piso de Muskiz antes que aquí —inquirió.

—No me gusta tanta ostentación, prefiero la sencillez y estar cerca de mi trabajo; además, esta es la casa de mi padre, no la mía. A mí me gusta ser independiente, tener mi intimidad. Casi nunca está en casa, pero cuando está, me siento en la obligación de dar explicaciones de a dónde voy o cuándo vengo.

—Ya, claro. No sé, es difícil no querer vivir aquí, es una casa espectacular.

—Pues todavía no has visto lo mejor, ¡vamos!

Cogió la mano de Alicia y a Bas en brazos y subieron al tercer y último piso. Toda la planta era una extensa biblioteca con techos abuhardillados, paredes recubiertas de madera y una terraza que daba al mar. En el centro, había una elegante mesa de madera con las patas talladas cubierta de viejos mapas junto a un sextante y, frente a ella, una cómoda silla. En una esquina de la estancia, descansaba un confortable sofá de piel marrón bajo a una lámpara de pie. La

mayoría de los libros versaban sobre el mar. Muchos de ellos eran recopilaciones de antiguas cartas náuticas. También había sobre fauna marina, climatología, astronomía, novelas y un poco de todo.

—Mira, ahí está Izaro —le indicó Fredy, señalando la isla desde la terraza.

—¡Qué vistas! —exclamó dirigiéndose hacia él—. Se ve el puerto, el espigón, todo el pueblo... Y no se oye nada, solo la brisa y los pájaros.

—Efectivamente, señorita. Cuando el mar está bravo, sí que se oye.

—Me encanta, no puedo decir otra cosa.

—Cuando quieras venimos a pasar el fin de semana —la invitó.

—Bueno, pero primero consúltalo con tu padre.

—¿Otra vez? Esta es tu casa, ya te lo dirá él cuando le veas.

—La verdad es que tengo ganas de conocerle.

—¿Te apetece que comamos esos estupendos bocatas? —preguntó hambriento.

—Claro que sí.

Habían dejado de pensar en Róber y pasaron una agradable mañana los tres juntos, como una pequeña y alegre familia. Llegaron cansados a casa y se echaron un rato la siesta para estar frescos a la noche y disfrutar de una velada en Castro con Jon y Amaia.

—Nena, ¿estás lista? Vamos a llegar tarde... —le preguntó cariñosamente mientras jugaba con Bas en la cocina.

Cuando salió de la habitación, Fredy se quedó inmóvil mirándola con la boca abierta mientras Bas le daba la pelota para que este se la lanzara de nuevo. La imagen que contemplaba le resultaba casi irreal. Desde el día que la conoció, le había parecido la chica más preciosa que había visto jamás, pero en ese momento se había superado. Solía vestir vaqueros y ropa cómoda, sobre todo para ir al estudio o a dibujar por ahí. Sí que vestía con chaquetas, minifaldas y ropa más formal para ir a la oficina, pero a la tarde se cambiaba. Sin embargo, esa noche se había puesto un vestido largo, de terciopelo negro muy ceñido al cuerpo, que dejaba ver la perfección su esbelta y delicada silueta. Unos zapatos con tacón de aguja resaltaban aún más su insuperable cuerpo. Se había maquillado y peinado de forma distinta a la habitual,

mostrando una Alicia diferente, muy sensual, provocativa, como salida de un desfile de modelos increíbles, ¡y era su novia! Al caminar hacia él una pierna asomaba por una abertura del vestido que llegaba hasta más arriba de medio muslo.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta? —preguntó, sabiendo la respuesta al ver su gesto.

—¿Que si me gusta? Estás espectacular, preciosa, maravillosa... Voy a llamar a Jon ahora mismo y le voy a decir que estoy indispuerto.

Rio a carcajadas, pues le creía capaz, pero no se lo permitió, ya tendrían tiempo de deleitarse al volver a casa.

—En serio, cariño, estás más preciosa que nunca. Todos los días al verte descubro la suerte que tengo de estar contigo y cada día te encuentro más bonita, pero hoy ya es que no tengo palabras, de verdad.

La agarró de la mano, la levantó en alto y la hizo dar una vuelta sobre sí misma contemplando cada detalle. El escote de la espalda acababa justo donde pierde su nombre y sus nalgas respingonas formaban una curva casi obscena pero divina.

Fueron hacia el coche y el embobado muchacho estuvo a punto de caerse por no mirar hacia delante, con lo que la joven sonrió y le giró la cabeza al frente para que no volviera a tropezarse. Condujo Alicia, pues él no podía dejar de observarla y de admirar su belleza, y no quería provocar un accidente.

Llegaron a Castro y fueron directos al restaurante donde habían quedado con Jon y Amaia. La gente la miraba al pasar y Fredy no podía sentirse más orgulloso. Al entrar por la puerta, Jon, que estaba esperándolos en la barra con una cerveza en la mano, se giró al oír a un chico comentarle a otro si se había fijado en la tía que acababa de entrar. Instintivamente miró hacia la entrada y allí la vio: la diosa que le había dado la vuelta a sus pensamientos y sentimientos como a un calcetín. También él se quedó perplejo al verla bajar la escalinata que llegaba hasta la barra del bar. Por unos instantes sintió que el tiempo se ralentizaba. Contempló cómo bajaba cada uno de los escalones mientras la abertura del ajustado vestido se abría dejando ver una escultural pierna enfundada en unas medias brillantes de color natural. Alicia giró la

cabeza hacia atrás para comprobar que Aitor iba tras ella y la melena, de un pelirrojo brillante, debido a las luces del restaurante, se agitó cubriéndole parcialmente la cara. Seguía con la mirada el balanceo acompasado de sus caderas. Cada movimiento le excitaba más, no podía dejar de mirarla, estaba totalmente fascinado.

—¿Qué tal, Jon? ¿Llevas mucho rato esperando? —le preguntó su amigo observando la cara de pánfilo que tenía.

—No, no... Qué va... Acabo de llegar —mintió, pues estaba tan impaciente por verla que no podía parar en casa y había llegado casi una hora antes.

—¿Acabas de llegar o acabáis de llegar? —puntualizó mientras se quitaba el mutón negro dejando a la vista un generoso escote que atraía la mirada de Jon como un imán.

—He venido solo, Amaia estaba resfriada y no ha podido venir.

—Tío, haberme llamado y habríamos quedado otro día —se quejó, al no tener ninguna gana de «compartir» a su novia con nadie. Habría preferido quedarse en casa con ella, a solas.

—No quería haceros el feo; ¿nos sentamos? —preguntó para zanjar el tema.

Los tres amigos pasaron un agradable rato entre risas rememorando viejas historias de su juventud. Recordaron cómo se conocieron en el equipo de fútbol del colegio, al que Fredy acudía cada martes y jueves sin ganas, pues lo que realmente deseaba era ir a pintar a un pequeño local donde daba clases una señora jubilada. Su padre insistía en que debía hacer deporte y, a pesar de que este estaba de acuerdo, el fútbol no era lo suyo. Tuvo que padecer todo un año recibiendo patadas y balonazos hasta que su padre se convenció de que era una pérdida de tiempo. La ilusión de tener un futbolista en la familia se había desvanecido. Lo que no sabía era que su hijo en realidad tenía dotes artísticas y que lo hacía espectacularmente bien. En menos de un mes la anciana pintora ya les había comentado que su hijo destacaba del resto. Aun así, al decidir qué carrera estudiar, tal y como hizo Alicia en su momento, optó por la contabilidad. Su padre tenía un amigo que ostentaba un alto cargo en la refinería y le sugirió que si estudiaba contabilidad, le ofrecería un puesto de trabajo fijo bajo su tutela. Tras mucho pensárselo, al final se dejó convencer y

aparcó los pinceles durante algún tiempo para dedicarse a sus estudios de contabilidad.

Jon estuvo toda la noche esperando a que su amigo se ausentara para ir al baño y así tener la oportunidad de intimar un poco con ella, pero este no se movió de su lado ni un instante. No podía evitar sentirse celoso cada vez que la pareja se besaba, se rozaba o, simplemente, se miraba. Tras la cena, insistió en que fueran a tomar unas copas; no quería despegarse de aquella chica que le había hecho dar un salto a un mundo de sensaciones que desconocía por completo. Cuanto más la observaba, más la escuchaba, más le gustaba. Pero finalmente decidieron retirarse, por mucho que él insistió. Tenían ganas de estar solos, pero, sobre todo, no querían hacerle sentir incómodo a su amigo desparejado. La deseada Alicia pensó, inocentemente, que no sería plato de su gusto que su novia estuviera enferma mientras él tenía que cenar con ellos por compromiso. Pero nada más lejos de la realidad, estaba encantado, no le faltaba Amaia, le sobraba Aitor.

—Ha sido un placer compartir contigo esta velada, Alicia —dijo Jon en tono caballeresco, lo que le hizo sonreír a la causante de todas las miradas del restaurante.

—Lo mismo digo. Ha sido una pena que Amaia estuviera indispuesta; cuando se recupere, podemos volver a quedar, pero esta vez los cuatro.

—Cuando queráis —aseguró Jon entusiasmado.

—Bueno, Jon, hablamos —se despidió Fredy, un tanto molesto por tanta galantería.

Por el camino, Alicia comentó lo simpático que le había parecido su amigo. Hablaba de él como si de un caballero se tratase y, a decir verdad, así se había comportado con ella, pero Fredy, que lo conocía muy bien, sabía que todo lo hacía por agradarla; no le había visto jamás esa actitud con nadie. Sin darse cuenta estaba celoso de él. Sabía que su novia le quería, pero llevaban muy poco tiempo juntos y la sola idea de imaginarse que pudiera enamorarse de Jon le revolvió por dentro. Para no pensar en él, cambió de tema y se centró en la exposición que tenían programada.

Pasaron el fin de semana organizando todo para la inauguración. Pensaron en

qué cuadros llevarían y también alguno nuevo que harían, aún tenían tiempo. Estuvieron rebuscando entre las fotos para elegir algunas, pero Fredy dijo que iba a hacer un óleo de memoria, sin fotos ni nada. El lunes volvieron a sus rutinas, pero esa noche todo volvió a cambiar.

Capítulo 7

Como cualquier otra noche, se acostó en su cama junto a Bas, cansada y con sueño. Sus últimos pensamientos antes de caer plácidamente dormida fueron para uno de sus últimos cuadros, tratando de recordar cada línea, cada una de sus pinceladas, en un vano intento por incluir alguna más, aunque ya lo había dado por finalizado. Poco después empezó a soñar. Era un sueño que parecía real, tan vívido que le resultaba difícil discernirlo de la realidad. Intentaba despertarse, pero no podía, se sentía atrapada. Por más que se esforzaba en abrir los ojos, gritar, levantarse, algo se lo impedía, sentía como si alguien la mantuviera agarrada sin poder salir a la superficie de la consciencia. Sumida en una bruma entre la realidad y la fantasía de los sueños, Róber empezó a hablarla desde la lejanía. Al principio no supo a quién pertenecía la voz. Sonaba muy remota y apenas entendía lo que decía, pero, poco a poco, esa voz procedente de una cueva, a juzgar por el eco, se iba haciendo más audible.

El sueño se le hizo eterno y no fue hasta que desapareció Roberto cuando pudo despertarse. De inmediato, se incorporó en la cama como un resorte, totalmente empapada en sudor por la desazón que sentía, jadeando, con los ojos inundados de lágrimas. Se agarró de las rodillas y acurrucada pensó en lo que acababa de vivir, con un temblor que recorría todo su cuerpo.

Róber, con la cara demacrada, la barba larga, sucio y desvalido, había conseguido entrar en su mente, o al menos eso le había parecido a ella, para hablarla, para pedirle ayuda desesperadamente. Le había visto y oído claramente, con la voz un tanto distorsionada. Al principio casi no entendía sus palabras, pero cuanto más hablaba, más nítidas le llegaban. Tras de sí pudo observar una pared de piedra gris, a pesar de que todo estaba bastante oscuro, pero su cara... Se le había quedado grabada en las retinas, distaba mucho de la que había visto en el cartel del semáforo de Bilbao. Por más que cerraba los ojos, le veía, aún podía sentir el frío, oír su voz repitiendo una y otra vez: «Ayúdame, por favor. No creo que aguante mucho más; necesito salir de aquí y solo tú puedes ayudarme. Ayúdame».

Se tapó la cara con las manos y lloró como una niña. No quería formar parte de aquello, quería seguir con su vida tranquila; le pidió que la dejara en paz, pero no obtuvo respuesta. Tenía miedo, había visto de lo que eran capaces aquellos extraños seres que vivían bajo tierra. Por mucho que en un principio quiso imaginar que todo había sido un cúmulo de circunstancias, al leer el diario no pudo más que darse por vencida y ser consciente de que todo había sido provocado por ellos. Se puso una tila y, mientras se enfriaba, daba vueltas por el piso intentando despejar su mente. Necesitaba tanto a Fredy en ese momento... Pero no quiso llamarle y alertarle, tiempo tendría de contarle lo que había pasado. Por otra parte, tampoco podría hacer nada para prohibirle al incauto recluido bajo tierra que entrara en sus sueños. Se tomó la tila doble y se volvió a acostar. Bas también estaba inquieta y se había levantado para estar con ella. Intentó dormir, pero le fue imposible. En cuanto el agotamiento la arrastraba a un profundo sueño, Róber volvía a reclamar su atención una y otra vez. Cansada de no poder dormir, se levantó de la cama y se tomó un café bien cargado para mantenerse despierta.

Se duchó, intentó desayunar algo, pero no pudo, tenía el estómago completamente cerrado. Fue a la oficina con unas ojeras mal camufladas tras el maquillaje. Se sentía aturdida, sin poder pensar con claridad. Estaba deseando que llegara la tarde para compartir con su novio lo que había sucedido, aunque se temía que pensara que todo había sido un mal sueño. Ella sabía que no, que lo que había vivido esa noche no se parecía en nada a un sueño, Róber había contactado con ella cuando más vulnerable era: dormida, en ese momento en el que nos abandonamos al mundo de los sueños, donde no podemos controlar lo que nos rodea, en el que somos marionetas de nuestros pensamientos más ocultos.

Fredy llegó a su casa en cuanto pudo, pues, a pesar de que Alicia no le había contado nada de lo sucedido, él sospechó que algo no iba bien cuando la llamó por teléfono para preguntarle qué tal llevaba el día. Al ver su cara lo pudo confirmar.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó apresuradamente mientras le cogía la cara entre sus manos.

Las lágrimas brotaron de sus enrojecidos ojos. Le explicó lo mejor que pudo todo lo que había pasado. Al principio no podía creer lo que le contaba y se limitaba a consolarla alegando que se trataba de una pesadilla, nada más. Pero cuando le contó que Roberto le había dicho que continuara leyendo el diario y que ella le dijo que no podía, que se había deshecho de él pero que Róber le había dicho que no, que su amigo lo había llevado a casa y que lo había guardado, se le heló la sangre.

—¿Es verdad? ¿No lo tiraste? —preguntó indignada entre sollozos.

Fredy no podía contestar. Se había distanciado de ella, con los ojos como platos y la mirada perdida. Intentó sentarse en una silla, no se podía creer lo que acababa de oír. No le había contado a nadie lo del diario, ni siquiera a Jon, y mucho menos que lo tenía guardado.

—Contéstame, ¿aún lo tienes? Contesta, por favor —le insistía desesperada.

—Sí, aún lo tengo. Está en mi casa, guardado en un cajón de la sala, pero ¿cómo puede saber eso? ¿Cómo se ha podido comunicar contigo? Es imposible...

—¿Por qué no lo tiraste? ¿Por qué? —preguntaba una y otra vez sin entender el motivo.

—No lo sé, no pude. Pensé que tal vez podría servirnos de algo en un futuro. Salí de aquí con la intención de tirarlo, pero me sentí incapaz, lo siento, simplemente no pude y no te lo conté porque estaba convencido de que si creías que ya no existía, te olvidarías del tema y podríamos continuar con nuestras vidas, sin tornados, sin terremotos ni seres extraños.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¡Nada! Absolutamente nada, olvídate de lo que has soñado y sigamos con lo nuestro, por favor te lo pido. Ahora mismo voy a casa y lo quemo si así lo deseas.

—¿No me has escuchado? ¡No ha sido un sueño, ha sido real! Róber, de alguna manera, se ha metido en mi mente y no me va a dejar en paz hasta que le ayude.

—¿Y cómo le vamos a ayudar? Ni los buzos más experimentados dieron con él. Nadie habló de ninguna puerta en la montaña. Tal vez ha sido tu

subconsciente el que te ha hecho creer que ese Róber puede meterse en tu mente. Y lo del diario es posible que hayas intuido que no me había deshecho de él.

—¿En serio te crees lo que estás diciendo? Yo no puedo. Vete a casa y tráelo, al menos tenemos que terminar de leerlo.

—¿Estás segura?

—Completamente, vete cuanto antes, por favor, cariño.

—Si quieres, podemos ir juntos a mi casa y leerlo allí.

—No, tráelo. Siento que debe estar aquí.

—Está bien, vuelvo en un instante —dijo mientras se ponía el abrigo.

Abrió la puerta y se fue. Mientras tanto, ella intentaba recordar todo lo que Róber le había dicho. Sobre todo le pedía ayuda, pero también había dicho algo de su novia. En el diario no la había mencionado y no estaba segura de si en su sueño había dicho algo en concreto sobre ella, tan solo tenía la sensación de que la había nombrado y... ¡Eso era! Le había pedido que se pusiera en contacto con ella. No lo había recordado en todo el día, pero estaba casi convencida de que era eso. Desde que se había levantado a media noche, cansada de intentar dormir y no poder, había hecho todo lo posible por no pensar en las palabras de Roberto, que resonaban una y otra vez en su cabeza. En la oficina, había puesto la radio de fondo en el ordenador para acallarle, pero, en cuanto había hablado con Fredy de lo sucedido, recordó ese detalle.

Un rato y una tila después, regresó Aitor con el diario en la mano y cara de víctima por haberle ocultado que no se había deshecho de él.

—Aquí está, intacto. Lo guardé en un cajón y no lo he vuelto a sacar hasta ahora; no he leído ni una palabra más. ¿Quieres que empecemos ahora?

Ni tan siquiera le contestó, se limitó a cogerlo y, mientras buscaba la página por donde se habían quedado, se acomodó en el sofá. Él se sentó a su lado y la besó en la mejilla. Continuaba así:

Ellos dicen que nadie que entra vuelve a salir, porque podría poner en peligro su existencia. Les he jurado y perjurado que no hablaría con nadie de lo que he visto, ni siquiera con mi familia, que supongo me

echará mucho de menos y estará muy preocupada por mí. Pero no me han creído. Espero que si alguien encuentra esto, pueda leerlo bien. Está escrito sobre las hojas de una planta a la que llaman «telario». Es muy resistente e impermeable y la utilizan para hacer ropa y otras muchas cosas. Aquí no hay papel.

Toda la comida se consume cruda. No disponen de ningún medio que dé calor, ni estufas, ni cocinas, ni tan siquiera de fuego, por lo que ya he dicho: el humo no tiene por dónde salir. No me acostumbro a sus comidas, por llamarlas de alguna manera; cada día estoy más delgado y desnutrido, me encuentro débil y cansado. Cuando llegué, todo me olía fatal, pero ahora ni me doy cuenta. Apenas disponen de agua potable, ellos pueden digerir pequeñas cantidades de agua salada, es otra de sus mutaciones, pero yo, no, y estoy continuamente sediento.

Cada uno se encarga de una tarea dentro del poblado. A mí no me han asignado ninguna, dicen que cada cual debe hacer lo que mejor sepa o lo que más necesite la comunidad. De momento, me están enseñando todos los oficios para que elija uno. Yo no digo nada, pero todos los días voy caminando por las galerías para encontrar algún sitio por donde poder escapar. La gruta por la que entré siempre está llena de agua, no ha vuelto a bajar tanto la marea, y me han dicho que nunca más bajará así. Si alguien viera la entrada otra vez, podría ponerlos en peligro, así que, con su poder mental, no dejan que la marea baje hasta ese punto. Estoy harto de su sexto sentido, pero, por suerte, yo también lo estoy adquiriendo. Supongo que se meten en mi cabeza tantas veces que habrán dejado una puerta abierta a esa capacidad, al menos esa es mi teoría. Practico con ellos y se alegran de mis adelantos, solo espero que no sean capaces de leerme la mente a cada instante, pues si supieran que estoy escribiendo para pedir auxilio... No se me desarrollará tanto como a ellos, pero cada día va en aumento. Tengo que reunir todas mis energías y concentrarme muchísimo, y eso me deja exhausto. He conseguido ocultarles mis pensamientos. Cuando estoy con ellos, me comporto de manera que crean que estoy bien aquí, que he aceptado mi

nueva situación. Intento colaborar en todo lo que puedo, hablo con ellos, les cuento cosas del exterior, juego con los niños, cualquier cosa para que estén confiados y no sientan la necesidad de leer mi mente. Les he pedido permiso para escribir este diario, a modo de distracción, pero lo que ellos no saben es que el verdadero motivo es el de tirarlo al mar con la esperanza de que alguna persona dé con él. Cuando consiga deshacerme de mis «notas», me concentraré al máximo para que alguien las encuentre, las lea e intente ayudarme.

—¡Eso es exactamente lo que me pasó! Cuando encontré la caja algo me decía que la cogiera, que me la llevara. Después, cuando la abrí, intenté esperarte para leer juntos el diario y algo más fuerte que yo me impulsó a empezar sin ti. ¿Te das cuenta de que me está manipulando? ¡Esto parece una pesadilla y quiero salir de ella! —gritó desesperada.

—Intenta tranquilizarte, vamos a ir paso por paso. Primero terminamos de leer y luego decidimos qué hacer, ¿de acuerdo, nena? —La tranquilizó acariciándole el cabello.

—Está bien, terminemos con esto de una vez.

He encontrado un sitio. Es muy pequeño, pero cabe la cajita. Es uno de los agujeros de ventilación y por ahí no suele haber nadie. Cuando termine de escribir, iré hasta allí y la tiraré con disimulo; no sé si podré conseguirlo.

Estas personas, los subterráneos, me han demostrado que tienen buen corazón. Lo único que desean es vivir en paz y que no destruyamos el planeta. Pese a tenerme secuestrado, les estoy tomando aprecio. Se están portando muy bien conmigo, me dan de comer y me están enseñando sus costumbres. No quisiera que les ocurriera nada malo. No tengo derecho a arruinar lo que tantos años les ha costado: la libertad, porque aunque en un principio pueda parecer que están atrapados aquí y que viven sin las comodidades a las que estamos acostumbrados arriba, son libres, no tienen las ataduras que tenemos nosotros. Carecen de horarios, de dinero, no hay líderes, se dejan asesorar por los más ancianos porque

son los que más conocimientos y experiencia tienen. Viven en armonía, comparten lo que tienen, no saben lo que es la envidia, se ayudan mutuamente como si de una gran familia se tratase. Pero yo lo que quiero es volver a mi casa, con los míos.

Por eso, si alguien está leyendo esto, por favor, busca la manera de sacarme de aquí, pero no se lo digas a nadie y ten mucho cuidado, porque, aunque los subterráneos son buenos y lo último que quieren es dañar a nadie, cuando se sienten amenazados, pueden ser muy peligrosos. Me encantaría que le comunicarais a mi familia, a mi novia y a mis amigos que estoy bien y que les echo mucho de menos, pero es mejor que no, porque irían a la playa y serían capaces de hacer cualquier locura. Además, la gruta no va a ser accesible nunca más.

Sé que soy egoísta por pedirle a alguien, a ti, que ni siquiera te conozco, tu ayuda, sabiendo que corres peligro y que ni siquiera tengo la más remota idea de cómo salir de aquí. Pero aún tengo la esperanza de conseguirlo, y si no es así, me aliviaría el saber que alguien tiene conocimiento de mi situación, que de vez en cuando piensa en mí, en el lugar donde me encuentro. No sé, quizá me esté volviendo loco.

Gracias por todo. Róber.

Y así finalizaba el apasionante relato. La pareja se miró a los ojos, consciente del sufrimiento de su ya amigo Roberto Arteaga, sin saber qué hacer. Se plantearon entregárselo a la policía, pero sabían que nos les iban a creer e involucrarían a terceras personas.

—¿Y si hablamos con su familia? Tal vez tengan algún dato que nosotros desconozcamos, así también podríamos tantearlos y decidir si les contamos lo que sabemos.

—Me parece buena idea, no perdemos nada por intentarlo —contestó él, aunque sin muchas esperanzas.

—Es lo único que se me ocurre —declaró Alicia encogiéndose de hombros.

Sin pensárselo dos veces, cogieron el coche y se fueron a Bilbao, en busca del semáforo con el cartel de «desaparecido», donde al menos constaba un

número de teléfono.

Pararon el coche justo en el semáforo y, mientras Alicia apuntaba el número a toda prisa, los vehículos que venían por detrás pitaban casi al unísono en tono de protesta. Volvió al coche y fueron a una zona más tranquila para llamar.

Fredy no sabía muy bien por dónde llevar la conversación, pero la habilidosa administrativa, acostumbrada a hablar con todo tipo de gente, cogió el móvil y no dudó un segundo.

—Hola, buenas tardes. Disculpe la molestia, me llamo Alicia y estoy haciendo un estudio sobre personas desaparecidas en las costas vascas. ¿Es usted la madre de Roberto Arteaga? —preguntó con la mayor de las solturas, sin titubear, como si fuese una investigadora de verdad, a lo que su novio no daba crédito.

Se había quedado mirándola totalmente estupefacto, contemplando la labia que tenía y la convicción con la que hablaba. Al otro lado solo había silencio.

—Disculpe, ¿está usted ahí? —preguntó sabiendo que su interlocutora se mantenía callada al otro lado de la línea.

—Sí, estoy aquí. En efecto, soy la madre de Roberto. ¿Sabe algo de su desaparición? —preguntó.

—No, en realidad no hay nuevos datos, pero me gustaría poder hablar con usted; tal vez, sin darse cuenta, nos dé alguna pista que nos pueda ayudar en nuestra investigación.

—¿Es usted policía? —inquirió extrañada.

—No, no. Soy una investigadora privada y escribo sobre casos como el de su hijo. Además, tengo un equipo y a veces hemos podido colaborar con la policía. ¿Cómo se llama usted? Si no es indiscreción.

Fredy cada vez estaba más maravillado, desconocía esa faceta suya. En su vida privada no se comportaba con ese desparpajo, pero en el trabajo era su día a día. Lidiaba con clientes, proveedores y banqueros, y esa locuacidad era una de sus mejores herramientas.

—Me llamo Karmele.

—Encantada, Karmele. ¿Podríamos concertar una cita?

—Sí, claro, cómo no. Hace tanto tiempo que no tengo noticias sobre la desaparición de mi hijo, que cualquier persona interesada de verdad es bienvenida.

Así fue como convenció a la madre de Róber para hablar con ella. Al día siguiente quedaron en una cafetería cerca de los Jardines de Albia. Allí estaba la señora, de unos sesenta años —o al menos eso aparentaba—. Un fular rosa era lo único alegre en ella. Su atuendo y la luz que desprendía eran grises. Tenía el aspecto de una persona cansada y triste. Removía el café con la cucharilla una y otra vez, mirando al vacío. Alicia se le acercó para confirmar que era ella. Fredy seguía sus pasos.

—Hola, ¿es usted Karmele?

—Sí, soy yo —contestó levantándose de la silla.

—Encantada, yo soy Alicia y este es mi colaborador, Aitor. Pero no se levante, por favor.

—Igualmente, hija. ¿En qué puedo ayudaros? Supongo que sabréis que mi hijo desapareció en el mar hace más de un año y se le dio por muerto al no aparecer su cuerpo.

—Sí, conocemos esa parte de la historia, la que salió en los medios de comunicación.

—He traído unas fotos de Roberto, tal vez las necesitéis, y también los recortes que salieron en prensa. No dicen nada relevante, nadie fue capaz de dar con mi pobre hijo...

Las primeras lágrimas asomaban irremediabilmente. Alicia, también afligida, le pasó un brazo por los hombros a modo de consuelo mientras esta se las secaba con un pañuelo.

—Muchas gracias. Si no le importa, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre aquel día y sobre los amigos que le acompañaban.

—Esa es otra. El día que desapareció mi hijo estaba con dos de sus amigos: Andoni y Gari. Pobrecillos, lo pasaron fatal, se sentían responsables por haberle perdido de vista en el agua, pero el destino se lo hizo pagar bien caro, ya lo creo. Unos días después, fallecieron en un accidente de tráfico a causa

de una repentina tormenta. Fue una auténtica tragedia, tres jóvenes en la flor de la vida...

Hacía todo lo posible por ocultar el escalofrío que acababa de sentir. Miró a su colaborador y este tenía la cara descompuesta, ambos creían saber quiénes habían sido los causantes.

—Lo siento muchísimo, no teníamos ni idea.

—Los pobres se estaban volviendo locos yo creo, no hacían más que repetir que habían visto una pequeña cueva en la roca y que Róber se había metido en ella. Los días de búsqueda hubo mucha marejada, pero, aun así, los servicios de rescate y la *Ertzaintza* nos aseguraron que allí no había ninguna cueva. No sé, siempre he confiado en esos chicos, eran amigos de Róber desde pequeños y no los considero ni mentirosos ni fantasiosos. Tal vez el alcohol y la oscuridad de la noche les jugó una mala pasada y creyeron ver la dichosa cueva, la que supuestamente mi hijo decidió ir a explorar. Siempre tan intrépido... Pero era un magnífico nadador, no entiendo cómo no pudo llegar a la orilla, tampoco había marejada, según dijeron. Aún conservo varios trofeos de natación de cuando era niño.

—Señora —habló Fredy por primera vez—, ¿su hijo tenía novia?

—Ay... Cárol, mi niña... Ella también ha padecido lo suyo, sobre todo después de darse cuenta de que estaba embarazada de mi hijo.

—¿Estaba embarazada? —preguntó casi gritando una Alicia demasiado impaciente—. Perdone por preguntarlo así pero me imagino que no habrá sido nada fácil para ella.

—No, al principio no lo aceptaba, decía que no podía haber muerto, que ella lo sentía vivo. Se querían muchísimo, hacían tan buena pareja. Y dos meses después se dio cuenta de que estaba embarazada. Tengo un nietito; Robertito le llamamos. Es la viva imagen de su padre, es como volver a tenerlo conmigo otra vez, es lo único que me queda de mi hijo. Cárol todavía no ha superado su muerte, pero lucha cada día por su pequeño. Yo la ayudo en todo lo que puedo y sus padres, también.

—Enhorabuena por su nieto entonces.

—Muchas gracias, guapa. Cuando mi nuera vino a casa y me dijo que estaba

embarazada, no sabía ni qué decir. Por una parte sentí una inmensa alegría, pero, por otra, una enorme pena, porque mi hijo nunca iba a conocer a su bebé y ese niño jamás conocería a su padre.

Las lágrimas volvieron de nuevo y pensó que ya le habían hecho pasar suficiente mal rato a la desconsolada madre. Se despidieron de ella y le dijeron que la avisarían si conseguían algún nuevo indicio.

Una vez en el coche, pudieron hablar sobre lo que acababan de oír.

—Por eso Róber me pidió que me pusiera en contacto con su novia, de alguna manera tal vez sepa que ha sido padre.

—Han matado a sus dos amigos porque sabían lo de la entrada. ¿Cómo vamos a poder ayudarle nosotros? ¡Nos matarían también! Y eso no lo voy a consentir, eres lo mejor de mi vida y no permitiré que corras ningún riesgo, ¿me oyes? —le advirtió, mirándola a los ojos mientras la cogía de los hombros.

—Yo también tengo mucho miedo; me gustaría olvidarme de todo esto, pero Róber se mete en mi cabeza pidiéndome ayuda. Es desesperante...

Se fueron al estudio, pasando primero por casa a recoger a la pequeña teckel. Dieron un corto paseo por el parque de Bas, intentando despejarse, aclarando sus ideas. Tiraban la pelota y Bas corría tras ella indiferente a los pensamientos de sus acompañantes. Después se pusieron manos a la obra. Alicia daba las últimas pinceladas al bodegón de calabazas, que ya daban visos de que iban a pudrirse no tardando mucho, y Fredy había empezado un nuevo cuadro, pero no quería que su novia lo viera, iba a ser una sorpresa. Al marcharse, lo bajó del caballete y lo puso de cara a la pared con sumo cuidado para que no la rozara y se estropease. Alicia observaba el mimo con el que lo trataba, sonriendo por el misterio que le estaba dando. Mientras cerraban la puerta, le preguntó:

—¿Por dónde podemos seguir ahora? ¿Hablamos con Cárol? —preguntó Alicia.

—Sería la mejor opción, pero no me parece bien hacerle pasar un mal trago, su suegra ha pasado un rato bastante desagradable y ha estado llorando al

recordar todo lo sucedido. ¿Realmente podremos sacar alguna conclusión que nos permita ayudarlo? No lo creo.

—No se me ocurre cómo echarle una mano. Me parece que es imposible del todo, pero si hablamos con ella, si agotamos todas las posibilidades, tal vez de alguna manera Róber podría saberlo y dejarme en paz.

—No lo había pensado... —Se quedó cavilando—. Podría funcionar. Tiene que ser consciente de que estamos atados de pies y manos, de que no podemos hacer nada por sacarle de donde se encuentra.

—Voy a llamar ahora mismo a Karmele para pedirle su número, en caliente.

—Perfecto —la animó, mientras arrancaba el coche.

El rocío ya había cubierto el coche. Encendió la calefacción y accionó el «limpia» para poder ver la carretera. Bas se hizo una bola en el asiento de atrás y Fredy la tapó con su mantita mientras Alicia sacaba el móvil del bolso. Recordó cuando le hablaba de «su muñeca», de todo lo que la quería y de lo importante que era para ella. Fredy no entendía cómo podía querer tanto a un animal, pero al conocerla y pasar ratos con ella, él mismo había empezado a sentir lo mismo por la adorable perrita.

La madre de Róber le dio el teléfono sin ningún recelo. No tenía esperanzas de que algún día se esclareciera la desaparición de su hijo, pero si alguien estaba dispuesto a ayudar, no sería ella quien que pusiera trabas. De inmediato, Alicia se puso en contacto con ella, de camino a casa.

—Hola, buenas noches, ¿Cárol?

—Sí, soy yo. —De fondo se oía al pequeño Róber llorando.

—Me llamo Alicia, estoy haciendo un estudio sobre personas desaparecidas...

—¿Eres la que ha hablado con mi suegra? —la interrumpió Cárol.

—Efectivamente. Perdona las horas, pero nos gustaría hablar contigo. Si te parece, podemos quedar mañana, o cuando te venga bien.

—La verdad es que ando muy liada con el trabajo y el niño. Si quieres, me puedes preguntar ahora, por teléfono, mi madre está cuidando del bebé.

—Ah, bueno, pues como prefieras. —Se sorprendió gratamente por el interés que mostraba, creía que tal vez estuviera más reticente a colaborar.

Al no haber estado ella presente en la desaparición, no podía arrojar mucha luz sobre el caso, pero eso era lo de menos. Era un intento desesperado por complacer a Roberto y que se olvidara de ella. Corroboró lo buen nadador que era, el accidente de sus amigos y que no sabía que estaba embarazada cuando ocurrieron los hechos. Lo único que le llamó la atención fue que no dejaba de repetir que para ella aún estaba vivo. A pesar del informe policial, donde se le daba por ahogado y desaparecido, del homenaje que le hicieron en la playa y del tiempo que había transcurrido desde aquel fatídico día, Cárol aseguraba que le sentía vivo.

—A mi suegra ya no le comento nada del presentimiento que tengo de que su hijo sigue con vida en algún lugar. Yo misma no me lo puedo creer, sé que es imposible, pero así lo siento. Tal vez sea la manera que tengo de seguir adelante, pero cuando se lo he comentado a Karmele, ella me ha asegurado que no siente nada, ni si está vivo ni si está muerto. Y no quiero hacerla sufrir más, bastante tiene la pobre. Menos mal que Robertito le ha devuelto las ganas de vivir. Os sonará a locura, pero no es algo que yo haga voluntariamente, tan solo siento que está ahí, en alguna parte.

Al otro lado de la línea, Alicia se quedó perpleja. Cada pieza iba encajando en el rompecabezas. Róber le había dicho que se pusiera en contacto con Cárol y, después de averiguar el motivo, la oía decir que ella le sentía vivo. No podía estar más convencida de que el desafortunado Róber seguía con vida en alguna parte, bajo tierra.

Le costó trabajo y morderse los labios no soltarle a bocajarro todo lo que sabía, pero no lo hizo, no quiso ponerla en peligro ni a su hijo tampoco. Le dio las gracias de forma educada y, tal como hizo con su suegra, le aseguró que si descubrían algo, se lo harían saber de inmediato.

Se quedó mirando al vacío, taciturna. Fredy la observaba en silencio. Por la parte que había oído de la conversación, sabía que le había costado no contarle todo a la joven madre.

—No me apetece ir a casa sola aún. ¿Qué te parece si vamos a cenar a la playa un plato combinado? —propuso Alicia.

—¿A la playa? —Se asombró—. Creía que no querías acercarte por allí. Si

quieres, vamos, aunque la verdad es que preferiría ir a cualquier otra parte.

Era algo que hacían de vez en cuando, ir a comer a uno de sus varios restaurantes.

—Tal vez sea lo mejor. No me hagas caso. No, no quiero ir a la playa, claro que no. De hecho, no sé si algún día podré volver a pisarla. Perdona, pero mi cabeza va a mil revoluciones, no puedo dejar de pensar en todo lo que sabemos, en la voz de Róber exigiéndome ayuda, el llanto del bebé... Es como tener a dos Robertos en la cabeza. Veo la entrada de la cueva a todas horas, la tormenta que hubo después, el temblor de tierra, la posibilidad de que somos...

Estaba tan alterada que Fredy paró el coche en cuanto pudo. Se bajó de él, fue hacia la puerta del copiloto, la abrió, la cogió de la mano, invitándola a salir, y la abrazó con fuerza. Estaba como ausente, sumida en sus pensamientos. La besó y le dijo que la quería. Entonces, ella le miró a los ojos, le abrazó con todas sus fuerzas y se sintió reconfortada.

—Te propongo que pasemos por tu casa, cojas lo necesario para pasar la noche y vayamos a la mía. Así cambias de escenario —le sugirió cariñosamente, con la esperanza de que no volviera a soñar con Róber.

—Me parece buena idea. Vamos a Gallarta a por algo de ropa y después vamos a tu casa, pero cocinas tú, ¿eh?

Ambos rieron al fin. Alicia era consciente de la suerte que tenía con Aitor. Su apoyo se había vuelto esencial en esos momentos.

—¿Sabes? —le preguntó—. Si no estuvieses conmigo, no habría podido soportar todo esto, me habría vuelto loca.

—No pienses en eso ahora, siempre estaré contigo, no he querido otra cosa desde que te conozco. Aunque antes no fuésemos pareja, siempre te he apoyado e intentado ayudar en todo lo que me permitías.

—¿Por qué no me lo has dicho nunca antes? ¿Por qué has esperado hasta este momento para declararme tus sentimientos? —le preguntó directamente.

—Ahora me arrepiento de no haberlo hecho, la verdad, pero siempre he estado convencido de que tú no sentías lo mismo, además, te veía

inalcanzable. No quería incomodarte y me daba pánico que te alejaras de mí por eso. Me conformé con tu amistad.

—Tal vez este haya sido el mejor momento —dijo abrazándole.

El estar en otra casa, en otro pueblo, la ayudó a evadirse de sí misma. Se entretuvo echando un vistazo a la pequeña colección de libros, comparada con la de su padre. Estaban colocados de manera caótica e intentó ordenarlos para distraerse. Mientras, él se afanaba en hacer una cena medianamente aceptable. No le disgustaba cocinar, pero como vivía solo, no se molestaba en elaborar grandes platos, sin embargo, esa noche se había propuesto agasajar a su invitada.

—Nena, voy a bajar un momento al súper a por algunos ingredientes. No tardo nada —le comunicó.

—No hace falta, con cualquier cosa bastará.

—Quiero hacerte una cena en condiciones. Tú ojea los libros, pon música o lo que te apetezca, vengo ahora mismo.

—Vale... Pero no tardes —claudicó. Mientras, intentaba localizar el libro del que no recordaban el título y daban por perdido.

Por mucho que rebuscó entre ellos, no lo encontró. Disponía de una buena muestra de tomos de ufología, actuales y antiguos, con teorías de todo tipo. De algunos de ellos no había oído hablar nunca. Recordó con cariño aquellas tardes de principios de primavera, cuando iban los tres a la playa de La Arena y se sentaban en una toalla bajo la sombra de los últimos setos antes de llegar a las dunas, rodeados de algunos de esos libros, mientras comentaban sus opiniones sobre los relatos que se narraban. Leían y merendaban mientras Bas jugueteaba por los alrededores. Se dio cuenta de que habían estado haciendo cosas de pareja sin serlo.

Podía hablar con su querido Aitor de cualquier tema, tenía una conexión especial con él. Se reprochó haber tardado tanto tiempo en darse cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Pero pensó que, aunque tarde, al fin estaban juntos.

A ella siempre le había interesado la ufología, pero a sus dos parejas anteriores, no. Cuando sacaba el tema porque había leído un caso reciente en

internet o adquirido un nuevo ejemplar, solían ridiculizarla, no creían algo así y se reían de las personas que contaban sus vivencias. Incluso la reprochaban que perdiera el tiempo en ello. Pero con él todo era diferente; él la comprendía, la apoyaba y creía en ella.

No se hizo de rogar. Entró en casa y fue derecho a la cocina dispuesto a cocinar un par de lubinas al horno, con patatas panaderas y una ensalada. Era una cena fácil, rápida y sabrosa. Y de postre unos *goxuas* de la pastelería sin alérgenos.

—¡Qué bien huele! —dijo satisfecha al sentirse cuidada de nuevo. Atrás habían quedado las maravillosas cenas que su madre le preparaba con tanto cariño y esmero—. Seguro que está todo riquísimo.

—Eso espero. —Sonrió—. Últimamente no cocino mucho, así que si se me pasa el pescado, no me lo tengas en cuenta.

—Claro que no, pero estoy segura de que estará estupendo.

Volver a sentirse acompañada, cuidada y protegida la llenaba de felicidad. Después de quedarse huérfana, su vida había dado un vuelco brutal y, a pesar de haber tenido novio durante algún tiempo, jamás había vuelto a experimentar la sensación de hogar, de no estar sola realmente, de sentirse arropada. Nuria la había ayudado mucho, estuvo muy pendiente de ella los primeros meses, pero el vacío que sentía no había podido llenarlo hasta ese momento. Daba gracias por haberse encontrado a aquel chico en la academia de pintura, por que hubiera insistido tanto en que compartieran estudio y por que se hubiera enamorado de ella.

Rebuscando entre los libros encontró unos sobres en blanco, sin remitente, que parecían cartas. Se preguntó qué serían, pero no dijo nada.

—La cena está lista —dijo Fredy con voz triunfante colocando dos platos con sendas lubinas sobre una cama de patatas y cebolla.

—¡Qué pinta! Además, estoy hambrienta.

Mientras cenaban, Alicia no se pudo resistir y le preguntó sobre las cartas que había visto en las estanterías. Aitor se sonrojó, pues no recordaba su existencia.

—Vaya, ni me acordaba de que estaban ahí —contestó un tanto avergonzado.

—Disculpa, no era mi intención hacerte sentir incómodo. Al verlas entre los libros de ufología, he pensado que tal vez se trataran de artículos recortados de algún periódico o revista. No necesito ninguna explicación, en serio —le dijo posando su mano sobre la de él.

—No pasa nada, en realidad son cartas para ti.

—¿Para mí? —preguntó sin entender nada.

—Verás, espero no parecerte un cursi. Al de poco de conocerte, yo ya estaba loco por ti, pero, como ya sabes, no te dije nada. Sin embargo, sentí el impulso de escribir en papel mis sentimientos por aquel entonces. Nunca había hecho algo así y ahora me siento ridículo...

—Cariño... Siento mucho no haberme dado cuenta antes de que estabas hecho para mí, qué tierno eres —le dijo con una sonrisa mientras se levantaba de la mesa y se acercaba a él para besarle.

—Son tuyas si las quieres, pero no te rías, ¿eh?

—¿Cómo me voy a reír? Todo lo contrario, me encanta que hayas hecho algo así, no sabes cuánto.

Esa noche, en los brazos de su amante, pudo descansar. Tal vez Róber quiso respetar ese momento o, tal vez, se daba por ayudado al haber contactado con Cárol. Lo importante era que esa noche no la había visitado, aunque no esperaba mucho para volver a hacerlo...

Capítulo 8

—Qué intriga... ¿Cuándo me lo vas a enseñar? —preguntó señalando el cuadro en el que Fredy estaba trabajando. Se empeñaba en no dejárselo ver y la expectación iba creciendo cada día que pasaba.

—Hasta que no esté completamente terminado, nada.

—Al menos dime de qué se trata, dame una pista.

Sonrió al verla tan animada y con la impaciencia de una niña esperando a abrir su regalo de cumpleaños. Desde que habían hablado con la familia de Róber, no había vuelto a tener visitas nocturnas y cada día estaba mejor. Ya tenían fecha para la exposición y pasaban todo el tiempo que podían en el estudio finiquitando los últimos detalles. Quería exponer el cuadro que con tanto recelo ocultaba porque aseguraba que iba a ser su obra estrella.

—Me ha llamado Jon esta mañana, quiere que quedemos un día de estos. Ya le he dicho que andamos demasiado ocupados con la exposición, pero no deja de insistir.

—Pues dile que se pase un día por aquí, así no nos quita tiempo y estamos un rato con él —respondió con la cara manchada de pastel verde, semejjando una india.

La miró y esbozó una sonrisa al verle la cara, hasta con ella sucia le parecía preciosa. No quería compartirla con nadie, y menos con Jon. Desde la cena en Castro no le había vuelto a ver y no porque no se hubiera empeñado. Utilizaba cualquier excusa para quedar con la pareja, pero no para estar un rato los dos amigos solos. Este le daba largas, pero sabía que en algún momento tendrían que quedar.

—Vale, le digo que se pase por aquí un rato entonces.

No necesitó reiterárselo dos veces, al día siguiente se presentó en el estudio acompañado por una bandeja de pasteles veganos, sin lácteos, para su admirada amiga.

—Qué detallista eres, Jon, muchas gracias —le agradeció, mientras le daba dos besos.

Jon había entrado como un miura, ni siquiera miró a su amigo. Fue derecho a donde se encontraba la fascinante Alicia, vestido impecable, con barba de cuatro días, como le gustaba a ella, aunque nunca la había llevado así, sino todo lo contrario. Con la mejor de sus sonrisas, le entregó los pasteles con una tarjeta donde ponía: «Para endulzarle el día a la más dulce de las pintoras».

Se ruborizó al ver la nota y miró a su chico de reajo sin saber muy bien qué decir. Este no daba crédito al comportamiento de Jon, pero no dijo nada.

—¿Qué tal lo lleváis? ¿Tenéis todo preparado ya? —preguntó mientras ojeaba el paisaje en el que estaba trabajando la pintora.

—Prácticamente. Yo estoy con los últimos retoques y Fredy está terminando la que ha denominado su «obra estrella», pero no te molestes en pedirle que te la enseñe porque es *top secret* —le advirtió.

Jon, con cara de lelo, miraba cómo Alicia sonreía al hablar, cómo movía los labios, cómo sus pómulos se resaltaban y sus ojos brillaban. Tenía tantas ganas de verla que no era consciente de lo evidente de sus gestos. No parecía ni escuchar lo que decía, tan solo se limitaba a observarla.

—Ya sabes, Jon, tú tampoco puedes verlo —le comunicó por decir algo, no le estaba gustando nada cómo comía con la mirada a su novia—. ¿Qué tal está Amaia? Podías haberla invitado a venir —le preguntó, para que recordara que él ya tenía su propia pareja a quien regalar pasteles y mirar embobado.

—No, la he dejado.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? No me habías dicho nada. —Se asombró Fredy.

—Tampoco hay mucho que decir. Me he dado cuenta de que esa relación no iba a ninguna parte y he decidido ponerle fin.

—¿Ya está? ¿Así, sin más, de repente? —preguntaba cada vez más sorprendido por la frialdad con la que lo contaba.

—Sí. Y, cambiando de tema, ¿necesitáis ayuda para llevar los cuadros a Oviedo? Si queréis, os puedo echar una mano encantado.

Totalmente apabullada, no sabía muy bien qué decir. Observaba cómo su asombrado novio estaba atónito por lo que acababa de oír. Eran amigos de

siempre y le pareció extraño que no le hubiese comentado que tuviera problemas con Amaia. Además, se le veía feliz con la ruptura. Optó por mantenerse al margen y dejó que fuera él quien tomara las riendas de la conversación.

—No, tranquilo, no necesitamos ayuda. Me deja un compañero del trabajo su furgoneta, pero gracias. ¿Qué ha dicho Amaia?

—Eso no importa, además, no me apetece hablar de ese tema. Lo hemos dejado y ya está, ahora vuelvo a ser libre.

Cuanto más hablaba, más perplejo se sentía Aitor. Estaba empezando a pensar que podría haber dejado a Amaia para intentar conquistar a su novia, pero era su mejor amigo y, a pesar de que no le creía capaz, su conducta le tenía completamente desconcertado.

Un rato después empezaron a recoger, antes de tiempo, alegando que estaban cansados y querían ir a casa para acostarse pronto. La pareja se sentía incómoda con la actitud de su invitado. Al salir, Jon actuó de forma extraña. Había estado de lo más cordial, en exceso, pero justo en el quicio de la puerta, mientras se despedía, su cara se tornó seria, perpleja, como alarmada, su tono de voz cambió por completo y se marchó como ausente. No dijo nada, simplemente salió y se fue hacia su coche. Tanto Alicia como Fredy fueron conscientes de su repentino cambio y no sabían a qué se debía.

Después de dejar a Alicia en casa, los dos amigos quedaron un rato en una cafetería del Cerro para poder hablar a solas. Fredy le había dicho que quería comentarle algo y que le esperara en Gallarta.

—Voy a ser muy directo, ¿se puede saber qué te pasa? —preguntó sin ambages.

—¿A mí? —Se sorprendió Jon—. Nada, ¿por qué lo preguntas? ¿Por lo de Amaia?

—Por lo de Amaia, sí, pero sobre todo por Alicia. No me gusta la actitud que tienes hacia ella, así que córtate un poco.

Jon, totalmente abochornado, sin saber a dónde mirar, pues en realidad no era consciente de que hubiera sido tan transparente, le contestó:

—Perdona, tío, no es mi intención incomodarte, pero no lo puedo evitar, es

una chica excepcional. No me extraña que hayas estado casi tres años enamorado de ella sin querer estar con nadie aunque ella no te quisiera como pareja por aquel entonces. Y yo presentándote a Sonia...

—¿Te has enamorado de ella? —preguntó directamente.

—Creo que sí, lo siento. Nunca había sentido algo así por nadie, ya sabes que antes de estar con Amaia he estado con otras chicas y nunca me he enamorado de ninguna. Después quise sentar la cabeza, conocía a Amaia y pensé que con ella podría tener un futuro. Pero después de conocer a Alicia y sentir lo que siento, me he dado cuenta de que no podía seguir con esa relación, no estoy enamorado de ella, no la quiero. Ni siquiera puedo mirarla a la cara.

—Y me lo dices tan feliz...

—Lo siento, Aitor, es que estoy descubriendo una parte de mí que no conocía, pero te aseguro que jamás intentaría seducirla ni nada, no te preocupes por eso, sé que la quieres, ella a ti y yo a los dos. Eres mi mejor amigo, pero no puedo reprimir mis sentimientos. Supongo que algún día encontraré a alguien que me provoque lo mismo.

Ante tales argumentos, Fredy no sabía qué decirle. Entendía que su amigo se sintiera atraído el ella. «¿Y quién no?», pensaba. Estuvieron charlando un rato más y le pidió que fuera comedido, que no les hiciera sentirse incómodos, pues apreciaba mucho su amistad y no quería que se viera trunca.

—No te preocupes, intentaré mantener la distancia, pero es que me tiene totalmente fascinado —manifestó cabizbajo.

—¿Cómo te crees que me siento yo desde hace tanto tiempo? Te comprendo perfectamente, pero es mi pareja.

—Lo sé, no te preocupes.

—Y otra cosa, al marchar te ha cambiado la cara, has cambiado el semblante, ¿qué te ha pasado?

—Nada —contestó sin más explicaciones.

—Hombre, nada, no. Has estado todo el tiempo riendo, hablando y de lo más simpático, sobre todo con Alicia, y al salir, te has ido como si hubieras visto un fantasma, ¿por qué?

—Eso son apreciaciones tuyas, me he marchado como si nada, anda, deja de decir bobadas.

—Jon, ha sido más que evidente, ¿por qué dices que...?

—Fredy, me tengo que marchar, no estoy para interrogatorios absurdos.

Y sin más, se levantó y se marchó, dejándole con la palabra en la boca. No entendía esa actitud ni esas formas hacia él. Algo le había pasado y no quería contárselo. Salió de la cafetería tras pagar los cafés y decidió pensar que sería por lo que le provocaba Alicia y que se abochornaba al hablar de ello con el novio de quien le hacía sentirse así. Intentó olvidar eso último y centrarse en sus cosas, ya se le pasaría.

Al llegar a casa, la llamó y le contó lo que habían hablado. Esta se sintió halagada pero un tanto incómoda, pues no quería ser motivo de ruptura de la amistad que los unía.

—Será como tener un moscón de metro noventa, pero inofensivo —le dijo en tono jocoso para quitarle importancia.

—Si tú lo dices...

Al acostarse, tuvo la sensación de que no iba a poder dormir bien esa noche y no se confundió. No podía dejar de dar vueltas inquieta en la cama, pero un buen rato después empezó a llover y el sonido acompasado de la lluvia golpeando contra el alféizar de la ventana la relajó. Miró hacia la ventana y pudo ver las gotas atravesando el haz de luz de la farola por debajo de la persiana. Le gustaba dejarla un poco abierta para que entrase un poco de claridad y no permanecer completamente a oscuras. La lluvia causaba en ella una sensación de paz, similar a la de cuando paseaba por la playa. Poco a poco, la musicalidad de la lluvia al caer y el cansancio la acompañaron al país de los sueños. Eran más de las doce cuando al fin pudo dormirse, pero no por mucho tiempo. Róber volvió a visitarla.

Se agitaba entre sueños, perlas de sudor impregnaban todo su cuerpo y, en su mente, con más claridad que la vez anterior, desde algún recóndito lugar, Roberto la habló. Le pedía ayuda una y otra vez. Desconocía que había sido padre hasta que ella había hablado con Cárol. La noticia le había impactado y su desesperación por salir del agujero en el que se hallaba era más poderosa,

si cabe. Le rogó que quedara con ella una vez más, necesitaba conocer a su hijo, tenía la convicción de que, de alguna manera, podría verlo a través de sus ojos. Le agradeció que visitara a su madre, la había sentido algo avejentada por todo lo que había acontecido. Le daba las gracias constantemente, pero le suplicaba este último favor.

Alicia, entre sueños, le decía que no sabía cómo ayudarle y que tenía mucho miedo a lo que los seres que le tenían retenido pudieran hacer. Intentaba, en vano, alejarse de allí, despertarse. Sus brazos se movían agitados sobre su cara a modo de rechazo, la cabeza giraba a derecha y a izquierda, negando la evidencia. Róber insistía en que necesitaba ver a su hijo, en que le ayudara a salir de aquella jaula de piedra. El eco de su voz le retumbaba en los oídos, se tapó las orejas con las manos para dejar de escucharle. Lo último que le dijo es que precisaba ver a su pequeño, se le veía impaciente, nervioso. Entonces, observó cómo Róber giraba la cabeza bruscamente hacia un lado y vio a aquel ser ataviado con un trozo de tejido marrón, pálido, con unos ojos descomunales, grises, profundos, sin vida y con la cara encolerizada. Agarró al desvalido Roberto por el cuello con las dos manos sin dejar de mirarle con cara de odio y rabia y él le miró sorprendido, estupefacto y aterrado, sin hacer el mínimo intento de defenderse. Inmediatamente después, Alicia se despertó; el aterrador ser había roto la «comunicación» al aparecer en escena. El joven atrapado había perdido la concentración y Alicia pudo librarse de él.

Respiraba con dificultad, resollando; miraba hacia todas partes como si aquel individuo pudiera estar allí. El pánico no la dejaba pensar, estaba paralizada. Esta vez, la conexión había sido mucho más nítida. Pudo escuchar su voz perfectamente, su desesperación era tan evidente que se la había transmitido a ella también. El frío de la cueva, la humedad en sus huesos, la semipenumbra... Era casi como haber estado en aquella inexpugnable prisión. La visión del subterráneo la perturbaba, no podía quitársela de la cabeza, lo había visto, era real y no parecía de este mundo. Fue tan solo durante un instante, pero suficiente como para percibir con claridad el tamaño de aquellos aberrantes globos oculares. Recordaba la descripción que había

hecho Roberto en su diario, pero no se había imaginado que fueran tan sumamente gigantescos.

En cuanto pudo levantarse de la cama, se puso una infusión de valeriana, las tilas ya no le hacían efecto, y se acurrucó en el sofá. No quería volver a la habitación, como si por el hecho de quedarse en la sala pudiera impedir que Róber se pusiera en contacto con ella.

Daba la impresión de que aquel extraño ser le había sorprendido mientras hablaba con ella. Tal vez, al saberse padre y alterarse tanto, había descuidado el «muro» que construía en su mente para que los subterráneos no pudieran interceptar sus pensamientos. Además, parecía débil, enfermo, más demacrado que la última vez. Probablemente no viviría mucho más tiempo, aunque lo más seguro era que aquel dantesco sujeto ya habría puesto fin a su vida. Se estremeció al alegrarse de que si así fuera, todo habría acabado para ella.

Cuando sonó el despertador, ya estaba en la calle con Bas. Se había pasado la noche en vela dándole vueltas sobre si quedar con Cárol o no para que el padre pudiera ver a su hijo a través de sus ojos. No sabía si tal esfuerzo merecería la pena, pues desconocía si seguía con vida. Pero el miedo a la posibilidad de volver a soñar con él y sus horribles vecinos le hizo tomar la decisión de que así lo haría, era lo único que podía ofrecerle y eso no tenía por qué enfadar a los subterráneos, no tenía ninguna intención de contarle la verdad a la joven madre. Si había fallecido, todo habría acabado para ella, pero si no era así, no quería correr riesgos, así que decidió quemar el último cartucho que le quedaba. Tenía la esperanza de que con eso se diera por satisfecho y se olvidara de ella.

Al regresar a casa vio un mensaje en su móvil, era de Jon. Se disculpaba por si la había podido molestar la tarde anterior y le pedía que no se lo tuviera en cuenta. Le contestó que estuviera tranquilo, que no pasaba nada. No tenía cabeza para pensar en nimiedades de esa índole. Se jugaba mucho y no podía hacer nada por evitarlo. Tenía que ayudar al maltrecho chico al que una vez se le ocurrió la estúpida idea de entrar en una desconocida gruta por la noche. En otro momento, otra situación, tal vez le habría dado importancia a las palabras

de Jon y a su comportamiento, pero en ese instante cualquier cosa le parecía insignificante.

Sin tan siquiera desayunar y apenas maquillada, salió de casa. La mañana transcurría despacio en la oficina. Miraba los números de las facturas y era como si fuesen símbolos extraños, le resultaba imposible centrarse. Cuando llegó el jefe, le preguntó si se encontraba bien, pues su cara parecía la de una persona enferma y agotada. La invitó a que se fuera a casa lo que quedaba de mañana. Era un buen jefe, siempre se preocupaba por el bienestar de sus empleados. No le importaba que se ausentaran unas horas por un motivo justificado o que faltaran un día si no se encontraban bien, no les pedía que cogieran la baja, así como tampoco le daba importancia si tenían que quedarse alguna hora de más; decía: «Lo uno por lo otro». Fuera como fuere, le agradeció la invitación, recogió sus cosas y salió a la calle. El aire fresco la ayudó a despejarse un poco. Llegó a casa, cogió a Bas y se fueron a dar una vuelta por Gallarta. Tenía miedo de sentarse en el sofá, quedarse dormida y volver a pasar por lo de la noche anterior. Sin darse cuenta, habían llegado hasta San Fuentes; allí dieron la vuelta y subieron hasta el polígono industrial que estaba junto a la mina.

Estaba totalmente agotada, pero no quería volver a casa. Bas también estaba cansada por el largo paseo y dirigió sus pasos hacia el piso, pero Alicia continuó de frente. No podría soportar ver otra vez a esa alma en pena rogándole ayuda. Pero lo que más le preocupaba era la incertidumbre de si seguía vivo o si los subterráneos habrían cumplido su promesa. Según había contado, si le sorprendían poniéndose en contacto con el exterior, se pagaba con la muerte. No obstante, decidió continuar con su plan de ayudarle a conocer a su pequeño hijo. Se sentaron en un banco a descansar, cogió el teléfono y llamó a Cárol. Continuara con vida o no, haría lo posible por concederle su última voluntad.

—Hola, Cárol, soy Alicia otra vez.

—Hola, ¿habéis averiguado algo nuevo? —preguntó de inmediato.

—No, la verdad es que no, pero me gustaría que nos viéramos, ¿podría ser?

—¿Para qué? —se limitó a preguntar Cárol un tanto extrañada.

—Me gustaría hablar contigo sobre lo que dices de que sientes que Róber está vivo.

—Ya te lo he dicho, es un sentimiento que tengo, lo noto cerca, nada más.

—Lo sé, pero insisto, ¿podríamos quedar un ratito y así te pongo cara?

—No veo la necesidad, pero bueno, todo sea por que te quedes más tranquila. Soy de la misma opinión de mi suegra, si alguien quiere ayudarnos, bienvenido sea.

Respiró tranquila, no sabía si iba a aceptar y no se le ocurría ninguna excusa mejor. Odiaba mentir y sentía que estaba jugando con aquella pobre chica.

—¿Qué te parece esta tarde?

—Bien, si quieres, podemos quedar en mi casa, que Robertito está algo resfriado; además, esta tarde se va a pasar mi suegra por aquí.

—¡Perfecto! Allí estaré, muchas gracias.

Decidió que iría sola esta vez. No quería que Róber pudiera visualizar a Fredy, aunque tal vez ya lo hubiera hecho y por eso sabía que no se había deshecho del manuscrito. Le llamó por teléfono y le contó sus intenciones; este insistió en acompañarla, pero sabía que cuando Alicia tomaba una decisión, era mejor no llevarle la contraria, de nada servía. Pero después de contarle todo lo sucedido esa noche, era consciente de la importancia que tenía que viera a la pareja de Róber. Cada vez se complicaba más todo y temía por su amada. Aitor recordaba con qué ligereza habían tratado el tema de la ufología, cómo habían disfrutado al leer relatos de personas que habían vivido situaciones con humanoides o avistado ovnis. Ahora veía todo con otros ojos.

—Vamos juntos hasta Bilbao y yo te espero por allí mientras estás en casa de Cárol. Acepto que quieras estar sola durante la visita, pero, al menos, déjame acompañarte y estar ahí cuando salgas, que probablemente lo necesitarás.

—De acuerdo, eso me parece mejor. En cuanto termines de trabajar, ven derecho a buscarme y vamos a Bilbao. Necesito hacerlo cuanto antes y acabar con esta pesadilla. Creo que es la única ayuda que podemos ofrecerle.

Al ritmo de una anciana se dirigió a casa. A la luz del día le perturbaba menos entrar en su habitación. La cama estaba deshecha: el edredón tirado por el suelo y las sábanas arrugadas por completo eran lo que había quedado de la

noche anterior. Mudó la cama y se puso un sándwich de jamón por llenar el vacío del estómago. Con mucho esfuerzo y dos tazas de café consiguió engullirlo. Estaba derrotada, miraba al sofá con ganas de echarse en él hasta que llegara Fredy, pero la idea de que Róber pudiera volver la desalentaba. Se quedó sentada en la cocina haciendo *zapping*, bostezando cada poco a la espera de la nada apetecible cita.

A las cinco y cuarto llegó Fredy a Gallarta. Alicia le esperaba ansiosa, deseando que todo terminara, dando cortos paseos de un lado para otro en el pequeño parque junto a su casa.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Completamente —hablaba como quien debe hacer algo ineludible, como saltar al vacío para salvar a alguien, rescatar un bebé de un incendio o entrar en un quirófano a vida o muerte.

—¿Podrás controlarte y no contarle nada de lo que sabemos?

—No me queda otra, la pondría en peligro a ella, al bebé y a mí, además, dudo que me creyese. Y si así fuera, ¿qué podría hacer ella? Estate tranquilo, no le diré nada.

—Ahora que me doy cuenta, ¿para qué llevas la cámara? —preguntó al verla a los pies del asiento del copiloto. Había entrado al coche tan a prisa que no se había percatado de ella.

—Le voy a hacer unas fotos, y al niño también, si me deja, claro. Porque necesito acabar con esto. No quiero tener que volver a mentir a esa familia. ¿Y si Róber no puede ver a su hijo en el momento en que yo esté con él? No sé cómo funciona eso de entrar en las mentes ajenas —dijo con sarcasmo—. Voy a hacer fotos y a revelarlas a tamaño bien grande, las pondré en las paredes de casa y que las vea cuando quiera, pero que me deje en paz de una vez...

La angustia, el miedo, la impotencia, la incertidumbre... todo se aglomeraba en la preciosa Alicia. Y él no podía sentirse más enamorado y orgulloso de ella. El trayecto hasta la casa de Cárol se le hizo eterno. Le resultaba imposible estar quieta en el asiento, permaneció en silencio todo el viaje y miraba, sin ver, por la ventanilla. Por su parte, Fredy la observaba apenado, de reojo, sin saber qué decir. Quería ayudarla pero no hallaba la manera.

Deseaba que este fuera el último «encargo» de aquel desdichado chico y que se olvidara de su novia. La sensación de impotencia le embargaba, pero simulaba calma para no provocarle más desazón a su acompañante.

Aún no había terminado de parar el coche cuando abrió la puerta de sopetón y, con un simple «ahora vuelvo», desapareció en el portal de Cárol. Fredy, con la palabra en la boca, buscó aparcamiento y se dirigió hacia la calle donde estaba su novia, a la espera de la llamada que le confirmara el fin de la reunión. Sin darse cuenta, se estaba fijando en todas las farolas y semáforos, intentando encontrar algún otro cartel de Róber, pero no halló ninguno. Parecía cosa del destino que justo se toparan de bruces con el único que debía de quedar en todo Bilbao.

La puerta del portal estaba abierta, la señora de la limpieza la había dejado así para que se secaran las escaleras. Subió andando hasta el tercer piso, no tenía paciencia para esperar al ascensor. Dudó unos instantes antes de llamar al timbre mientras ordenaba en su mente todo lo que había pensado decir. Cuando estaba a punto de hacerlo, la puerta se abrió. Una joven de pelo castaño, delgada, con cara de haber vivido más años de los que realmente tenía, salió a su encuentro.

—Hola, ¿eres Alicia? He oído que había alguien en la puerta.

—Sí, hola, disculpa, estaba a punto de llamar.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí.

—Gracias.

Las dos jóvenes conectaron desde el primer momento. Comenzaron a charlar como si se conocieran desde siempre, como si fuesen amigas de toda la vida, resultaba muy fácil hablar con Cárol. Era una chica muy agradable y bastante alegre dadas las circunstancias, pero, como le había confesado, la procesión la llevaba por dentro, sobre todo por las noches. Intentaba llevar una vida normal y poder así ofrecerle a su hijo la mejor infancia posible.

En el salón había varios portarretratos con fotos de la risueña pareja y de Róber cuando era pequeño. En una de ellas, Cárol estaba subida a caballito sobre su novio en la dichosa playa de La Arena. La foto era inconfundible, Punta Lucero se veía a lo lejos. Lo que es la vida, pensó, toda la penuria que

estaba pasando y su chico se encontraba a pocos metros de aquella foto, si es que continuaba con vida. Reían como los dos jóvenes que eran disfrutando de un día de playa entre amigos. Los contemplaba con amargura, impotente por no poder contarle nada a aquella chica que tan hondo le había calado. En la pared del fondo, presidiendo la mesa del comedor, había una foto enorme de los dos Robertos cuando contaban con pocos meses de edad y, la única diferencia que se podía apreciar, eran la ropa y la calidad de la imagen. Realmente el parecido entre padre e hijo era increíble. Intentaba escudriñar cada rincón, cada gesto de Cárol, cada sonrisa, las imágenes del pequeño, todo, con la esperanza de poder transmitírselo al desafortunado padre.

Karmele se mostró también muy amable. Hizo café y sacó unas pastas. Alicia las declinó por su alergia y la respuesta que obtuvo le sorprendió realmente.

—¿Eres alérgica? —preguntó Karmele—. ¡Mi hijo también! —aseguró con alegría, como si se tratase de una buena noticia—. Desde pequeño le encantaban estas pastas; no llevan leche, y las seguimos comprando en su honor, aunque la verdad es que están riquísimas y no tienen nada que envidiar a las que llevan lácteos. Las venden por encargo en la pastelería que está justo en esta calle.

—En ese caso estaré encantada de probar una. —Sonrió con pena al averiguar que tenían aquel punto en común.

—Bueno, Alicia, ¿tú crees que servirá de algo la investigación que estáis llevando a cabo? —preguntó directamente Cárol.

—Esas cosas nunca se saben, pero, al menos, lo estamos intentando. Me gustaría hacerte algunas fotos con el bebé, si no te importa, para publicarlas. Te puede parecer prensa amarilla, pero a la gente le gusta y es la manera de llamar la atención. Tal vez así alguien pueda recordarle y arrojar algo de luz.

—La verdad es que no lo había pensado, nadie nos ha pedido tal cosa, ¿qué opinas, Karmele? —preguntó dubitativa.

—Hija, si a ti te parece bien, a mí también. Ha pasado más de un año, no creo que nadie le recuerde, pero no perdemos nada por intentarlo.

—Está bien, cuando se despierte el niño, puedes hacernos unas fotos.

Volvió a salir el tema de los fallecidos amigos de Roberto. Ambas

recordaban que no dejaban de repetir que habían visto una entrada y que el desaparecido había entrado en ella. Les contaron que uno de ellos mostró la herida que se había hecho con una roca, supuestamente, al intentar entrar en la cueva. Dijeron que habían estado esperando en la orilla a que Róber saliera, pero la marea subió muy rápido y la entrada desapareció bajo las frías aguas del Cantábrico. Gari, el que se arrepintió en el último minuto antes de entrar, intentó nadar hasta la abertura, no veía nada, estaba oscuro y tuvo que volver a la playa. Unas nubes habían tapado la luna y no había visibilidad. Llamaron a emergencias; los bomberos, una ambulancia y la *Ertzaintza* no tardaron en llegar, pero fue en vano.

Ante la insistencia, por parte de los dos amigos, de que Roberto había entrado en la roca y aprovechando que tenían que volver en coche a sus casas, los agentes les hicieron la prueba de alcoholemia y dieron positivo. Eso provocó que desestimaran su versión. Los expertos aseguraban que allí no había nada, tan solo rocas. Estaban obsesionados con la idea de que su compañero se había quedado atrapado dentro de la montaña.

A la mañana siguiente, bajo la luz del sol, tanto los servicios de rescate como voluntarios, buscaron con ahínco algún resquicio en la montaña por donde hubiera podido introducirse. Las labores de rescate no fueron nada fáciles, el mar estaba muy bravo y los especialistas corrieron muchos riesgos, pero evidentemente no hallaron nada.

Tres días después del incidente, Andoni y Gari cogieron el coche para ir hasta la playa, como cada tarde, a la espera de que su amigo apareciera vivo o muerto. Los *ertzainas* les habían comunicado que, por regla general, el mar devuelve los cuerpos a la orilla. Los expertos hicieron un estudio de las mareas para intentar averiguar hacia dónde podrían haber arrastrado el cuerpo. En ocasiones recorren cientos de kilómetros y aparecen en las costas de incluso otra provincia, pero nunca apareció. Hacía días que no llovía, pero, de regreso a casa, sin previo aviso, aparecieron unas nubes oscuras y descargaron cuarenta y cinco litros por metro cuadrado en poco más de media hora. Por la autopista circulaba un camión con una fuga de aceite que dejaba tras de sí un reguero negro y resbaladizo. En un intento por adelantar, Andoni y

Garikoitz, los desafortunados amigos de Roberto, pasaron justo por encima. Perdieron el control del vehículo, salieron de la calzada, colisionaron con la mediana y dieron tres vueltas de campana en las curvas de Zorroza. Ambos murieron en el acto. Ese fue el último día que pisaron la playa. La tormenta desapareció tan rápido como había venido, y lucía un sol intenso sobre el siniestrado coche con los dos únicos testigos de lo acontecido en la playa atrapados en él.

Cuando todo el mundo estaba compungido y centrado en la búsqueda de Róber, la tragedia volvió a azotar. Los amigos que acompañaban a Roberto en el momento de su desaparición morían tras visitar el lugar donde habían estado los tres juntos por última vez. La historia no tenía desperdicio, Alicia se sentía cada vez más insignificante ante el poder de aquellos seres capaces de manipular la naturaleza a su antojo.

No había pasado mucho tiempo cuando el llanto del bebé se oyó por primera vez. Su madre fue a buscarle a la cuna y se lo presentó.

—Este es Robertito, puedes cogerlo si quieres —le ofreció, amablemente.

No tenía costumbre de coger bebés en brazos, dudó unos instantes, pero pensó que sería la mejor forma de acercárselo más a su padre. Al tomarlo, sintió una fuerte punzada en la cabeza, en las sienes, acompañada un ligero mareo que pasó casi de inmediato. Temió que Róber se «personara» en aquel instante, pero, por suerte, no fue así. Contactaba con ella mientras dormía y no recordaba ni la punzada ni el mareo. El niño la miró a los ojos y, con una bella sonrisa, posó sus manitas sobre su cara mientras balbuceaba. Se le encogió el corazón y le costó un gran esfuerzo reprimir las lágrimas, que insistían en aflorar. Podía sentir la profunda tristeza que debía de estar padeciendo Roberto al no poder sostener ni un instante a su hijo, no poder conocerlo. Ambos sabían que jamás saldría de allí.

Tras hacerles unas entrañables fotos y jugar un poco con el adorable chiquillo, se despidió de aquella afectuosa familia, esperando que fuera para siempre. Les faltaba un hijo, un marido y un padre, pero tenían mucho por lo que estar agradecidas; era una familia muy unida y no les faltaría jamás el

apoyo ni el cariño. Ella solo tenía a Bas y a Aitor, pensó, aunque para ella era suficiente después de haber pasado los últimos años sola con su perrita.

Mientras bajaba por las escaleras del portal con las piernas temblorosas y el corazón encogido, llamó a Fredy para avisarle de que había terminado, pero, al salir por la puerta, allí estaba él; no se había alejado del portal porque sabía que saldría muy afectada y no permitiría que pasara un segundo sola. Echó a correr hacia él y le dio un abrazo. No pudo contener por más tiempo las lágrimas que ardían bajo sus párpados. Él intentó consolarla, le pasó un brazo por los hombros y con la otra mano agarró las suyas de camino al coche.

—Vámonos, nena, ya ha pasado. No quiero que vean por la ventana lo afectada que estás, no lo entenderían.

—Sí, vámonos de aquí, por favor; estoy que no me tengo en pie.

Una vez dentro, más calmada, le contó lo que habían hablado, lo mal que se había sentido al no poder contar lo que sabía, al darles falsas esperanzas, y la sensación que había experimentado al coger al bebé.

—Es muy probable que esta noche Róber haga su aparición, ¿quieres que me quede contigo? —preguntó en un intento por arroparla.

—No, no hace falta, creo que es mejor que esté yo sola, pero, tal vez a partir de mañana, podrías quedarte todas las noches en casa, ¿qué te parece?

Fredy se sorprendió gratamente, no se esperaba una proposición así en ese momento, aunque nada le haría más feliz que vivir con su idolatrada Alicia. No se lo había sugerido él antes porque quería esperar a que pasara todo lo que estaban viviendo; no quería darle más motivos de preocupación ni agobiarla y tenía tanto miedo de perderla, de hacerla sentir mal que intentaba dejarle espacio para que pudiera pensar.

Su respuesta fue un largo beso y una sonrisa después. Alegre como un crío, condujo hasta Gallarta, haciendo repaso mental de todo lo que tenía que recoger de su casa para instalarse en su nuevo hogar. Por unos instantes dejó atrás todos los problemas con el chico desaparecido. Sin embargo, ella no podía quitárselo de la mente. Esperaba ansiosa y temerosa la visita que diera fin a todo aquello.

Antes de llegar a casa, pararon para revelar las fotos. Eran bastantes y casi

todas muy buenas; había captado la esencia de la familia. La leve sonrisa de una madre observando con amor a su pequeño en brazos, con una mezcla de ternura y tristeza, era la descripción perfecta de cómo estaban viviendo esos agridulces momentos. Con la esperanza de que su padre pudiera percibir ese instante comentó:

—Pienso ponerlas por las paredes de la habitación, espero que funcione. ¿No te parece de locos? Si alguien nos contara todo esto, no nos lo podríamos creer.

—Seguramente, no, pero no pienses ahora en eso. Tal vez Róber ya no esté en este mundo, pero, por si acaso, tú límitate a relajarte; intenta dormir, que falta te hace, y crucemos los dedos para que todo acabe, al menos para ti. Hazle saber que no puedes hacer nada más, bastante has hecho. Tú no tienes culpa de nada.

—Lo sé, pero me siento tan responsable...

La pareja se despidió con el último intento por parte de Fredy de quedarse con ella para que no estuviese sola. Le había propuesto dormir en el sofá para no interferir, pero al menos estar cerca. Ella le dijo que creía que lo mejor era que no estuviese, que necesitaba hacerlo sola. Muy a su pesar, él también creía que podría ser lo mejor, si no, tal vez Róber no se presentara. Ella deseaba que lo hiciera y que, como agradecimiento a todos los esfuerzos que había hecho por él, la dejara de acosar.

Apenas probó bocado de la cena, no tenía apetito, pero sí sueño, así que, aun con miedo a lo que pudiera pasar, se acostó temprano. Colocó las fotos a los pies de la cama y dejó la lamparita encendida para que no se sumieran en la oscuridad, pues temía que no pudieran ser vistas desde la cueva. La farola junto a su ventana, como si presintiese lo que estaba por venir, parpadeaba incansable en un inútil intento por no fundirse. Bajó la persiana y se tapó hasta media cara con el edredón, como cuando era pequeña y alguna pesadilla la perseguía. Poco después cayó inmersa en un profundo sueño. Para lograrlo, intentó imaginar cómo sería la convivencia con Aitor, las cosas que harían juntos y el apoyo incondicional que tendría siempre; podría decir adiós a las solitarias noches. Por fin volvería a pasar las Navidades en familia. Desde

que sus padres fallecieron, las había pasado sola en casa, con Bas. Nuria había insistido en que fueran a celebrarlas con ella y sus padres, pero se opuso. No eran días felices para ella y no quería amargarle las fiestas a nadie. El primer año bajó su vecina Pilar a ver cómo estaba, con una tableta de turrón que comieron juntas, sin apenas mediar palabra. Pero las próximas iban a ser más alegres. La madre de Fredy había dicho que no podía venir y su padre estaría navegando. Estarían los tres solos, aun con eso, le parecía que iban a ser unas Navidades de lo más apetecibles.

Completamente dormida y tapada hasta arriba, comenzó a sentir frío y humedad, incluso apreciaba el olor de la cueva, a salitre rancio. El goteo constante de agua cayendo en un charco repiqueteaba a lo lejos. Todo estaba en penumbra y envuelto en una neblina que se fue disipando hasta que apareció Róber; seguía con vida. Era el encuentro más vívido de los que había experimentado. Estaba temblando, temerosa, intentando ver más allá.

—Gracias, amiga, muchas gracias por dejarme ver a mi hijo, ha sido maravilloso. No me puedo creer que sea padre y que nunca vaya a conocer a mi hijo. Lo he intentado muchas veces a través de Cárol, pero me ha sido imposible. Con ella no es como contigo, tú y yo tenemos un vínculo especial. Lo he intentado también con mi madre, pero tampoco lo he logrado. A Cárol creí que podría hacerle sentir que sigo vivo, y gracias a ti he podido comprobar que lo he conseguido. Intuí que podría estar embarazada pero no lo sabía a ciencia cierta, es todo muy confuso, sin embargo, contigo es como si estuvieras aquí. —Su voz era débil pero audible. Era la de una persona en sus últimos días.

—Me alegro de que hayas podido verlo. Tienes una familia maravillosa y tu hijo es encantador. Cárol lo cuida muy bien, tu madre la está ayudando, puedes estar tranquilo. He hecho lo que me has pedido y no puedo hacer nada más. Necesito que pares, no puedo seguir así, necesito dormir, si no, voy a enfermar, por favor, deja que siga con mi vida.

—Lo siento muchísimo, de verdad, pero eras mi única esperanza y digo eras porque sé que no voy a conseguir salir de aquí, no me queda mucho tiempo, estoy muy enfermo, no sé qué me pasa exactamente. Supongo que será una

mezcla de desnutrición, deshidratación, agotamiento y tristeza... Pero me estoy apagando, cada día me cuesta más andar, me duele al respirar y siempre estoy exhausto.

—No sé qué decirte, no puedo hacer nada por ayudarte y siento en el alma que no puedas estar con tu familia, no sabes cuánto.

—Sí que lo sé, pero no te preocupes más, de verdad. Estoy acabado, mis días se agotan y no puedo hacer nada por remediarlo. El otro día un subterráneo me sorprendió contactando contigo, me relajé demasiado y tengo que pagar las consecuencias.

—¿Qué te van a hacer? —preguntó.

—La verdad es que nada. Esta traición se paga con la muerte, pero me han dicho que no necesitan mancharse las manos de sangre porque ya estoy prácticamente muerto. Tú puedes estar tranquila, no van a tomar represalias hacia ti. Estuvieron largo rato intentando sonsacarme información, pero, por suerte, no lo consiguieron. No obstante, saben que no eres una amenaza para ellos. Tal vez el esfuerzo que supone bloquear la mente sea lo que está extinguiendo mi existencia —le explicó en un tono cada vez más cansado.

—No dejes que nos hagan daño, por favor —suplicó desesperada.

—No te preocupes, moriría por salvaros. Adiós, Alicia, gracias por tu ayuda.

Esas fueron sus últimas palabras. Después la niebla volvió, Róber desapareció entre ella haciéndose invisible lentamente y Alicia despertó. Al abrir los ojos, observó las fotos que tenía justo enfrente. Rememoró toda la conversación, cerró los ojos y deseó que aquel fuera el fin. Las lágrimas corrían por sus mejillas. El miedo, el pánico, la angustia y la incertidumbre daban paso a la pena, a la tristeza y a la impotencia por no poder hacer nada más. De alguna manera, le había tomado aprecio al joven bilbaíno. Tenía la sensación de que todo había acabado para ella, de que podría continuar su camino sin más sobresaltos. Despegó las fotos y las guardó con cuidado en una carpeta. No las quería tirar, pero sí deshacerse de ellas. Decidió enviárselas más tarde a la familia a modo de recuerdo y agradecimiento por la intromisión que había hecho en sus vidas.

Intentó descansar un poco más. Se acurrucó junto a Bas y pudo conciliar el sueño rápido, esta vez sin temor alguno. Se sentía en paz, tranquila.

Capítulo 9

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Nuria asombrada al ver a su amiga y al chico de esta sacando cajas del coche y llevándolas a casa.

—¡Fredy viene a vivir conmigo! —contestó entusiasmada con su antigua cara de siempre, alegre y más feliz que nunca.

—¿En serio? ¡Me alegro muchísimo! De verdad, enhorabuena a los dos — les deseó, sincera. Le tenía mucho cariño y no le gustaba que estuviera tan sola después de lo de sus padres.

En un par de días, Aitor estaba instalado en su nuevo hogar. La normalidad había vuelto a sus vidas. La exposición era inminente y cada día que pasaba, Róber iba quedando más atrás. No le olvidarían jamás, pero se esforzaban para no pensar en todo lo sucedido. Envió a Cárol las fotos que les había hecho a ella y a su hijo por correo, con una nota en la que les deseaba lo mejor y le comunicaba que no habían descubierto nada nuevo, por lo que, probablemente, dejarían el caso. Le dio las gracias y un abrazo para ella y su familia. Al recibirlas, Cárol entendió perfectamente que no siguieran investigando. Había pasado demasiado tiempo y perdido toda esperanza de que algún día apareciera el cuerpo o se averiguase qué había sucedido en realidad aquel fatídico día. Además, la sensación de que su novio continuaba con vida en algún lugar se estaba disipando. Pensó que sería debido a eso, al tiempo que había transcurrido desde la desaparición. No quiso llamar a la supuesta investigadora para agradecerle las fotos, se limitó a intentar olvidar y a continuar con su vida.

Alicia no podía ser más feliz. Los primeros días de convivencia estaban siendo los mejores de su vida. Fredy la cuidaba, la mimaba, la amaba y el sentimiento era mutuo. Se levantaban y se acostaban juntos, reían mientras cocinaban, disfrutaban de un rato de asueto mientras veían en la televisión algunas de sus antiguas películas de miedo y, en poco tiempo, habían formado

una familia los tres juntos. Aitor seguía viviendo en una nube, cada mañana al despertar y verla en la cama junto a él le parecía que estaba soñando. Se había imaginado ese momento tantas veces que aún le costaba creer que se hubiese convertido en realidad.

Faltaban dos días para la exposición, el estudio estaba lleno de plástico de burbujas, de precinto y de papel de embalar. Se afanaban en empaquetar las obras para llevarlas a Asturias. Los nervios y la emoción impregnaban el ambiente de expectación e impaciencia por comprobar si tenían éxito.

—Supongo que podré ver el misterioso cuadro antes de que lo embales — preguntó intrigada.

—Sí, claro; este es el momento perfecto, es el último por empaquetar. Cierra los ojos, anda —le pidió mientras lo cogía.

—¿En serio? —rio divertida.

—En serio, venga, cierra los ojos, por favor.

—Vale, ojos cerrados.

Colocó el cuadro en un caballete a la altura de su visión y le dijo que ya podía mirar. Nada más abrirlos se quedó estupefacta contemplándolo. Permanecía en silencio, inmóvil, cuando, de nuevo, un escalofrío se apoderó de ella. La obra era impresionante, un cuadro perfecto, tanto que todo el estudio se tornó oscuro; solo podía mirar aquel lienzo que se había convertido en una ventana al pasado. Podía oír las olas y sentir el viento, y el olor a mar volvía a entrar sin permiso en sus fosas nasales. Al fondo estaba de nuevo Punta Lucero.

Era un lienzo 80 marina, de 89 × 146. En primer plano podía verse una chica pelirroja de espaldas, con la melena mecida por el viento. Frente a ella, una playa, pero no una playa cualquiera, sino la solitaria playa de La Arena, su playa, con su inconfundible arena rojiza, teñida antaño por el mineral de hierro, y los viejos cañones oteando a lo lejos. Nubes amenazantes, con infinidad de tonos grises cubriéndolo todo, un relámpago a lo lejos y la marea baja, sombría y turbia. Cielo y mar se fusionaban en el horizonte en un abrazo imposible de distinguir dónde empezaba uno y acababa el otro. Todo ello, envuelto en una ligera bruma marina, ofrecía un aspecto lúgubre y frío. Era una

estampa casi bucólica, de un realismo espectacular. Los brillos bermellones de la melena ondeante parecían moverse, la arena volaba arremolinándose alrededor de la protagonista y el agua del mar daba la sensación de que iba a salpicar fuera del lienzo de un momento a otro. No se veía a nadie más, era la imagen de una solitaria playa en un oscuro, desapacible y frío día de invierno.

No podía pronunciar palabra. Se acercó al lienzo despacio, observando cada pincelada, cada rincón, cada detalle, sobre todo para asegurarse de si realmente la entrada a la cueva estaba allí. Al aproximarse, pudo contemplar que a la derecha de la chica, que entendía que era ella misma, había un pequeño perro, una teckel, con la típica pose de husmear. Se acercó un poco más y pudo contemplar una diminuta caja incrustada en la arena, ¡la caja! No podía creer lo que estaba viendo, era como volver a aquel día. Cerró los ojos y estuvo unos segundos con ellos cerrados intentando espantar el miedo que le sobrevenía, más intenso a cada instante. Por fin los abrió, giró un poco la cabeza hacia la izquierda y sí, allí estaba la entrada a la gruta. Era prácticamente igual a la que ella había visto, en el mismo sitio. Todo era idéntico. Miró con atención, expectante, por si de ahí estaba saliendo Róber o, mucho peor, un subterráneo. Realmente podía oír las olas, el viento. Volvió a mirar a la otra teckel, como si pudiera echar a correr y ponerse a ladrar. ¿Cómo había podido captar todo a la perfección, cada detalle?

—Alicia, Alicia, ¡Alicia! —repetía Fredy con insistencia.

Esta estaba frente al cuadro, quieta, ausente, sin oírle. No había manera de que despertara de esa especie de trance en el que se hallaba. Aitor cogió el cuadro del caballete, lo bajó y le dio la vuelta otra vez. Alicia, pestañeó varias veces, volvió en sí y le miró.

—¿Cómo has podido...? —preguntó con cara de asombro.

—¿A qué te refieres? ¿No te gusta? Eres tú en la playa, aquel día. He intentado ceñirme a lo que me contaste.

—Me refiero a eso, a cómo has sido capaz de captar absolutamente todo a la perfección. Ha sido como volver allí, ha sido raro, no podía dejar de mirarlo, oía las olas, el viento, hasta he sentido frío. ¿Ella es Bas? —preguntó señalando el cuadro del revés.

—Sí, sois vosotras, la caja y la entrada. ¿Te gusta?

—Supongo que sí, de hecho es buenísimo, pero no sé, me da miedo.

—¿De verdad? Si no quieres, no lo llevamos a la exposición.

—Sí, sí, claro que lo llevamos, el mundo tiene que ver tu arte en todo su esplendor. Es un trabajo excepcional. ¿Lo has hecho todo de cabeza? ¿O has ido a hacer fotos?

—De cabeza. Me conozco esa playa como la palma de mi mano, y a ti también —dijo dándole un beso.

—Quiero verlo otra vez, dale la vuelta.

—¿Segura?

—Sí, segura.

Volvió a colocar el lienzo sobre el caballete y observó su reacción. No había imaginado que le fuera a afectar de tal manera. A pesar de no haber estado presente aquel día, había oído varias veces la descripción de lo sucedido. Más que lo que le había contado su novia, era lo que le evocaba al oírla, las sensaciones que le transmitía lo que le había ayudado a realizar el cuadro y, por su reacción, había logrado su objetivo.

La dulce Alicia se acercó incluso más que antes. Se acordó de cuando era una niña y su abuela le ponía una caracola en la oreja para que oyera los sonidos del mar. Recordaba con mucho cariño las visitas a su casa. Jugaba con ella, reían juntas y compartían secretos de niña que no contaba a su madre, como cuando le daba un caramelo de cola a escondidas antes de comer. Ese lienzo hacía las veces de caracola, al acercarse podía oír el susurro del mar. Tenía un magnetismo que la atrapaba entre las ráfagas de viento, las partículas de arena, el frío metiéndose por la ropa. Atrás quedaba el cálido e iluminado estudio. Solo estaban ella y Bas en la playa, como aquel día. Era consciente del efecto que producía en su persona, de que estaba en el estudio, en Sopuerta, no en la playa, pero no podía escapar de allí. Miraba hacia los lados y veía más allá de los límites del bastidor. El turbio horizonte sombrío y gris, los vestuarios fuera de la arena, los ladridos de Bas llamándola junto a la caja. Se negaba a mirar hacia la entrada, no quería, le daba miedo, como si

fuera a salir algún subterráneo para llevársela y obligarla a permanecer para siempre en las entrañas de la montaña.

Estiró el brazo izquierdo con la intención de tocar el lienzo para asegurarse de que era un cuadro, no una puerta a otra dimensión que la llevase a ese lugar y a ese momento. Cuando sus dedos estaban casi rozándolo, la chica del cuadro, que era ella misma, giró bruscamente la cabeza y miró hacia atrás, hacia la verdadera Alicia. El pelo se movió violentamente dejando ver su cara, tan conocida pero tan distinta a la vez. Su boca se fruncía en una horrible mueca, de rabia, de odio, de amenaza, enseñando los dientes. Aunque eso no era lo más sobrecogedor. Sus ojos no eran los suyos, ¡eran los de un subterráneo! Enormes, grises, sin pestañas ni cejas, sin la parte blanca de los ojos, tan solo dos descomunales órbitas sobresaliendo de las cuencas, de un color gris nebuloso, como un tormentoso cielo invernal, sin vida, sin expresión alguna. Se clavaron en los suyos sin parpadear ni una sola vez.

Aterrorizada, gritó despavorida y cayó de espaldas en el frío y duro suelo del estudio, sin poder retirar la mirada de la espeluznante imagen. La otra Alicia continuaba mirándola, con mechones de pelo que le tapaban la cara parcialmente por el viento. Fredy se estremeció al oír el grito y verla caer. Se colocó entre ella y el cuadro, quitándole la visión del mismo, y se agachó para levantarla.

—¡Nena! ¿Estás bien? ¿Por qué has gritado así? ¿Qué te ha pasado? Cada vez que miras el cuadro, te quedas hipnotizada, no reaccionas, te estaba llamando, ¿no me oías? —le preguntó preocupado mientras retiraba el lienzo de su campo de visión.

—¡Se ha girado! ¡Ella se ha girado! —repetía una y otra vez señalando el cuadro—. Me ha mirado con una cara espantosa, con los ojos como los de los subterráneos, enseñándome los dientes.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó aturdido por lo que estaba oyendo mientras volvía a ocultar el cuadro.

—¡Que esa «Alicia» es una de ellos, no soy yo, y se ha movido!

—Cariño, eso es imposible, ha sido cosa de tu imaginación, te ha afectado demasiado volver a contemplar el sitio donde empezó todo. —Intentó

tranquilizarla, pero aun así miró hacia atrás para comprobar que el lienzo estaba tal y como lo había pintado él.

—Ha sido tan real... Estaba allí, en La Arena, no podía salir de la playa, no veía el estudio por ningún lado —decía temblando.

Bas también se había asustado. Se sentó encima de su ama gimiendo, creyendo que le pasaba algo.

—Es como si hubieras construido una ventana al pasado, o al presente, no lo sé, pero no puedo evitar sentir que me engulle. ¿Tú no sientes lo mismo?

—No. Y si hubiera sabido que te iba a afectar así, jamás lo habría hecho. Me voy a deshacer de él, se lo regalaré a alguien o, mejor, lo quemaré.

—¡No, por favor! No lo hagas. Quiero que lo lledes a la exposición, es el mejor trabajo que has hecho hasta ahora.

—¿Cómo lo voy a llevar? ¡Mira cómo has reaccionado! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento...

—No te disculpes, cielo, no pasa nada, es solo que no quiero que te perturbe así.

—Te juro que he visto cómo se daba la vuelta y me miraba —sollozaba.

—Te creo, pero solo ha pasado en tu cabeza, yo estaba a tu lado y no he visto tal cosa, es simplemente un trozo de tela manchado de colores, piensa eso.

—Menuda descripción —dijo esbozando una sutil sonrisa.

—Intenta tranquilizarte, bebe un poco de agua. Todo ha sido fruto de lo que has vivido, nada más. Otra persona habría acabado encerrada en un psiquiátrico si alguien se hubiera metido en su cabeza, como te ha pasado a ti.

Se quedó un rato sentada en el sofá, acariciando a Bas para que también se relajara. Miraba con recelo la marina, que parecía estar viva, cubierta con papel de estraza. Pensó que tal vez Róber sería el culpable, pero no había sentido su presencia. Se centró en lo que estaba haciendo, en el momento que estaba a punto de vivir, su primera exposición en una galería de arte y, además, en la mejor de las compañías. Mientras se serenaba, Fredy terminó de embalar y cargar todos los cuadros en la furgoneta que le habían dejado.

—Bueno, ya está todo —anunció triunfante—. ¿Arrancamos para Oviedo?

—Sí, vamos, ya me encuentro mucho mejor —le contestó todavía con el mal sabor de boca que le había dejado la experiencia.

Intentaba actuar como si no hubiese pasado nada, para no preocuparla más. Él sabía que solo había ocurrido en su cabeza, pero para ella había sido real, o eso quería creer. Estaba preocupado, temía que al final todo lo que había soportado le hubiera afectado de una manera irremediable.

Por el camino hablaron de si podrían colocar los cuadros a su gusto o se encargaría el galerista, de cómo serían los catálogos, de si acudiría mucha gente y de si habrían puesto unos precios justos. Ángel les había aconsejado que los precios no fueran elevados, pues, a pesar de prometerse buenos artistas, ni tenían nombre ni debían ser pretenciosos. Tampoco debían pecar de baratos, los clientes que acudían a las galerías para ampliar sus colecciones no se fiaban de los cuadros «económicos». La inauguración sería el viernes, cuando mucha gente finalizaba la semana laboral y empezaba a saborear el fin de semana. Pero no contaban con que acudieran muchos amigos, por la distancia a la que se hallaba. Algunos de ellos les habían dado la excusa de que era muy lejos; cuando expusieran en Bilbao, irían encantados. Pero no les importaba en exceso, lo primordial era estrenarse como pintores.

La feliz pareja depositó sus valiosos cuadros en la galería. Se trataba de un local modesto, pero estaba en una zona inmejorable. La muestra que había en ese momento eran esculturas de bronce, en su mayoría bustos. Se sintieron pequeños al ver los precios, pero también animados al comprobar que gran número de ellas estaban vendidas. Ángel les invitó a ver el fondo de galería, que es lo que se denomina a la exposición permanente, donde los artistas consignan algunas de sus obras sin pertenecer a una exposición puntual. No todo el mundo exponía una veintena de cuadros, algunos artistas llevan un trabajo o dos y los dejan allí para que los clientes puedan admirarlos y comprarlos.

Husmearon entre lienzos, acuarelas, pasteles, grabados y esculturas. Disfrutaron del momento, se sintieron parte del mundo del arte más que nunca. Visitaban de vez en cuando algunas galerías de Bilbao, pero ahora era

diferente, ellos iban a ser los protagonistas. Embelesados con tanto que ver y tanto que aprender, Ángel los llamó para presentarles al escultor que estaba exponiendo en ese momento. Tal y como hacen los pintores profesionales, se codearon con el galerista, el escultor y el amigo de este, también escultor. Estaban viviendo un sueño increíble y el hecho de vender obra o no había dejado de tener importancia. El darse a conocer, moverse por el mundillo y relacionarse con otros artistas resultaba lo más gratificante en aquel momento. Gracias a la conversación, no solo comenzaron a aprender a moverse en ese ámbito, sino que les proporcionaron el número de teléfono de otros dos galeristas de la zona, dedicados también al arte figurativo clásico.

Abandonaron el local en una nube, un mundo de posibilidades se abría ante ellos. Antes de regresar a casa, dieron una vuelta por las calles adyacentes y comieron un pincho en un bar. Al salir, se fijaron en que justo enfrente había una librería de segunda mano. Se miraron, sonrieron y, sin necesidad de mediar palabra, fueron derechos a rebuscar en el maremágnum de libros con la intención de encontrar alguno de su tema favorito. Ahora más que nunca ansiaban nuevas hipótesis sobre extraterrestres.

La librería la regentaba una simpática señora con un marcado acento asturiano, que nada más saludarlos dedujo que eran de Bilbao. Estaba repleta de libros, tantos que algunos se apilaban en el suelo, delante del mostrador. Las estanterías estaban a rebosar y, sobre el final del larguísimo mostrador en forma de L, descansaban varios de ellos de forma caótica.

—Esos están sin clasificar aún. Los voy colocando por temática —les informó la dueña—. Pero podéis echarles un vistazo si queréis.

—Muchas gracias —contestó el bilbaíno—. ¿Tiene sección de ufología? —preguntó pensando que probablemente no sabría ni lo que era.

—Uy, ya lo creo, mira tras de ti, todos esos que están junto a la columna.

Sorprendido por la respuesta, giró sobre sí mismo y se quedó maravillado al contemplar una veintena de ellos. Cada vez que entraba en una nueva librería, preguntaba siempre por lo mismo y, en más de una ocasión, le habían dicho que no sabían qué era la ufología; en otras donde conocían el tema no

disponían de ningún ejemplar. Cuando tenía la suerte de dar con alguno, solía ser de los que ya tenía en su modesta biblioteca de ufología.

Desecharon los que ya poseían y se llevaron el resto, sin mirar apenas de qué trataban, ya lo descubrirían tranquilamente en casa.

—Menuda suerte hemos tenido, ¿quién nos iba a decir que nos iríamos para casa con ocho libros nuevos? —comentó Aitor mostrando la bolsa donde los había metido la dueña de la librería.

—Pues sí, hace tiempo que no comprábamos ninguno. A ver de qué tratan, ojalá alguno hable de... Bueno, ya sabes de qué.

—Sí, ya lo sé. Ninguno de ellos es el que perdí, pero tal vez tengamos suerte y nos descubran algo nuevo.

Contentos con la adquisición, regresaron al *parking* donde habían dejado la furgoneta para volver a casa.

Tras empaquetar la obra, viajar a Oviedo, descargar la furgoneta y el regreso a casa, llegaron rendidos pero ilusionados e impacientes. Estaban emocionados por todo lo vivido durante el día, pero no se podían quitar de la cabeza el cuadro de la playa. No comprendían lo que había ocurrido, les resultaba increíble que un cuadro tuviera la capacidad de hacerla entrar dentro de él, pero, sobre todo, lo de la otra Alicia con ojos de subterráneo. Ella intentaba no pensar ni hablar sobre el tema, él, por su parte, hacía lo mismo. Había visto cómo quedaba atrapada por el cuadro, quería creer que era por todo lo que había vivido y estaba convencido de que con el tiempo se le pasaría.

Nada más llegar a Gallarta fueron a por Bas, que estaba al cuidado de Pilar. Una vez en casa Alicia se apresuró a colocar los nuevos libros junto a los otros de la misma temática en su balda correspondiente.

En la galería, tras cerrarse al público, Ángel empezó a recoger la exposición de las esculturas, pero decidió dejarlo para la mañana siguiente. Estaba interesado en ver lo que los jóvenes y prometedores pintores le habían llevado. Por instinto, fue directo a por el cuadro más grande, el que llevaba por título *Una puerta en el mar*. Lo abrió, lo apoyó contra la pared y lo observó con todo detalle mientras caminaba hacia atrás para tener una visión

global de todo el paisaje. Le pareció de un realismo impropio de alguien tan inexperto y con poca trayectoria. Casi podía oír el murmullo las olas y el rugido de un trueno; sentía que tenía alma. Supo de inmediato que se vendería casi al instante. Encantado con lo que había visto, volvió a taparlo y marchó a su casa pensando que iba a ser partícipe del nacimiento de una o, tal vez, dos estrellas. Eso era lo que más le gustaba de ese trabajo, dar a conocer a jóvenes promesas. En su haber tenía ya grandes y reconocidos artistas nacionales.

Provenía de una familia adinerada, con varios negocios y, aunque la galería le reportaba beneficios, para él era un *hobby*. La de Oviedo era la más pequeña, por donde filtraba los descubrimientos que hacía. Era dueño de una con mucho renombre en Madrid y de otra en Barcelona, donde solo permitía exponer a los mejores, y tenía la sensación de que al menos Aitor, iba a exponer en ellas. A la mañana siguiente comprobaría si Alicia también. Pero, por desgracia, no pudo ser así.

Al alba, aún en la cama, una llamada de teléfono le despertó con la desagradable noticia de que habían entrado a robar en la galería de Barcelona. Por suerte no había ninguna exposición, pero sí fondo de galería. Se levantó apresuradamente y cogió el primer vuelo que le llevara hasta allí. En el aeropuerto, llamó a Alicia para contarle lo sucedido y trasladarle la noticia de que la inauguración se tendría que posponer hasta el viernes siguiente. Le pidió disculpas y continuó con llamadas de teléfono para comunicar a los invitados el cambio de planes. Tenía un seguro que cubriría los gastos, pero no las pérdidas personales que suponía el trabajo de un artista. No sabía con lo que se iba a encontrar, pero sí que no estaría de regreso a tiempo para recoger la exposición de las esculturas y organizar la siguiente. Tenía contratado personal de limpieza, así como un gestor que llevaba las cuentas de sus locales, pero recoger y organizar las exposiciones era una labor que no consentía que nadie hiciera por él.

Al llegar a Barcelona, comprobó que no habían robado prácticamente nada del fondo, sí los ordenadores, la impresora y el aire acondicionado. También había destrozos en algunas tallas y lienzos, así como en los cristales que daban

a Las Ramblas. Además, habían dejado pintadas en las paredes del interior. Maldijo a quienes habían osado destrozar un sitio así. En «El templo del arte», como se llamaba la galería, solo exponían los mejores y acudía una clientela muy selecta; se movían grandes cifras de dinero. Entristecido, miró una por una las obras e hizo un listado con todas las inservibles y otro con las que podían ser retocadas, para ponerse en contacto con sus respectivos autores. No comprendía cómo no había sonado la alarma y, de haber sido así, por qué habían tenido tanto tiempo los ladrones antes de que acudiera la policía. Después supo que alguien la había desconectado y esta, lógicamente, no había hecho su función.

Afligida por la noticia, llamó a Fredy para darle la mala nueva. Este la animó para que no se preocupara, alegando que una semana antes o después sus obras estarían a la vista de todo aquel que quisiera verlas. A él no le apenaba tener que esperar una semana más, pues disponía de todo lo que quería en la vida. Habían tenido la gran suerte de que tras su exposición no había programada ninguna otra.

—Entonces saldré tarde, hasta la cena no creo que pueda llegar a casa. Tengo un montón de trabajo acumulado por no haber venido ayer; tendréis que dar el paseo vosotras solas, lo siento, nena —se disculpó, cariñoso.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente. Aprovecha para trabajar, que el viernes que viene sí que no vamos a estar aquí. Te esperamos en casa entonces.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

La mañana en la oficina transcurrió con normalidad. Les tuvo que comunicar a sus compañeras del trabajo, que tenían planeado ir a la inauguración de la exposición esa tarde, el incidente ocurrido. Ambas le dijeron que estuviera tranquila, que una semana pasaba rápido y que igualmente acudirían el próximo viernes. También avisó a Nuria, a los antiguos compañeros del estudio de Portugalete y al resto de asistentes.

Justo cuando llegaba a casa de trabajar, la llamó Jon.

—Hola, Ali, ¿qué tal ayer en Oviedo?

—Hola, Jon, ya sabes que no me gusta que me llamen Ali... —le volvió a decir. No lo hacía por molestarla, le salía sin querer—. Muy bien, pero esta mañana me ha llamado Ángel porque le ha surgido un imprevisto y hasta el viernes que viene no podremos inaugurar.

—Lo sé, me lo ha contado Fredy esta mañana. A mí me viene mejor el viernes que viene, todo sea dicho.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga, suelen decir —contestó con desgana.

—Oye, Alicia, me gustaría quedar contigo esta tarde, tengo algo que quiero darte.

—Esta tarde Fredy tiene que trabajar, ¿quedamos mejor mañana? —preguntó sin saber de qué se trataba lo que tenía que darle con tanto misterio.

—No, mejor hoy, es una sorpresa para él; me ha dicho que trabajará hasta tarde.

—Ah, bueno, si es así, está bien. ¿Dónde quedamos?

—Te paso a buscar yo sobre las cinco, ¿te viene bien?

—Sí, a las cinco nos vemos.

—No le comentes nada, que no quiero que adivine lo que te tengo que dar.

—Vale —dijo sin entender por qué tanto secreto—. Agur.

—Hasta las cinco —se despidió Jon sin disimular su alegría por estar a solas con la bella Ali, como le gustaba llamarla.

Capítulo 10

Antes de que dieran las cinco, Jon estaba llamando al portero automático del portal. Ella no le invitó a subir, bajó directamente con Bas, no le apetecía estar con él a solas en casa.

—Has traído a tu perrita, perfecto, así damos un paseo. —Se mostró complaciente.

—Sí, es su hora del paseo —le dijo dándole un beso a Bas mientras la dejaba con cuidado en el suelo—. Bueno, ¿y qué es eso que tenías que darme? —preguntó al no ver nada en sus manos.

—Qué impaciente; vamos, anda, ahora te lo doy, está en el coche.

Le acompañaron al coche y, al llegar, se quedaron esperando fuera, pero Jon las invitó a entrar. Al principio estuvo reacia, pero al final cedió.

—Venga, sube, así damos un paseo.

—¿A dónde? —preguntó sorprendida.

—Es una sorpresa.

—Qué misterioso estás hoy...

Subieron al coche. Al salir de Gallarta pasaron por Sanfuentes, lo cual le extrañó muchísimo. Se encaminaron hacia Zierbena, que linda con Muskiz. De hecho, la parte donde estaba la entrada a la cueva pertenece al municipio de Zierbena, la playa comparte ambos municipios. Empezó a sentirse más que incómoda, no pensaba que fueran a la playa, estaba convencida de que darían un paseo por el puerto, pero aun así estaba empezando a ponerse nerviosa. Desde que encontró la caja aquel nefasto día, no había vuelto a visitar el lugar. Además, aún no le había dicho de qué se trataba el supuesto regalo y la conversación durante el viaje había estado llena de evasivas.

—¿Vamos a dar una vuelta por el puerto? —preguntó inquieta. No le habían contado nada de todo lo relacionado con Róber y tampoco quería hacerlo en ese momento.

—No.

—¿A Santurtzi entonces? —volvió a preguntar, deseando que su respuesta fuera positiva.

—Estate tranquila, impaciente. —Sonrió, intentando eludir la respuesta una vez más.

Optó por callar, cada vez le gustaba menos lo que estaba pasando. Dudó entre coger el teléfono para llamar a Aitor o no, pero se sintió un poco avergonzada, al fin y al cabo era el mejor amigo de su novio y siempre se había mostrado amable y cariñoso con ella, no debía temer nada.

Bajaron por la carretera dejando a la derecha el desvío hacia Santurtzi y el puerto de Zierbena y llegaron hasta la playa. Alicia se puso tensa en su asiento, no quería volver allí, no sabía por qué Jon la había llevado precisamente hasta ese lugar. Cruzando los dedos y con el deseo de que pasara de largo, aunque estaba segura de que ese era el lugar elegido por Jon para el paseo, vio cómo el coche se adentraba en el *parking*.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué hemos venido a la playa? —preguntó fuera de sí agarrada, sin darse cuenta, con las dos manos al asiento del coche.

—A dar un paseo con Bas, ¿no es uno de tus sitios favoritos?

Se encontraba en una situación muy desagradable. No quería pisar la playa, le aterraba lo que pudiera pasar. Jon, haciendo alarde de su manía, dejó la llave del coche en el parasol, se bajó, soltó a Bas y abrió la puerta del copiloto ofreciéndole la mano a Alicia para que se apeara. No sabía qué hacer, si contarle lo que había pasado a unos metros de allí o callar e intentar volver a la normalidad de una vez por todas. Se sentía azorada solo con pensar en contarle el miedo que estaba padeciendo en ese momento.

Se armó de valor, respiró hondo, le dio la mano a su acompañante y, al fin, bajó. Miró con cautela hacia la playa, pero la distancia y las dunas le impedían ver nada, tan solo una pequeña pincelada azul de mar.

A modo disuasorio, le invitó a tomar algo en cualquiera de los bares que había fuera de la playa, pero Jon se negó, solo quería ir hasta la arena.

Tomó aire, intentó no pensar en todo lo ocurrido y se autoconvenció de que todo había pasado, de que alguna vez tendría que volver a dar largos paseos y

baños de sol en «su playa». Bas estaba como loca de contenta, parecía haber olvidado lo que había sucedido la última vez que habían estado allí. Estaba deseosa de correr por la arena.

Al igual que el infausto día, el aparcamiento estaba del todo vacío. También hacía frío, en invierno solía hacer viento y no cálido precisamente. Comenzaron a caminar, la estampa era preciosa, su querida playa seguía allí, como siempre. La marea estaba subiendo, ni rastro de la puerta, que fue el primer sitio hacia donde dirigió su mirada. Puso un pie en la arena y empezó a relajarse, era como si nada hubiera pasado días atrás. Las olas acompañadas creaban una vieja y conocida melodía; el aroma a salitre, la fría y fuerte brisa, la cara comenzando a helarse... todo volvía a estar en su sitio. Cerró los ojos por un instante, llenó los pulmones y pudo sentir la serenidad que le producía estar en aquel lugar.

Bas jugaba, corría y ladraba para llamar su atención. Se notaba que ella también había echado de menos los paseos por La Arena. Giró la cabeza hacia atrás y comprobó que eran los únicos visitantes: los tres y la inmensidad del mar.

Permanecía en silencio saboreando el instante, caminando despacio, sin prisa, disfrutando del momento. Le estaba agradecida a Jon por haberla llevado obligada, a pesar del mal rato que había pasado antes. Lo que desconocía era de qué se trataba eso tan importante que le tenía que dar y que no podía esperar. En teoría esa tarde iba a ir a Oviedo con ellos, se lo podría haber dado en ese momento. Entendía que al posponerse una semana no iba a verlos, pero ¿por qué no quedaba directamente con él?

Era él quien dirigía el rumbo. Por regla general, Bas iba por donde quería y ella caminaba tras sus pasos, pero esta vez no le dio la oportunidad, se dirigió directamente a la zona de las rocas, justo donde desapareció Róber, donde vio la puerta. Entonces Jon interrumpió el silencio.

—¿Es allí donde está la entrada a las galerías? —preguntó para asombro de Alicia.

Como cuando te caes a un pozo en sueños y justo antes de tocar el fondo despiertas, así despertó Alicia de su sosegado estado de ánimo. Le miró con

cara de asombro, intentando creer que había oído mal la pregunta. Pero Jon se había parado en seco y la estaba mirando de manera intimidatoria a los ojos, con una expresión en la cara totalmente nueva para ella.

—¿Es allí? —preguntó de nuevo, señalando el punto donde debería estar sepultada bajo el agua.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió balbuceante con la cara desencajada por completo.

No podía creer que lo supiera y que le preguntara tan alegremente, sin importarle que los subterráneos pudieran oírle de algún modo.

—Eso no importa. Solo quiero saber si es allí

Le costaba creer que Fredy se lo hubiera contado, ambos habían decidido no hacerlo y, de ser así, se lo habría comunicado. No entendía qué estaba pasando, se sentía aturdida, como en un mal sueño.

—¡Claro que importa! ¿Qué sabes de eso? ¿Te lo ha contado Fredy? —preguntó indignada con un nudo en la garganta, sintiéndose traicionada por la persona en la que más confiaba.

—No, no ha sido él.

—¿Entonces quién? —preguntó aliviada pero totalmente confundida. ¿Quién más lo sabía?—. ¿Eres consciente del peligro que estamos corriendo ahora mismo? ¿Qué sabes de todo esto?

—Ya te he dicho que solo quiero que me respondas, ¿cuál es el sitio exacto para acceder a las galerías?

—Me quiero ir a casa, ¡vamos, Bas!

—Aún no. Responde a la pregunta.

Jon se había vuelto un extraño para ella. No había un ápice de esa amabilidad que derrochaba en encuentros anteriores. Se mostraba serio, frío, distante, inquisitivo. Se había colocado frente a ella para impedirle el paso. Estaba aterrada, la pesadilla regresaba de nuevo cuando creía que todo había acabado. Volvió a llamar a Bas para marcharse de allí. No tenía coche, pero no le importaba, llamaría a un taxi que las alejara cuanto antes. Bas fue corriendo hasta ella y percibió que a su ama le pasaba algo. Dio un paso para

bordear a Jon y este se lo impidió. La agarró con fuerza del brazo y volvió a preguntarle:

—Dime si fue allí.

—Cuando me respondas tú quién te lo ha contado —le replicó, armándose de valor.

—Cuanto antes me digas por dónde entró Roberto, antes nos vamos.

Cada vez más sorprendida y con el miedo metido en el cuerpo, decidió contestarle para irse de allí lo antes posible.

—Sí, es ahí —contestó sin tan siquiera mirar hacia el lugar.

—¿Cómo era de grande?

—¿Por qué me preguntas todo esto? ¿Qué está pasando? Por favor, me quiero ir, ¡suéltame! —le gritó intentando zafarse de su brazo.

—Simplemente contéstame si podría entrar un aparato grande o solo una persona.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿A qué aparato te refieres? Era una puerta pequeña, creo que habría que agacharse para entrar.

—¿Los has visto?

Se le heló la sangre. ¿Quién era Jon? Estaba empezando a comprender que no era quien decía ser, que sabía cosas que no debería saber nadie.

—Dime, ¿los has visto?

—¿Por qué sabes todo esto? ¿Quién eres?

Mientras tanto y sin darse cuenta, la brisa se había tornado en un fuerte viento, el cielo había cambiado por completo, las lagunas azules y las nubes blancas habían desaparecido dando paso a un cielo gris, turbio, inquietante.

—Pertenezco a un selecto grupo que se dedica a la búsqueda de vida alienígena en nuestro planeta. Sabemos de la existencia de unos que viven bajo nuestra sociedad, ocultos, pero no cómo localizarlos. Cuando desapareció Roberto Arteaga, precisamente en esta zona, estuvimos investigando. Llegó a nuestros oídos que los amigos del desaparecido aseguraban que había entrado en una cueva y que después el mar la había ocultado. Teníamos casi la certeza de que por esta zona había algún pasadizo a su mundo. Creemos que se instalaron aquí hace mucho tiempo y queremos contactar con ellos.

Alicia se había quedado sin palabras, lo que acababa de escuchar la sobrepasaba. Jon no tenía consciencia de lo que eran capaces de hacer, del riesgo que estaban corriendo. Intentaba crear una pared en su mente, como hacía Róber, pero no podía dejar de escuchar al extraño que tenía delante ni de recordar lo vivido.

—Vámonos, por favor, estamos en peligro. No quiero saber nada sobre ese tema.

—Pero yo sí.

—¡Me has traído engañada! Voy a llamar por teléfono a Fredy ahora mismo. —Cogió el bolso como pudo con el brazo libre para sacar el móvil, pero Jon le se lo arrebató.

—Dámelo, por favor, deja que me marche... —suplicó con los ojos anegados de lágrimas.

—Últimamente Fredy estaba muy raro y presentí que me ocultaba algo. Por más que le preguntaba, no me contaba nada. Pero un día, sin querer, se le escapó un pequeño detalle y eso me hizo pensar que sabíais algo.

—¿Y por qué no le has preguntado a él? ¿Por qué me has traído a mí? —le gritó—. ¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño!

—Porque él no es especial, no tiene la sensibilidad que tienes tú. Cuando un día le invité a que viniéramos a la playa a cenar y me contestó que no, alterado, me saltó la alarma. Al preguntarle, me dijo que no querías venir a la playa y, sabiendo lo mucho que te gusta, imaginé que sería por algo grave. Volví a insistir y me comentó que habías tenido un percance muy desagradable aquí. Otro día me dijo que tenías un problema, aunque no quiso contármelo por más que persistí, y que lo estabas pasando mal. Después averigüé que habíais visitado a la familia de Roberto, me lo dijo un conocido que os vio por allí. Pero la clave fue cuando vi el esclarecedor óleo que mantenía Fredy en secreto.

—Ese cuadro...

—Sí, ese magnífico cuadro.

—Pero si no te dejó verlo... —le dijo, recordando la conversación en el estudio.

—No, pero antes de marcharme lo vi sin querer, Aitor no lo había tapado bien.

—¿Por eso te fuiste tan serio? ¿Qué más sabes sobre ellos?

De pronto, oyeron un ruido sordo, como una explosión que parecía que iba a partir la tierra en dos. Sintieron el temblor bajo sus pies. Las turbulentas olas del mar se aproximaban a pasos agigantados. Parecían vivas, furiosas; se acercaban a ellos cada vez más, intentado darles caza. Era como si una mano hubiera agitado bruscamente el agua contenida en una colosal bola de nieve. Los relámpagos iluminaban el cielo para dejarlo sumido tras ellos en una oscuridad impropia de esas horas. La arena volaba creando remolinos que golpeaban sus rostros sin compasión. Bas se puso de pie apoyándose en las piernas de Alicia para que la cogiera en brazos.

Por última vez miró hacia atrás, hacia la entrada, creyendo por un momento que los subterráneos irían a por ella. Cogió a Bas, le arrancó el bolso a Jon, se zafó de su apresadora mano y echó a correr hacia el coche.

Este se quedó extasiado observando el mar, presenciando la metamorfosis que había sufrido el día en un instante. Le parecía antinatural el cambio tan drástico y estaba convencido de que habían sido los subterráneos los causantes de tal transformación. Ensimismado en lo que estaba contemplando, no fue consciente del peligro en el que se encontraba.

Sobre las agitadas aguas del mar se formó una pequeña manga marina que se dirigía directa hacia Jon. Iba aumentando drásticamente de tamaño, pero él, maravillado por lo acontecido y creyendo que no corría peligro porque no saldría del agua, se quedó mirándola. Tal y como había visto tantas veces en el cine, el torbellino crecía, levantando gran cantidad de agua a su paso. Zigzagueaba como un torpe bailarín, pero a cada paso que daba se acercaba más a la orilla.

Alicia, alejada unos metros de su opresor y recordando la amistad que le unía a su novio, llamó a Jon con un grito exasperado, temiéndose lo peor al verle parado ante lo que se le estaba viniendo encima.

—¡Vamos, Jon! ¡Corre! ¡Aléjate!

Pero Jon no pudo oír nada. Toda su atención estaba centrada en el tornado

que tan espontáneamente había aparecido ante sí. Otro trueno, más sonoro aún, si cabe, fue como el pistoletazo de salida. Alicia echó a correr con todas sus fuerzas por el suelo arenoso dejándole atrás. La arena, azotándole la cara y metiéndose en sus llorosos ojos, le dificultaba la visión, pero, aun así, avanzaba hacia la salida de la playa.

Jon comenzó a caminar de espaldas hacia atrás, sin poder quitarle la vista de encima y, cuando quiso reaccionar, el tornado había salido del agua. Cada vez con más fuerza empezó a succionar la arena, creando una enorme columna borrosa. Consciente, al fin, del peligro en el que se hallaba, intentó correr tras los pasos de su acompañante, que no veía por ningún sitio, pero no podía, la succión se lo impedía. Estiró los brazos en un intento desesperado por avanzar unos centímetros y poder alejarse de allí. Se tiró al suelo con la absurda esperanza de poder salvarse, creyendo que el tornado pasaría simplemente por encima, pero no llegó ni a tocarlo. Con una increíble potencia, el tornado succionó a Jon y lo elevó por los aires cual muñeco de trapo. Su pequeño cuerpo, al lado de la poderosa magnitud de la naturaleza, giró en el sentido del torbellino, arrancándole la ropa a jirones. Fue consciente de que todo era provocado por aquellos seres que había estado estudiando durante tanto tiempo. Los mismos con los que quería contactar.

Lo último que vio fue a Alicia de refilón, corriendo por el paseo dirigiéndose al coche. Se arrepintió de cómo la había tratado, de haberla puesto en peligro, de haber querido competir contra aquellos extraños y poderosos seres. Justo en ese momento, consciente de que había perdido la vida por intentar saber más sobre sus idolatrados alienígenas, las fuertes acometidas le partieron el cuello y acabaron con su existencia. Inmediatamente después el huracán fue perdiendo fuerza. El cadáver del agente inmobiliario, del desconocido y buen amigo de Fredy, caía a plomo sobre la maltrecha playa, con la mayor parte de los huesos rotos. Al igual que una marioneta vieja, sus brazos y piernas yacían en el suelo, en una postura insólita.

El torbellino, que simulaba estar vivo y poseer algún tipo de inteligencia, se relajó, pero siguió tras la joven, desesperada por huir de allí. No tenía intención de acabar con ella, solo quería asustarla y advertirla. Su objetivo era

el intruso que intentaba a averiguar por dónde se podía acceder al mundo subterráneo.

Con los brazos entumecidos por el peso de Bas y el corazón latiendo más rápido que nunca, logró entrar en el coche de Jon. Por suerte, este tenía la manía de dejar la llave dentro porque una vez se le perdió y pasó por una odisea para volver a casa a por otra. Desde aquel día, la dejaba siempre en el parasol del piloto. Era la segunda vez que la playa, su querida y apreciada playa, la «echaba» de allí. Decidió ir por la carretera que bordea Petronor, era el camino más derecho para alejarse de la pesadilla. Había visto el tornado y, sin ser consciente de que podría provocar una catástrofe en la refinería, decidió que el otro camino, el de Zierbena, era demasiado peligroso. Además, Fredy estaba trabajando allí mismo.

No podía dejar de pensar en Jon, en si habría sobrevivido; no lo sabía con certeza, pero tenía la innegable sensación de que no. Cuando huía de la playa, había mirado hacia atrás y había podido contemplar a Jon hipnotizado mirando el huracán que avanzaba hacia él. No podría haber hecho nada por ayudarle; además, le temía. No era la persona que creía conocer.

Al igual que la vez anterior, cuando encontró la caja y vio la entrada, la gente en Muskiz era totalmente ajena a lo acontecido a escasos cuatro kilómetros de allí. Cruzaban la carretera para entrar en el polideportivo o en el centro de salud. Todo estaba tranquilo; según había ido alejándose, el viento había amainado y el tornado había desaparecido.

No se podía permitir ir a casa, se encontraba fuera de sí. Aparcó en el estacionamiento para empleados de la refinería y se quedó sentada un rato pensando qué hacer, intentando ordenar sus pensamientos. Una y otra vez le venían las palabras de Jon a la mente. ¿Quién era en realidad? Entonces le sobrevino la inevitable pregunta: ¿pertenería Fredy a ese «grupo» de personas? Y si fuera así, ¿la habría estado utilizando? Como antes de compartir su vida con su adorado Aitor, volvió a sentirse sola. Temía la respuesta, pero tenía que saber la verdad. No podía imaginar que todo hubiese sido un engaño, que sus sentimientos hubieran sido falsos, pero, por otra parte, era todo tan idílico que a veces creía vivir un sueño. Empezó a pensar qué le

diría a la policía cuando supieran que había ido a la playa con Jon y se había marchado de allí sin él y con su coche. En medio de un principio de ataque de pánico, Bas, a quien no le había dado tiempo a ponerle el arnés de seguridad, se subió sobre sus piernas y empezó a darle lametones en la cara. La abrazó y la besó, sintiéndose más unida a ella que nunca.

Bajaron del coche y comenzaron a caminar sin rumbo. ¿Cómo le iba a contar a su novio que Jon estaba muerto y que era un extraño que les había estado engañando? Temía su reacción. ¿Volverían los subterráneos a por ella? Se encontraba más perdida que nunca. No sabía si llamar a la *Ertzaintza* o contárselo primero a él. ¿Qué pensaría de ella por no haber regresado con su mejor amigo? Sabía que no podía haber hecho nada por él, pero eso solo lo conocía ella. Lo que más miedo le daba no era el desconocido fallecido en la playa ni contárselo a la policía, sino que Fredy estuviera involucrado y no fuera quien aparentaba ser. La cabeza le iba a estallar.

Decidió bajarse del coche y enfrentarse a la situación. Se acercó a la entrada de las oficinas, las que están cerca del castillo de Muñatones, y le llamó por teléfono.

—Hola, nena, enseguida salgo, ¿qué tal estáis?

—Aitor, estamos en la entrada de las oficinas, ¿puedes salir?

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó sorprendido, pero no por no saber qué hacían allí, sino por el tono que había empleado; además, le había llamado por su nombre cuando siempre le había llamado Fredy y, desde que estaban juntos, «cariño».

—Baja, por favor, ha sucedido algo.

Sin más dilación, Fredy se levantó de la mesa dejando el ordenador encendido y todo sin recoger para dirigirse a la entrada. Al verla a lo lejos ya percibió que algo grave había pasado, pues su semblante era el de una persona desamparada y llevaba el pelo totalmente alborotado, cosa inusual en ella. Con Bas en brazos, la cara desencajada, los ojos enrojecidos y arena por todas partes, permaneció estática hasta que Fredy se acercó a ellas.

—Pero nena, ¿qué os ha pasado? ¿Esto es arena? ¿Habéis estado en la playa? —interrogó en tono alarmado y preocupado.

—¿Quién era Jon?

—¿Qué? —No entendía a qué venía esa pregunta—. ¿A qué te refieres? ¿Cómo que «era»?

—Creo que Jon está muerto.

—¿Qué estás diciendo? —Se tuvo que sentar en el murete que rodeaba todas las instalaciones—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Jon ha venido a buscarme a casa, me ha dicho que quería darme algo para ti. Hemos subido en su coche y nos ha llevado a la playa, ¡a nuestra playa! Yo no quería ir, pero no he tenido escapatoria. Una vez allí, ha empezado a hacerme preguntas sobre los subterráneos.

—¿Los subterráneos? ¿Y cómo puede saber de ellos? ¿Se lo has contado tú?

—¡No! Yo no, ¿y tú? Según él, no, pero ya no me puedo fiar de nadie.

—Yo tampoco, nena, ya lo sabes, decidimos no contárselo a nadie para no poner en peligro ninguna vida, sabemos de lo que son capaces.

—Y tanto que lo sabemos...

—¿Qué ha pasado después? Mira tu cara, tu pelo, estáis llenas de arena las dos. ¿Dónde está Jon? —preguntó cada vez más alterado.

Viéndola así se daba cuenta de la gravedad de la situación. Ni tan siquiera cuando encontró la caja y pasó por aquel trance la había visto tan afectada. Cogió la cara de Alicia entre sus manos, la besó en los labios y volvió a preguntarle qué había pasado. Entre sollozos, Alicia le contestó:

—Yo me quería marchar de la playa, pero Jon no me dejaba, me tenía agarrada muy fuerte del brazo y me había quitado el bolso. Entonces, de repente, un trueno horrible ha hecho temblar el suelo. El cielo se ha puesto negro, las olas del mar se han vuelto locas, parecía que venían hacia nosotros, después los relámpagos... He conseguido soltarme de su mano y hemos echado a correr hacia el coche.

—Aquí no ha pasado nada de eso, mira el cielo, aunque sí que hemos oído un sonido como de trueno. ¿Y Jon? ¿Por qué dices que crees que ha muerto?

—Ha habido un tornado; al principio, en el mar, pero después ha ido derecho a por Jon. No podía hacer nada más que huir. Él se ha quedado ahí en medio de la playa mirándolo, sin moverse, y yo me he marchado lo más rápido

que he podido... —Comenzó a llorar creyendo que la acusaría de haberle abandonado, pero ella sabía que no podía haber hecho nada por salvarle; a duras penas se habían salvado ellas.

—No me lo puedo creer... Pero ¿por qué no se ha marchado de allí?

—No lo sé. Estaba muy raro, no parecía él. Ya no era simpático ni cariñoso conmigo, solo quería saber dónde estaba la entrada a la cueva y no me dejaba marchar. Cuando se ha quedado embelesado mirándolo es cuando he podido huir, ¡no he podido hacer nada por él! —gritó desesperada.

—Vale, vale, tranquila. —La abrazó. La conocía y sabía que estaba diciendo la verdad, por mucho que le costara imaginarse a Jon conocedor de su secreto y comportándose así con ella.

—¿Qué hacemos? Hemos venido en su coche, está ahí.

—Lo primero es ir a buscar a Jon.

—¡Nooo! ¡No pienso volver a esa playa!

—Vale, vale, de acuerdo. Id a casa, iré yo solo.

—¡No! ¡Tampoco! ¿No te das cuenta de que han sido ellos? Si vas, te pueden matar. —Estaba fuera de sí, no quería que nada malo le pasara y no sabía qué debía hacer.

—No podemos dejarle allí, ni siquiera sabemos si sigue vivo. Compréndelo, es mi mejor amigo, tengo que ir.

—¿Y si vuelve otra vez el tornado? ¿O un terremoto? ¿O cualquier cosa que se les ocurra? —preguntó, temblando.

—No creo. Yo no voy a alterar la vida de esos seres, no voy a buscar su entrada ni nada, tan solo voy a buscar a un amigo. Eso no les puede parecer mal.

—Tal vez no... —dijo cabizbaja.

—¿Por qué no os vais a casa? Te das una ducha y me esperas tranquila a que vuelva, ¿te parece bien?

—¿Tranquila? ¿Crees que puedo estar tranquila? Pero en fin, supongo que es lo único que puedo hacer, irme a casa y alejarme de aquí.

—Eso es, nena. Coge mi coche y marchad a casa, intentaré estar lo antes posible.

Observó a Fredy subiendo en el coche de Jon deseando que esa no fuese la última vez en verlo. Entró en su coche y se dirigió a casa, temerosa por lo que pudiera pasar, pero consciente de que no podían desentenderse de Jon. Cualquiera paseante lo encontraría en algún momento y la última persona con quien se le vio era ella. Seguramente alguien los habría visto juntos en Gallarta. Maldijo ese momento, pensando que no tenía que haber ido con él a ningún sitio.

Una vez en casa, bajo el relajante chorro de agua caliente de la ducha, intentó, en vano, comunicarse con Róber para rogarle que intercediera y no le hicieran ningún daño a Fredy. Pero ella carecía de tal habilidad.

Fredy aparcó el coche cerca de la zona de bares. Se veía gente que iba a tomar algo o a cenar. Era muy típico ir de copas y a cenar a la playa. Hacía viento y el frío se dejaba notar. No habría más de media docena de coches y se preguntó si alguien habría bajado a la playa y habría encontrado a Jon.

Estaba anocheciendo, así que se dio prisa. Nada más empezar a bajar a la playa, vio en el suelo el cuerpo de Jon, cubierto parcialmente de arena. Aminoró el ritmo sin darse cuenta. Deseaba que estuviera vivo, pero por la postura en la que estaba era difícil de creer.

Se agachó para verle la cara. Tenía los ojos y la boca abiertos y el cuello, aparentemente roto. La cabeza estaba girada al lado contrario del cuerpo, en una postura imposible. Yacía boca abajo con una pierna doblada hacia arriba, con la rodilla del revés. Un brazo sobre la espalda, con la mano colgando, rota por la muñeca. Estaba completamente destrozado.

—Jon... Amigo... —pronunció con un hilo de voz.

La imagen era perturbadora. El cadáver se hallaba sobre la arena, totalmente desnivelada. Bajo él y alrededor, el tornado había hecho una hendidura, su huella se dejaba ver con claridad. Dirigió la mirada, temeroso, hacia el lugar donde estaba la entrada y, como es lógico, no vio nada.

Con los labios temblando y el corazón roto, sacó el móvil y llamó a emergencias. Se sentó a su lado esperando a que llegaran, no quería dejarle solo. En pocos minutos se presentó la *Ertzaintza* y una ambulancia. Pensó en su madre, en cuánto le había afectado la muerte de su padre y cómo había

empezado a sobreponerse después del infarto, apoyándose más que nada en su hijo.

Mientras esperaba, repasó mentalmente lo que debía decir y cómo hacerlo. No quería por nada del mundo que Alicia se viera perjudicada por algo de lo que no tenía culpa alguna. Al principio pensó en contarles que había sido él y no ella quien había presenciado lo ocurrido. Pero después se dio cuenta de que había la probabilidad de que alguien los hubiera visto juntos y eso sería un tremendo error. No tenía más opción que explicar los hechos tal y como habían sucedido.

Nada más llegar, la patrulla hizo una inspección ocular del lugar y le oyó decir a uno de los agentes que se trataba de una «clave negra», lo que quería decir que en el lugar de los hechos se encontraba un cadáver. A pesar de que era consciente de que jamás volvería a charlar con su amigo, ni a reírse de sus chistes, al oírlo decir el corazón se le encogió aún más.

Le hicieron todo tipo de interrogantes mientras el forense procedía al levantamiento del cadáver. Le preguntaron dónde se hallaba su novia y les argumentó que su estado de ánimo no le había permitido volver al lugar donde había sucedido todo. Después de tomarle declaración, tuvo la sensación de que daban por cierto lo del tornado y no que Alicia hubiera sido la causante de su muerte, lo que le produjo un gran alivio, a pesar de las circunstancias.

Imaginó que así se debieron de sentir Gari y Andoni cuando desapareció Roberto. Solo que, esta vez, el cuerpo de Jon estaba allí mismo. Se preguntó si Róber seguiría con vida y, de ser así, si sabría lo que acababa de suceder.

Una vez finalizado el procedimiento, le dejaron marchar y le comunicaron que Alicia se tenía que personar en la comisaría para tomarle declaración. Un tanto alarmado les preguntó para qué, pues estaba claro lo que había sucedido. Le dijeron que se trataba de un simple trámite.

Contempló cómo recogían el maltrecho cuerpo y lo tumbaban en una camilla para meterlo en la ambulancia. Bajó la mirada y se dirigió hacia el coche al ritmo de un enfermo cansado de la vida. Al meter la llave en el contacto, se asombró imaginándose que su madre se desharía de él, no sabía conducir. Ese

pensamiento le produjo una fuerte presión en la garganta, pero se reprimió las lágrimas, ya nada importaba.

Entró en el piso esforzándose por no estallar en un llanto al ver a su novia, pues no quería arrastrarla a una profunda tristeza ni quería mostrar debilidad ante ella. Le dijo que se vistiera para ir a comisaría y esta no tardó en hacerlo. Tenía miedo de que la acusaran de algo aun sabiendo que se trataba de una muerte natural, aunque violenta, pero Fredy la tranquilizó al narrarle la sensación que los *ertzainas* le habían dado y decirle que no tenía nada que temer.

Bajaron hasta Muskiz y allí le tomaron declaración. Fue una mera formalidad, en ningún momento se sintió interrogada ni en situación de peligro.

Capítulo 11

Ilusionados, pero sin el mismo entusiasmo que la semana anterior, se dirigieron hacia Oviedo. La inauguración se había teñido de un tono gris de tristeza. Atrás había quedado la alegría que sentían por tal acontecimiento. La muerte de Jon había sido un duro golpe. Por suerte, ella no había sido sospechosa en ningún momento. La autopsia no daba lugar a equívoco: la muerte había sido producida por fractura de cuello. Debido al impacto había sufrido politraumatismo de la mayoría de los huesos, así como de algunos órganos internos. Era imposible que todo eso lo hubiese provocado una persona de poco más de cincuenta kilos. Alicia estaba libre de toda culpa.

—Vamos, nena, intenta centrarte en lo que nos espera ahora —la animaba, haciendo todo lo posible por aparentar normalidad.

—Lo intento, te juro que lo intento, pero me va a costar.

—Alicia, haz caso a Fredy, no pienses en Jon ahora —la animó Nuria, que viajaba junto con su novio en el asiento de atrás.

No había visto el cuerpo de Jon sobre la arena, pero sí en la televisión y periódicos. La noticia había llegado a todas partes, incluso a oídos de Karmele y Cárol. No tardaron mucho en ponerse en contacto con ella. Le preguntaron si había alguna conexión con la desaparición de Roberto y aprovecharon para interesarse por si hubiesen descubierto algo más, aun a sabiendas de que habían dejado aparcado el caso. Les mintió diciéndoles que nada tenía que ver un caso con el otro, aunque, muy a su pesar, no podían estar más en lo cierto.

La semana había transcurrido a cámara lenta para ambos. En el trabajo le habían dado permiso para ausentarse un par de días, pero no aceptó. No quería estar sola en casa pensando, recordando lo acontecido; prefería estar activa, aunque le costara concentrarse. Para Fredy había sido doble el sufrimiento. Al fallecimiento de su amigo se le sumaba la tragedia que había supuesto para su madre.

De niño había pasado infinidad de tardes y noches en su casa, con Jon y su hermano Ander. Consideraba a Rosa una buena mujer y una excelente madre. A veces llegó a pensar que disfrutaba más en casa de su amigo que en la suya propia. Allí el ambiente era más acogedor, más familiar. El padre de Jon solía hacerles bromas y Rosa reía. En su casa, por regla general, solo estaban él y su madre, y esta no derrochaba alegría precisamente. Esas noches le ponía para cenar lo que más le gustaba: hamburguesas. Recordaba que en cuanto el aroma de la cena emanaba de la cocina, iban los tres corriendo y robaban algunas patatas fritas de la bandeja. Servía las hamburguesas en pan de la panadería del barrio; eran unos bollos blanditos, blancos, no los industriales de bollería. Las hacía ella misma con carne de ternera, gordas y jugosas, sin lechuga, como le gustaban a él, con un huevo frito, bacon churruscado, queso recién cortado de la charcutería y cebolla caramelizada con un poco de azúcar. Eran las mejores hamburguesas que había comido en su vida. En casa, su madre las compraba hechas y las metía entre pan y pan de supermercado, el de semillas de sésamo, sin nada más. En casa de Jon, veían una película en el sofá mientras cenaban los cinco juntos y, de postre, tomaban helado si era verano o un flan casero si era invierno. La había querido como a una madre.

¿Qué será ahora de esa pobre mujer? Se lamentaba. Por mucho que él quisiera ayudarla, nada sustituiría a su hijo. Lo único que se lo ocurrió fue llamar a Ander, para que estuviera pendiente de su madre si no quería que se dejara morir de pena. Le aseguró que lo haría, pero no sabía de qué forma si continuaba en Londres.

—¿Tú crees que habrá mucha gente? —preguntó para sacarla de sus pensamientos.

—No lo sé, allí no nos conoce nadie.

—Bueno, pero Ángel nos ha dicho que nos iba a dar mucha publicidad.

—¡Seguro que está a tope! —dijo Nuria con alegría intentando arrojar una nota de humor al ambiente.

Llegaron a la galería y, antes de acceder al interior, se desearon suerte el uno al otro. Al entrar no se podían creer la cantidad de gente que había, entre los

que se encontraba un cámara de televisión. El galerista les dio la bienvenida y avisó al resto de asistentes de su llegada.

—Buenas tardes a todos y gracias por acudir a esta inauguración. Es la primera exposición en una galería de esta prometedora pareja y os aseguro que van a dar mucho que hablar. Confío en que os van a sorprender; disfrutad de sus obras —les anunció.

La gente se les acercaba, les preguntaban cuáles eran las ubicaciones de algunos paisajes, comentaban el realismo de los bodegones, pero, sobre todo, les daban la enhorabuena por su trabajo. El camarero les ofreció unas copas de cava, no faltaba de nada. Era como un sueño hecho realidad. Un periodista les hizo varias preguntas mientras el cámara les grababa para un programa cultural del canal TPA de Asturias. Alicia se sintió adulada cuando otro pintor, muy conocido en la zona, comparó sus telas con las de los ropajes de los frailes de Zurbarán. Estaban desbordados por tantos halagos.

—Alicia Artetxe, me has impresionado con tus bodegones, me recuerdan un poco al estilo de Zurbarán, sobre todo las telas, con tanta sutileza y elegancia —le dijo un nuevo admirador.

—Muchas gracias, con críticas como estas se levanta el ánimo y las ganas de seguir trabajando.

—Te las mereces. Utilizas muy poca luz, resaltando lo que quieres destacar, sin perder un solo detalle —continuó adulándola.

—Así es. —Se sumó a la conversación otro invitado—. Tienes un manejo impresionante del claroscuro, al más puro estilo Caravaggio. Si sigues trabajando así, llegarás muy lejos. No te dejes seducir por el abstracto —bromeó.

—La verdad es que de momento no me atrae nada, me gusta pintar estilo clásico y con mucho dibujo —explicó—. Tengo amigos que trabajan el abstracto, pero no es lo mío.

Relacionándose con unos y con otros iba pasando la tarde sin apenas darse cuenta. Fredy le había dado la ubicación exacta, dentro de la galería, del temido cuadro, y no había dirigido su mirada hacia allí por miedo a que volviese a atraparla. De hecho, no veía ninguno, solo el gentío que se le

acercaba interesándose por su obra. Durante ese rato pudo evadirse y disfrutar del tan ansiado momento. Antton llamó a Aitor para ser partícipe, aunque a distancia, del momento. Pensó en lo orgullosos que se sentirían sus padres si pudieran verla, pero no permitió que la nostalgia le embargara.

Nuria y Javi observaban con detalle cada una de las obras, que en su mayoría Nuria ya conocía, y contemplaban con qué soltura se movía Alicia entre tanto artista. Se sentía feliz por el giro que había dado la vida de su querida amiga. No soportaba verla tan sola; aunque sabía que tenía a Bas, sentía que le faltaba alguien más. Desde que estaba con su compañero de estudio y ahora de vida, volvía a estar alegre, con ilusión.

Desde la otra punta de la galería, Ángel llamó a Aitor.

—Aitor, acércate, por favor.

Fredy rescató a Alicia de sus nuevos admiradores con mucha educación y le cogió la mano para que fuese con él, no quería dejarla sola por si miraba sin querer el cuadro «maldito».

—Mira, te presento a uno de mis mejores clientes, Ricardo Buenaventura.

—Encantado de conocerle.

—El gusto es mío. Me ha sorprendido gratamente la intensidad de una de tus obras, tiene muchísima fuerza —admitió.

—De hecho, le ha gustado tanto que acaba de adquirirla, es la primera venta —anunció el galerista, orgulloso.

—¿Sí? Vaya, pues muchas gracias. ¿De cuál se trata? —preguntó con curiosidad.

—El de la chica pelirroja en la playa. *Una puerta en el mar*, creo que lleva por título.

Fredy miró a Alicia con el semblante serio mientras presionaba sin querer su mano. Estaba encantado de vender su primer cuadro y, sobre todo, de deshacerse de ese en concreto, pero temía que le afectara de alguna manera.

—¡Qué maravilla! —dijo para su sorpresa—. Es la mejor de sus obras, lo supe en cuanto la vi.

—¿A que no adivinas quién es la chica que aparece en el cuadro? —preguntó, divertido, Ángel.

—¡No me digas que eres tú! —dijo, sorprendido, el señor Buenaventura refiriéndose a Alicia—. Aitor, deberías haberla pintado de frente para poder contemplar esa bonita cara cada vez que mire el cuadro.

La bella pelirroja se sonrojó. Se sentía orgullosa de su novio, sabía que era un magnífico pintor y, al igual que él, se alegraba de no tener que volver a ver el temido lienzo. Los cuatro rieron ante tal comentario.

—Bueno, Ricardo, cuidado con lo que dices, que son pareja —le avisó el dueño de la galería con una sonrisa pícaro.

—Pues mi enhorabuena a los dos.

Observó, con el regocijo y la satisfacción que se siente al vender el primer cuadro en una exposición, cómo el galerista colocaba una pequeña pegatina roja en forma de círculo sobre la esquina inferior derecha del cuadro para anunciar que estaba vendido. Ella disimuló bebiendo un sorbo de su copa y desviando la mirada hacia el resto de invitados para no verlo.

Antes de concluir la inauguración, ya habían vendido cuatro cuadros entre los dos. No cabían de gozo. La galería se cerró al público y poco después, al salir, agradecieron de nuevo a Ángel su apoyo incondicional y su ayuda.

—Creo en vosotros, en cuanto vi vuestras obras supe que teníais talento y para mí es un orgullo tener la oportunidad de daros a conocer —les dijo sinceramente.

Antes de regresar a casa triunfantes, decidieron ir a celebrarlo. Al día siguiente ninguno de los cuatro tenía que madrugar, tan solo Javi trabajaba, pero por la tarde. Nuria y su novio habían vivido una experiencia nueva, nunca habían asistido a la inauguración de una exposición. Se habían sentido casi como si hubieran asistido a la entrega de los Óscar. Varios de los asistentes eran artistas conocidos en el país y sus críticas habían sido favorables. La inauguración no podría haber sido mejor. Se acercaron hasta un *pub* que quedaba tres calles más abajo.

—Enhorabuena a los dos, ¡ha sido una pasada! Gracias por invitarnos —agradeció Nuria.

—Gracias a vosotros por venir; eres lo más parecido que tengo a una hermana y necesitaba que estuvieras aquí.

—Ya sabes que no me lo podía perder. En el trabajo no me ha hecho falta insistir mucho en que me dieran el día libre, es la primera vez que pido ausentarme por asuntos propios.

Fredy echó muchísimo de menos a Jon. Pensó que aunque no hubiera podido acompañarle, estaría orgulloso de él. Siempre animándole a que pintara, había seguido su trayectoria y, como solía decirle, era su fan número uno. Además, esa exposición no habría sido posible sin su ayuda. Tomaron algo en su honor y regresaron a Gallarta. Decidieron no demorarse más, Bas estaba al cargo de Pilar y no querían abusar, además, Alicia estaba deseando estar con ella.

A la mañana siguiente veían las cosas desde otra perspectiva. La tarde anterior había sido muy productiva y les había abierto muchas puertas; debían afanarse en seguir trabajando duro para la próxima exposición.

La sombra de la muerte de Jon pesaba sobre ellos, pero hacían lo posible por que no les hundiera. Necesitaban pasar página y acababan de proporcionarles la mejor fórmula.

El sábado por la tarde estuvieron seleccionando algunas fotos para iniciar nuevos trabajos. A partir de ese momento iban a pintar con un propósito, hasta ahora lo habían hecho sin ninguna intención de ganar dinero con esa actividad, pero parecía que las cosas estaban cambiando.

Los días pasaban y atrás quedaba la tristeza por la muerte de su amigo. Una tarde, poco antes de Navidad, Ander llamó a Fredy para comunicarle que volvía a casa. Había solicitado el traslado en su trabajo y, dadas las circunstancias, le habían concedido un puesto en Bilbao. La madre de Jon estaba destrozada, pero el regreso de su hijo le daba la fuerza suficiente para continuar viviendo. Aitor la llamaba por teléfono de vez en cuando y la visitaba junto con su novia, llevando algo para comer y compartiendo con ella una velada. Amaia había acudido al entierro, pero no se había vuelto a poner en contacto con la madre de su exnovio.

El día anterior a Navidad, después de salir de trabajar, Alicia llegó a casa indispuesta. Le costó subir las escaleras del portal; nada más entrar en casa se tumbó en el sofá y se tapó con una manta. No podía ni bajar con Bas a la calle; esta le lamía la cara, sabía que algo le pasaba a su ama, que algo no iba bien.

Sentía un dolor tan punzante en el pecho y en el estómago que le dificultaba la respiración, estaba destemplada, con sudores fríos y el cuerpo agarrotado. Su cabeza no podía pensar con claridad, estaba aturdida y algo mareada. Cada uno de sus músculos se negaba a moverse. No se había sentido así antes y no sabía lo que le pasaba. Hecha un ovillo sobre el sofá y agarrándose el abdomen, sin tiempo para pensar ni llamar a nadie, sufrió un desmayo y se quedó dormida. Instantes después, en sueños, caía en el abismo y de nuevo regresaba a la cueva.

Roberto yacía moribundo sobre un camastro, con la piel blanca, parcialmente tapado con un trozo de tejido marrón oscuro, esquelético, casi consumido. El pelo, largo, pues no se lo había cortado desde que llegó, dejaba asomar una incipiente calva, fruto de la desnutrición. Los pómulos sobresalían de su rostro; los ojos, vidriosos y medio cerrados, se afanaban en no cerrarse. Los labios, cuarteados y despellejados, intentaban decir algo. Los subterráneos le rodeaban, observando sus últimos estertores, quietos, en silencio. Dijo algo ininteligible, le estaba hablando a ella, pero no consiguió entenderle, se despidió como pudo. Su cara estaba tan esquelética que sus ojos parecían más grandes, como si estuviese sufriendo una metamorfosis para convertirse en uno de sus captores. Alicia se sentía morir, estaba sufriendo lo mismo que él, se retorció en el sofá agarrándose el pecho, con la respiración entrecortada. Una niña pequeña agarró la mano de Roberto, pero este no se dio ni cuenta. Intentaba decir algo más, pero la muerte se lo impedía, se lo estaba llevando poco a poco. Levantó levemente el otro brazo a modo de súplica, pero cayó sobre sí mismo como el brazo de un maniquí roto. Finalmente, Roberto Arteaga moría después de más de un año en cautiverio bajo la montaña, obligado a permanecer allí hasta el último de sus días.

Justo en ese momento, Alicia tomó una bocanada de aire y pudo volver a respirar con normalidad. La imagen de Róber rodeado de subterráneos observándole se iba difuminando, se alejaba lentamente de la pesadilla y, esta vez, para siempre. Pero entonces, uno de ellos, el más anciano, se giró sacando su cabeza de entre la neblina, colocando su cara frente a la de ella,

muy cerca. La miró con los temidos ojos, frunciendo el ceño, se puso el dedo índice en la boca exigiéndole silencio y después desapareció.

Despertó por el susto, con los ojos abiertos de par en par. Casi había podido sentir su aliento en la cara, por un momento creyó que la agarraría y la transportaría hacia su mundo. El malestar, el agotamiento y el aturdimiento habían desaparecido. En un llanto mudo, las lágrimas corrían por sus mejillas, una enorme tristeza se aferraba a su pecho por el fallecimiento de quien tanta angustia le había causado. Se sintió aliviada, pero la pena en ese momento era mayor que el consuelo de saberse libre. Los dolores y la opresión en el pecho habían cesado.

Se levantó del sofá, se secó las lágrimas y, sin más dilación, cogió a Bas y bajaron a la calle. Se acercaron hasta la mina a paso ligero, uno de sus sitios favoritos para evadirse, después de la playa. Se sentía al fin liberada de tanto sufrimiento. Anduvieron por el camino que llevaba al polígono industrial; los camiones pasaban con su bullicio particular, pero Alicia ni los oía. Una vez allí, se desviaron hacia la izquierda; campo a través, con Bas en brazos, subió lo más alto que pudo. Las hierbas altas mojaban las perneras del pantalón y las botas se hundían en el barro. Pero nada de eso le importaba, tan solo quería avanzar hasta la cima. Se situaron sobre el enorme foso de la mina Corta de Bodovalle, la Concha II, con sus setecientos metros de longitud por trescientos cincuenta de anchura y ciento cincuenta de profundidad: el punto más bajo a cielo abierto de toda Bizkaia, a treinta y siete metros bajo el nivel del mar. Desde esa altura, olvidando su miedo a las alturas, la contempló en toda su grandeza, sus gradas escurbadas en la roca, la pequeña laguna al fondo y el color rojizo de la piedra. Oteando todo el pueblo, respiró hondo y dijo en voz alta:

—Adiós, Róber.

Y después gritó:

—¡Soy libreee!